

*Ac. Esp. = II - 158*

DON ANTONIO FRANCISCO DE CASTRO  
POETA PRE-ROMANTICO  
(1746-1825)

# DISCURSO

LEIDO ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DIA 4 DE DICIEMBRE DE 1949

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

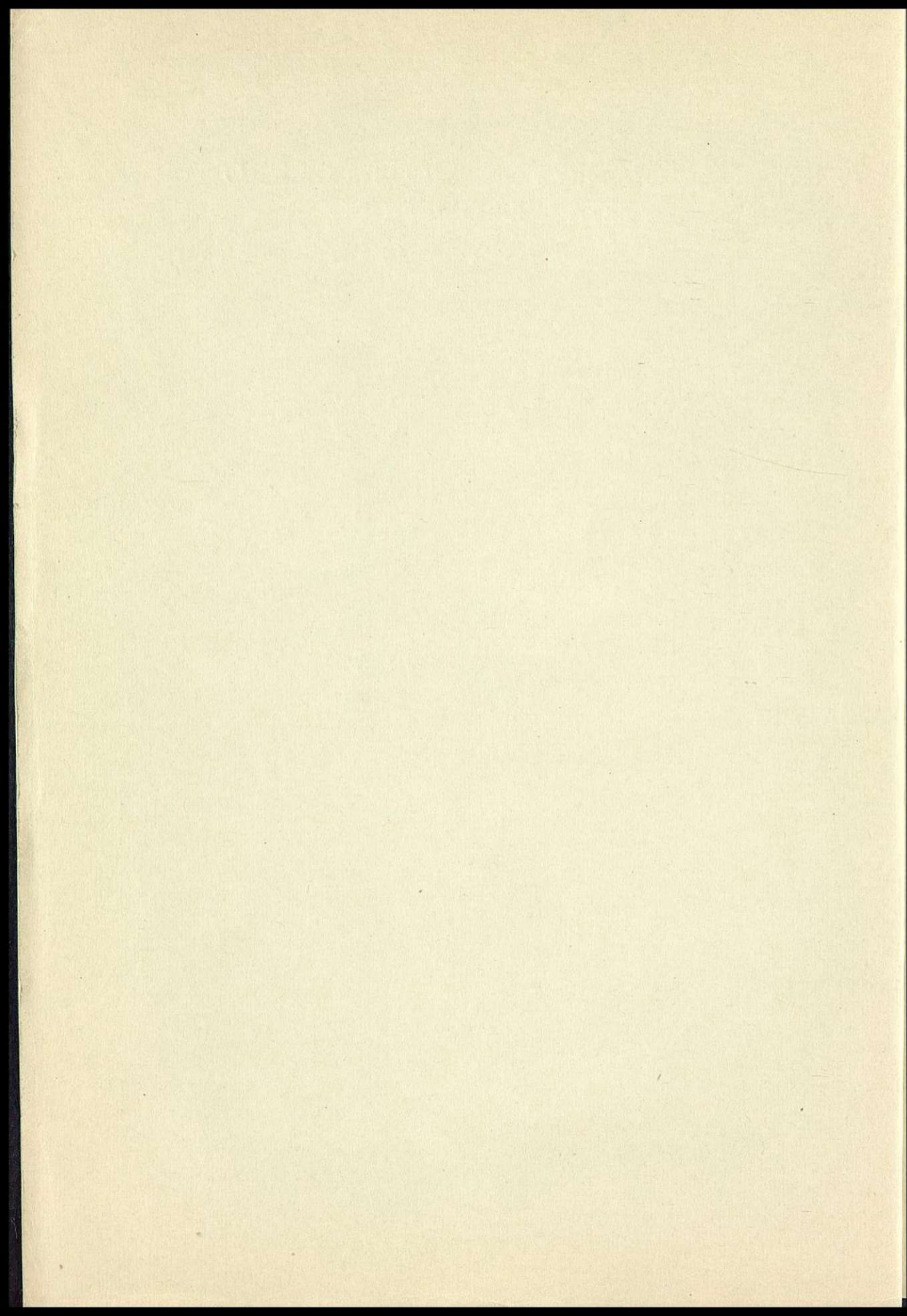
Excmo. Sr. D. FRCO. JAVIER SANCHEZ CANTON

Y CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. GREGORIO MARAÑÓN Y POSADILLO



MADRID  
1949





DON ANTONIO FRANCISCO DE CASTRO  
POETA PRE-ROMANTICO  
(1746-1825)

# DISCURSO

LEIDO ANTE LA

## REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

EL DIA 4 DE DICIEMBRE DE 1949

EN SU RECEPCIÓN PÚBLICA, POR EL

Excmo. Sr. D. FRCO. JAVIER SANCHEZ CANTON

Y CONTESTACIÓN DEL

Excmo. Sr. D. GREGORIO MARAÑÓN Y POSADILLO



R. 5783.

MADRID  
1949

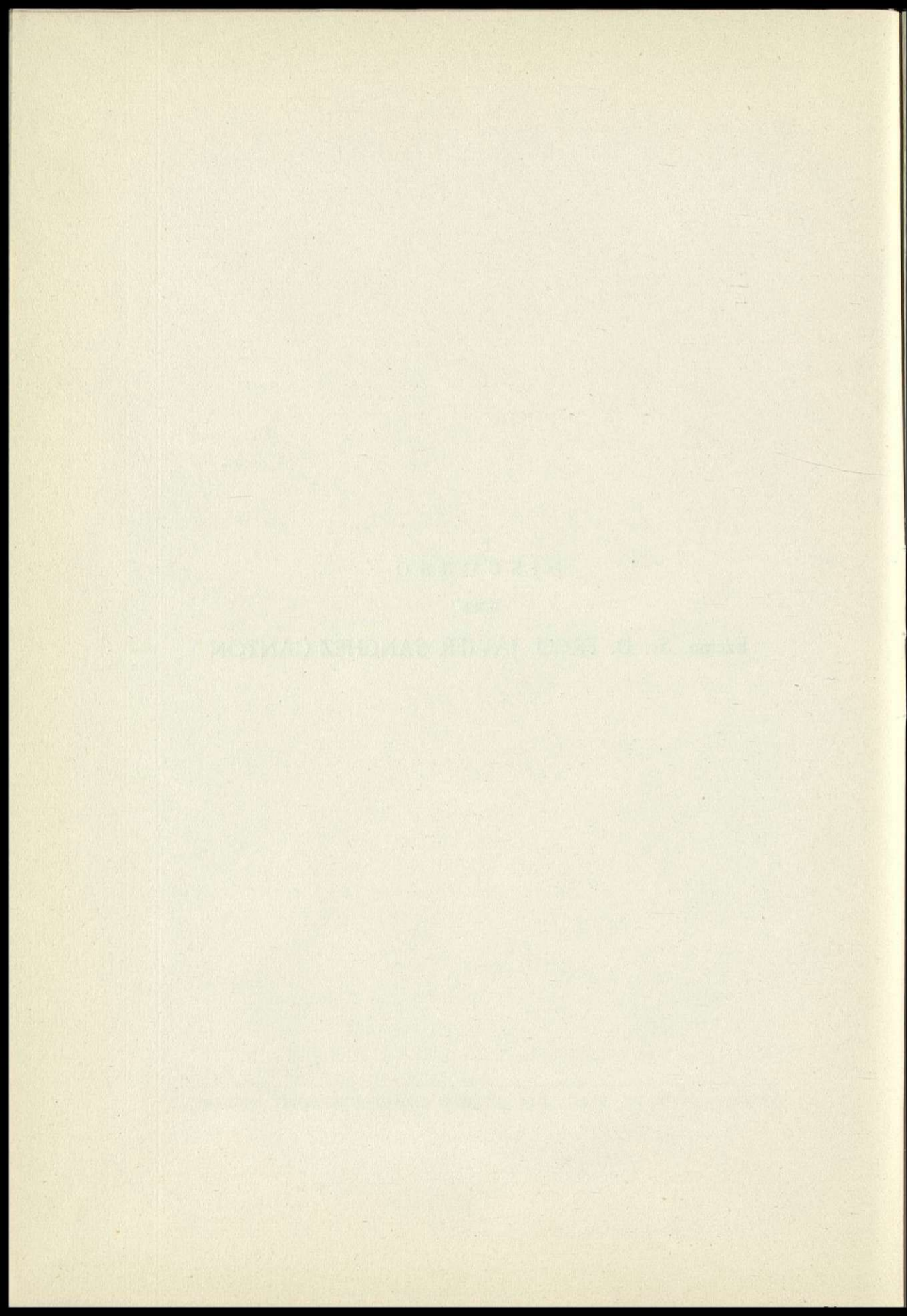




DISCURSO

DEL

Excmo. Sr. D. FRCO. JAVIER SANCHEZ CANTON





SRES. ACADÉMICOS :

Premiais con largueza una afición y una asiduidad en el trabajo, no méritos de que pueda hacer alarde; y la carencia de ellos, desnudez azorante en este acto, la cubrís tan generosos que sólo acierto a balbucear mi gratitud.

En tal turbación me alienta distinguir entre rostros amigos los de tres maestros míos, en el Instituto de Pontevedra, en la Universidad de Madrid y en el Centro de Estudios Históricos; aludo a D. Vicente García de Diego, D. Ramón Menéndez Pidal y D. Manuel Gómez-Moreno; si para algo sirvo dentro de esta Casa será por lo mucho que les debo.

Paréceme, también, que me ampara la memoria preclara del Conde de las Navas, del Marqués de Lema y de D. Miguel Asín que, halagüeños para conmigo, previeron este día.

Del apoyo de todos necesito, porque, además, si cada medalla, por su historia, ofusca al que la recibe, es abrumadora la nómina de la que me corresponde ostentar; recordad que la honraron Olózaga, Galdós, Torres Quevedo y el gran poeta D. Manuel Machado, mi predecesor.

Le conocí en 1914 con motivo del Concurso abierto por la Junta de Iconografía Nacional, de la que él era funcionario; en el trato de muchos años, aunque infrecuente, complaciase su cordialidad en apelar, ya a la sangre gallega que llevaba —todavía su padre, el docto



folklorista, era santiagués de nacimiento <sup>1</sup>—; ya a su primer puesto en el Cuerpo de Archivos, servido en la Biblioteca universitaria de Compostela; ya a nuestros fervores comunes por los artistas de España.

Antes, y sobre todo, era Manuel Machado para mí el intérprete de ansias y desengaños juveniles, con versos que hoy tal vez disuenden, mas, de seguro, no han olvidado los que estudiaban en el Madrid anterior a la primera guerra europea. ¿Quién, entonces, en vísperas, o acabado de entrar en la veintena, y hombreando de ilusiones quebradas, no repetía:

Mi voluntad se ha muerto una noche de luna  
en que era muy hermoso no pensar ni querer...? <sup>2</sup>

¿Quiénes, aun los menos dados a la bohemia, no recibían la canción:

El alba son las manos sucias  
y los ojos ribeteados  
y el acabarse las argucias  
para continuar encantados? <sup>3</sup>

¿Quiénes no comprobaban, tras discutirla, la exactitud de que el cielo madrileño tiene al amanecer «color de agua y aguardiente»? ¿Quiénes, en fin, no soñaron con aquella evocación sutil de un pasaje del *Quijote*:

<sup>1</sup> D. Antonio Machado y Alvarez (1848-1892), en su artículo: «*De la poesía popular gallega*» por D. Manuel Milá y Fontanals, publicado en «La Ilustración gallega y asturiana» del 8 de febrero de 1880 declaraba: «Gallegos sin haber puesto los pies jamás en Galicia y andaluces sin haber nacido en estas tierras. Salimos de Santiago cuando no teníamos cumplidos dos meses...»

<sup>2</sup> *Adelfos* publicada en *Alma* (Madrid, 1900).

<sup>3</sup> *La canción del alba* en *Canciones y Dedicatorias* (Madrid, 1915), página 13.



«La hija callaba  
y se sonreía»...  
divino silencio  
preciosa sonrisa  
¿por qué estais presentes  
en la mente mía? <sup>4</sup>

Manuel Machado tiene entre sus contemporáneos la virtud de la expresión directa y ágil de las mudanzas de la sensibilidad, por lo que fué poeta actual durante más de medio siglo. Desde que en 1894 da a la imprenta, con Enrique Paradas, el volumen *Tristes y alegres*, hasta *Ars moriendi* y hasta los versos últimos, si permanece intacta su genialidad, si prosigue la savia popular nutriendo formas refinadas traídas de Francia —donde residió y en cuya lengua llegó a versificar—, o procedente de la tradición española de Berceo a Bécquer y Rubén, no es menos evidente que cambió de asuntos, de enfoque y de tono al compás del sentir y del actuar. El escritor que en las notas autobiográficas enviadas a Gerardo Diego en 1934 para el notabilísimo florilegio *Poesía española... contemporánea* declaraba haber cursado la primera y la segunda enseñanza en la Institución Libre <sup>5</sup>, supo cantar la boda regia, las «Inmaculadas» de Murillo y escribió «una serie de sonetos —al decir de Pemán— de sentido patriótico... y una serie de sonetos religiosos que... se acercan a los sonetos de la contrición de Lope de Vega» <sup>6</sup>.

<sup>4</sup> *La hija del ventero* en *Caprichos* (Madrid, 1905), p. 35.

<sup>5</sup> Conviene recoger de estos apuntes personales: «Amistad con los grandes escritores franceses de fin de siglo: Moréas, Tailhade, Courte-line, etc.». «Ideas sobre Poesía... Muchas y muy vagas y sutiles. Pero no las poseo, me poseen ellas. Nada puedo decir, pues, sobre eso que, para mí, cae dentro de lo indefinible; mejor: de lo inefable».

<sup>6</sup> *D. Manuel Machado*, en el «Boletín de la Real Academia Espa-



La cicatería con que suele tributarse la admiración regateó a Manuel Machado quilates que se prodigaban en el platillo de su hermano Antonio, altísimo poeta que murió académico electo. En mi opinión, análoga injusticia se comete con los Argensolas. Manuel, como Lupercio, tuvo personalidad literaria cabal y exenta, no refleja. En el grave meditar de Antonio —como en la severidad del Rector de Villahermosa— sorprenden la hondura y la densidad expresiva; mas, en los hermanos mayores de ambos los temas soberanos del amor y la muerte se desarrollaron con acentos originales; sin desdeñar la gracia, categoría estética también.

Aunque en el temperamento de Manuel Machado predominase la fuerza lírica —y, por eso, sus poesías perdurarán—, un interés alerta hacia todas las formas literarias le condujo, asimismo, a los campos de la novela, de la crónica, de la crítica de teatros; por esta vía penetró, del brazo de su hermano Antonio, en el seductor cercado escénico y nacieron siete dramas y comedias recibidas con aplauso aun en ambiente teatral mal preparado. También tradujo obras del francés y adaptó, con pulcritud y respeto varias de nuestros clásicos; y ensayó el estudio de textos viejos al dar a conocer *La Egloga Antonia* de Lope de Vega <sup>7</sup>.

ñola», enero-abril de 1947, p. 16. Se refiere, sin duda, al volumen *Horas de oro* (Valladolid, 1938). Proyectaba otra serie de composiciones religiosas que había de titularse *Horario*.

<sup>7</sup> No intento la biografía de Machado, escrita ya por M. Pérez Ferrero: *Vida de Antonio Machado y Manuel* (Madrid, 1947); pero anotaré sus publicaciones no líricas: *El amor y la muerte* (novela); *Nuestro París*; *La guerra literaria*; *Día por día* (1918); *Un año de Teatro* (1918). Su producción teatral: *Desdichas de la fortuna, o Julianillo Valcárcel* (1926); *Juan de Mañara* (1927); *Las Adelfas* (1928); *La Lola se va a los puertos* (1929); *La prima Fernanda* (1931); *La duquesa de Benamej* (1932); *El hombre que murió en la guerra* (1936, no estrenada hasta



Escritor multiforme, su legado será vivaz por el garbo del estilo, por la vibración humana y cotidiana; sobre todo, por su esencia genuina que ha hecho, como señaló Pemán, que sus cantares olvidaran su nombre en labios del pueblo y que el pueblo se los devolviese en la gloria del anónimo, corona a muy pocos discernida. Él mismo había escrito «no... son coplas verdaderas hasta que *no se sabe* el nombre del autor». De lo popular, concretamente de lo sevillano, surte su anhelo simplificador de la forma y es espectáculo que asombra y alecciona comprobar que la separación en los escritos de los años mozos de Machado entre versos modernistas de cuño galo y ritmos andaluces multiseculares va borrándose mediante fusión tan íntima que, en un punto, no cabe definir dónde acaba lo popular y dónde empieza el arte importado.

En el trance de ocupar el sillón que D. Manuel Machado dejó vacío, para disimular un tanto el contraste entre su brillantez y mi opacidad, hubiera querido presentaros un estudio granado; el temor razonable a que la demora exigida para realizar el intento no se compensase con excelencias ciertas en el discurso, me ha hecho renunciar al deseo.

Apenas entré en perplejidad para elegir el tema. Aspiraba a que fuese concreto, poco ambicioso y menos

1940). Quedaron sin concluir una ópera cómica: *Las tardes de la Moncloa, o las brujas de D. Francisco; La diosa razón y El loco amor*. Con Luis de Oteyza tradujo *L'Aiglon* de Rostand y con su hermano y Villaespesa el *Hernani* de Victor Hugo. Colaboró en las refundiciones de *La niña de plata, El condenado por desconfiado, Hay verdades que en amor...*; *El perro del hortelano* y *El Príncipe constante*. *La égloga Antonia* la publicó en la «Revista de la Biblioteca, Archivo y Museo del Ayuntamiento de Madrid», octubre de 1924.



tratado, además de perteneciente a la historia literaria; puesto que me aconseja no penetrar hoy en el campo artístico la consideración de que en esta Casa habré de frecuentarlo y estimo tributo debido plegar mis gustos a las preferencias de los más. Me impuse el deber de tratar acerca de un escritor gallego en lengua castellana; porque, de espaldas muchos años al estudio de mi tierra, hace ya algunos que procuro rectificar tal desvío. Encauzada así la iniciativa, no tuve vacilación al escoger.

En febrero de 1941, la ojeada sobre un *Catálogo* de anticuario se detuvo ante el anuncio de un libro impreso en Orense cien años atrás de autor para mí desconocido. En el rápido y ansioso volver de sus hojas, breves y pulcramente compuestas, me sorprendieron asuntos, formas y rasgos líricos de calidad subida, inesperados en escritos datables en los finales del siglo XVIII y en los comienzos del XIX.

Llámanse el librito, *Poesías* y el poeta, D. Antonio Francisco de Castro, Párroco de San Martín de Fruime. El impresor dedica la que denomina, candoroso, «edición inédita» a la Academia literaria de Santiago<sup>8</sup>.

Días después comprobaba que el librito era rarísimo, nunca visto por varios gallegos doctos a quienes consulté; Filgueira Valverde me comunicaba las cortas noticias recogidas por su diligencia y de otros eruditos paisanos no alcancé mayor información.

<sup>8</sup> *Poesías / de / Don Antonio Francisco / de Castro / Cura Párroco de S. Martín de Fruime / en el Arzobispado de Santiago / edición inédita / Orense / Oficina de D. Juan María de Pazos / 1841. En 8.º 3 hojas, 275 págs., 3 hojas de índice y erratas. Se adorna con graciosos grabaditos al final de algunas composiciones.*



Corrido casi un quinquenio de mi sorpresa, que no llamaré hallazgo, el correspondiente de esta Academia D. Ramón Otero Pedrayo publicó, bajo seudónimo, un artículo sobre Castro <sup>9</sup> y en estrechos círculos comenzó a hablarse de sus versos de oídas.

La bibliografía gallega anterior poco sabía de nuestro poeta, y todo muy incierto. En el «Recreo Compostelano», un escritor anónimo <sup>9 bis</sup>, el 7 de abril de 1843 menciona al poeta Castro, entre otros ingenios gallegos, «sobre los cuales tenemos en nuestra cartera datos más que sobrados». Murguía, en su *Diccionario de escritores gallegos*, nunca completado, le consagró unos párrafos, fuente casi única de cuantos le siguieron. Al pie de la letra le copió D. Manuel Ovilo y Otero en sus *Hijos ilustres de la Universidad de Santiago* (1880). El mismo Murguía nada enjundioso añadió en su artículo *Un desconocido*, que salió en 1912 en «La temporada de Mondariz» y D. Antonio López Ferreiro en la monumental *Historia de la Iglesia de Santiago* adujo noticias sobre las actividades políticas del «segundo Cura de Fruime» <sup>10</sup>.

La bibliografía general, como era lógico suponer, es todavía más exigua.

En el documentadísimo y prolijo estudio del Marqués de Valmar sobre los *Poetas líricos del siglo XVIII* queda despachado nuestro autor con este displicente párrafo:

<sup>9</sup> *Un poeta de la soledad antes del romanticismo: El segundo Cura de Fruime* en «Finisterre, Revista de Galicia» (Pontevedra, año III, número 20, abril de 1945). Firmalo el seudónimo «Santiago de Amaral».

<sup>9 bis</sup> Neira de Mosquera, según D. Fermín Bouza-Brey a quien debo la noticia.

<sup>10</sup> El artículo de Murguía salió en el núm. 18 del año XXIV. Las noticias de Castro dadas por López Ferreiro están en el tomo XI de la *Historia* al tratar del pontificado de D. Rafael de Múzquiz.



«Otro cura de Fruime, don Antonio Francisco de Castro, cabalmente el inmediato sucesor de Cernadas, fué también poeta, y mejor poeta que éste, aunque mediano. Pero su nombre quedó ignorado, así como sus obras que por primera vez han salido a luz ha algunos años»<sup>11</sup>.

Sin duda por este juicio despectivo, el colector no insertó muestra suya en los tres nutridos volúmenes que la Biblioteca de Autores Españoles llenó con la lírica de aquella centuria donde, ciertamente, no todo es acendrado.

Tampoco Menéndez Pelayo incluyó mención de las cinco versiones de Horacio trabajadas por Castro, en la admirable monografía sobre el poeta de Venusa en España; y eso que son muy superiores a las que el Maestro comenta de su contemporáneo y conterráneo D. Felipe Sobrado, Ministro de la Audiencia de Galicia, que en 1813 imprimió en La Coruña las *Odas*<sup>12</sup>.

Dados estos antecedentes no extraña que no cite a Castro D. Juan Valera en su *Florilegio*<sup>13</sup> y que no aparezca su nombre en la *Literatura española en el siglo XIX*<sup>14</sup> del P. Blanco ni que las Historias generales de nuestras Letras le ignoren, salvo la de Cejador. Para colmo de silencios los dos libros que se publicaron con su nombre no los registra Palau<sup>15</sup>.

<sup>11</sup> Biblioteca de Autores Españoles de Rivadeneyra, t. LXI, p. CIII.

<sup>12</sup> *Horacio en España (Segunda edición)*. Madrid, 1885, t. I, p. 145.

<sup>13</sup> *La poesía lírica y épica de la España del siglo XIX*, con notas históricas y críticas.

<sup>14</sup> Ni en la parte tercera al tratar de la literatura regional (2.<sup>a</sup> edición, 1912).

<sup>15</sup> J. Cejador: *Historia de la lengua y literatura castellana*, t. VI, p. 198, se limita a extractar a Valmar. *Manual del librero hispanoamericano* (Barcelona, 1924).



El desdén de Valmar, más que en razones críticas, pudo basarse en el examen ligero de las *Poesías*; acaso ciertos títulos absurdos y llamativos descuidos métricos y ortográficos hicieronle cerrar el libro después de hojeado. Además, por aspectos diversos el poeta no aparece centrado en su época: o arcaizaba, o se anticipaba; y no es tarea fácil medir una figura excéntrica.

Sean cuales fueren los motivos, el hecho está de manifiesto: un poeta desigual, como muchos, considerable y no leído aguarda la valoración que merece.

Gracias a rebuscas que resultaron fructuosas, en los Archivos compostelanos, en el parroquial de Fruime <sup>16</sup> y en la Biblioteca del Museo de Pontevedra, rica en periódicos, folletos y hojas sueltas del siglo XIX, puede seguirse la vida de D. Antonio Francisco de Castro, de quien ni se sabían las fechas de nacimiento y muerte. No le faltaron circunstancias extrañas y sucesos emocionantes. Testigo de mudanzas radicales en la estructura de Europa, su Musa no fué sorda a los acontecimientos, mas, la trepidación en torno acalló el eco de sus versos. La juventud enfermiza, la madurez decepcionada y los azares de la vejez inquieta si dieron asuntos a su pluma, restáronle gusto y sosiego para perfeccionar lo que escribía y quizá sólo llegó a ver impresas dos de sus composiciones.

El hombre explica en mucho al poeta; pero, le reba-

<sup>16</sup> Fueron utilísimas, según se verá, las rebuscas en el Archivo del Palacio arzobispal, y debo manifestar mi agradecimiento al beneficiado señor Troitiño por las facilidades dadas. El trabajo en el parroquial de Fruime fué, asimismo, amablemente facilitado por el Sr. Cura. En estos trabajos disfruté de la ayuda eficazísima de mis queridos amigos y en tantas cosas colaboradores D. José Filgueira Valverde, D. Felipe Cordero Carrete, D. Antonio Fraguas y Fraguas y D. Manuel Varela Jácome.



sa; pues hay en su vivir vicisitudes que no se traslucen en sus páginas. La evocación de este clérigo desconcertado, que nace bajo Felipe V y muere cuando Fernando VII reina sin trabas, servirá para mejor conocer la realidad española en años decisivos de nuestra Historia y de nuestra Literatura.

Muchos de sus versos tienen sabor romántico y, por expresar el paisaje y el alma de la tierra, emparentan con ellos los de poetas gallegos posteriores que, probablemente, desconocieron las obras de D. Antonio Francisco de Castro.

Por donde se le mire, es ejemplo literario y humano que merece salir a la luz.



## LA VIDA DEL POETA

### I

En el centro de Galicia y en la feligresía de San Mamed de los Angeles, paraje agreste donde el Maruzo se vierte en el Tambre, entonces jurisdicción de Mesía y hoy ayuntamiento de Oroso, en el partido de Ordenes, fué bautizado el 23 de abril de 1746, con los nombres de Antonio Francisco, un niño nacido la víspera en el lugar de Sar, de Andrés de Castro y de María de la Iglesia Verea <sup>17</sup>.

La ausencia del Don ante sus nombres no da seguridad de que no fuesen hidalgos; en favor de que lo serían deponen el «de Castro» paterno y que los apellidos de la madre denotan, asimismo, solares conocidos; y otro tanto ocurre con los padrinos del neófito: Pedro Botana y Antonia Pérez de Castro <sup>18</sup>.

Nada he logrado averiguar de los antecedentes familiares y de la posición económica de nuestro personaje, salvo que, viejo ya, dijo que había sido rico <sup>19</sup>.

<sup>17</sup> Cópíase la partida —había nacido la víspera— en la información para las órdenes (Archivo del Palacio arzobispal). Hoy S. Mamed es anejo de S. Juan de Calvente, en el arciprestazgo de Barbeiros. En la *Geografía de Galicia: Coruña*, t. II, p. 653, se dice que la parroquia consta de 83 viviendas, con 478 habitantes de derecho y 397 de derecho.

<sup>18</sup> El docto genealogista D. Antonio Taboada Roca me comunica que en S. Mamed hay un solar de Castros y que en el año 1751 Gregorio de Castro tenía casa en el lugar de Pedrallos; distinto, desde luego, del de Sar. Los padrinos, según la partida, eran de S. Julián de Lardeiros.

<sup>19</sup> «También yo soy pobre —y fuí un tiempo rico» declara en su composición *A un conejito* en *Poesías*, p. 192.



En 1762, a los dieciséis años, comenzó en la Universidad de Santiago sus estudios de Filosofía con el dominico Fray Francisco Fernández, quien, el 10 de diciembre de 1769, certifica que desde dicho año hasta la Ascensión del corriente había realizado los tres cursos completos de Filosofía y que podía «pasar sin el menor tropiezo a Teología»<sup>20</sup>. Acostumbrado, entonces, este sistema de estudiar, privadamente, con un maestro, no deja de ser chocante la lentitud del alumno, que invirtió más del doble de años en los cursos.

No era el estudiante de constitución vigorosa, según pronto habrá de verse, y congruentes con el retraso escolar fueron, así el no recibir grado alguno, como el diferir las Ordenes sagradas hasta que necesitó de ellas.

Porque —y este es uno de los extremos importantes sin aclarar— ora merced a protección poderosa; ora por la nombradía de sus dotes literarias —que es la explicación tradicional— ocurrió que, vacante en 1.º de abril de 1777 el curato de San Martín de Fruime, por muerte del archifamoso D. Diego de Cernadas<sup>21</sup>, se proveyó en

<sup>20</sup> Debo la copia de este certificado al Sr. Fraguas («Arch. de la Universidad de Santiago. Expedientes personales»).

<sup>21</sup> En nuestra visita a Fruime el Sr. Varela Jácome copió la partida de defunción del célebre poeta —«coplista» se llama a sí mismo, con humildad que resulta justa—: *Defunción de Don Diego A. Zernadas y Castro*: «En el primero de abril de mil setecientos setenta y siete se dió sepultura dentro de la capilla de Nuestra Señora de los Dolores, inclusa en la parroquia de San Martín de Fruime al cadáver de don Diego Antonio Zernadas y Castro, cura que fué de la misma feligresía. Murió el 30 de marzo, por la noche, habiendo recibido el Santo Sacramento de la Penitencia y Extremaunción. Asistieron a su entierro todos los sacerdotes que pudieron ser habidos; no hizo testamento ni otra alguna disposición, porque la aceleración de su último insulto no le dió lugar a ello. Y yo, don Manuel Seoane, cura párroco de San Juan de Lousame, como a quien pertenece la administración de dicho beneficio de Fruime



D. Antonio Francisco de Castro; el cual en agosto, carente de Ordenes, suplica del Arzobispo, declarándose «clérigo tonsurado» «se digne admitirle para Grados y Epístola en las próximas... de San Mateo»<sup>22</sup>.

Por los mismos días dirige al Prelado nueva instancia, valiosa para entrar en el conocimiento del natural de nuestro aspirante:

«Don Antonio de Castro, hallándose afligido de muchas enfermedades habituales que padece, y de un per vigilio que en muchas noches continuas no le permite conciliar el sueño, suplica muy humildemente de V. S. Yllma. se digne de dispensarle en los ejercicios que había de tomar antes de recibir el Orden de Epístola... y para que de ningún modo se pueda presumir que solicita este favor para eximirse de el trabajo, desde ahora promete a V. S. Yllma. que, en hallándose mejorado, se presentará en el Seminario de Herbón, o en otra parte del agrado de V. S. Yllma., donde permanecerá, aunque sea por el tiempo de un mes».

El 26 de agosto se accede a lo que pedía el doliente insomne<sup>23</sup>, achaque nada impropio en un poeta, y pre-romántico.

El 4 de setiembre se comienza la información previa a las Ordenes en la feligresía natal; y todos declaran contestes acerca de «su buena vida», «fama y costumbres»; que «es honesto y virtuoso y recogido, apartado de rui-

en caso de vacante, por costumbre antigua, acreditada con autos, ex-  
tiendo esta partida y la firma para que conste: Manuel Seoane.» (Li-  
bro 1.º de difuntos).

<sup>22</sup> Archivo Eclesiástico Arzobispal: Sagradas Ordenes; Mazo 464.  
Año 1777. 2.ª sección, núm. gl. 984.

<sup>23</sup> En el citado expediente. La instancia no tiene fecha. La resolu-  
ción, al margen, lleva la de 26 de agosto.



dos y pendencies»; que «no es jurador ni jugador, antes quieto, pacífico, comedido y bien hablado». Discrepan respecto a la edad; «tendrá unos veinticuatro años», dice el primer testigo; «veinticinco» le adjudica el segundo; «veinte y seis», el tercero; ninguno se acerca a los treinta y uno que había cumplido; indicio de que, enclenque y enfermizo, representaba bastantes menos.<sup>24</sup>

En los días 19 y 20 celebró Ordenes generales don Juan Varela Fondevila, obispo titular de Tenes y auxiliar de Compostela y recibió las de Grados y Epístola don Antonio Francisco de Castro, desde hacía meses flamante Cura de Fruime<sup>25</sup>. Obtuvo las de Evangelio en 20 de diciembre y, por fin, es ordenado de Misa, en 14 de marzo de 1778, por el Arzobispo don Francisco Alejandro de Bocanegra<sup>26</sup>.

## II

Si tuvo realidad la frase aplicada a la vacante de Fruime: «Suceda a un poeta otro poeta» sólo este Prelado pudo pronunciarla, puesto que Rajoy, a quien se ha atribuído, había muerto cinco años antes. Y no desdice el concepto en los labios de un Arzobispo ostentoso, que gustaba de hablar bien y de escribir mejor sermones y pastorales, que justipreciaba el P. Juan An-

<sup>24</sup> Figura en el expediente citado. La declaración de que se han sacado más datos es la de D. Marcos Carnero, presbítero.

<sup>25</sup> En la lista de ordenandos consta que está en disfrute del curato: ello era legal, pero extraño. También el Sr. Varela Fondevila —de tierra lucense y criatura de Rajoy— fué quien le ordenó de Evangelio.

<sup>26</sup> Era granadino y desde 1757 obispo de Guadix; entró en Compostela el 5 de diciembre de 1773; murió en Lestrobe el 16 de abril de 1782. (López Ferreiro: *Historia*, t. XI, págs. 1-33).



drés <sup>27</sup> jesuíta expulsado por la pragmática de Carlos III, pese a que Bocanegra era tan devoto del Monarca que le consideraba Santo. A la vez, su antienciclopedia haciale llorar al ver cómo los escritos de Voltaire y de Rousseau «vuelan por los estrados», «se introducen en los gabinetes y aun en los tocadores». <sup>28</sup> Entendido en música, complaciale el trato de escritores y eruditos. Otra particularidad pudo acortar la distancia entre el prelado y el clérigo; como éste sufría de «pervigilio»; terrores nocturnos convertían en insoportable su morada en el vetusto palacio compostelano, y se evadía de él a la apacibilidad del de Lestrobe, en la vega iriense, no menos feraz y deleitosa que la granadina donde había nacido <sup>29</sup>.

Lamento ignorar quién introdujo al ordenando bajo el patrocinio arzobispal. No es aventurado inducir que fuese alguno de los eclesiásticos que en Santiago personifican la etapa de «la ilustración», que en pocas sedes encontró mayores facilidades para el arraigo. Tanto Bocanegra como su sucesor Malvar fueron frutos sazonados de la época y en sus pontificados nobles y canónigos impulsaron empresas selladas por el «carlo-tercerismo».

Se adelantó en la afición de viajar por el Extranjero y en la de adquirir libros don Diego Juan de Ulloa, conocedor, además, en materias artísticas; fué Maestrescuela desde 1735 hasta su muerte, ocurrida en 1764,

<sup>27</sup> *Origen, progresos y estado actual de toda la Literatura* (Madrid, 1789), t. V, págs. 481-3.

<sup>28</sup> Párrafo copiado por López Ferreiro, ob. cit., t. XI, p. 15.

<sup>29</sup> López Ferreiro, ob. y t. citados, p. 30.



cuando regía la diócesis Rajoy, el arzobispo constructor <sup>30</sup>.

En torno a Ulloa hubieron de formarse otros capitulares y, entre ellos, interesa al caso D. Antonio Páramo, Somoza y Montenegro; nacido en 1730 en Ferreira de Pantón, estudió Jurisprudencia y, graduado, marchó «a Portugal, Inglaterra y otras provincias»; cultivó su gusto por las bellas artes y reunió series de monedas y de pinturas, a más de libros y de piezas de Historia natural <sup>31</sup>. En 2 de febrero de 1784, con el prebendado D. Pedro Antonio Sánchez, anuncia el establecimiento en Compostela de la Sociedad Económica de Amigos del País. Abriose el día 15 del mismo mes y en la portada del *Discurso* inaugural se titula «del Consejo de S. M., Caballero de la... Orden de Carlos III, Cardenal dignidad de la Santa Iglesia de dicha ciudad, Administrador de su grande y Real Hospital y Rector de su Universidad». En uno de los párrafos expresa con claridad la actitud intelectual en boga:

«Un Rey que pudo con el calor y ardiente celo de sus continuas fatigas y trabajos disipar las densas nubes que nos cubrían y hacer por este medio que, enrarecido y purificado el aire, lo respiremos más limpio y sano, y tengamos, por consiguiente, a nuestro hemisferio perfectamente iluminado» <sup>32</sup>. El P. Risco añade un trazo que completa la silueta de D. Antonio Páramo: «Su inclinación al bien público le tenía siempre pronto

<sup>30</sup> López Ferreiro, Ob. cit., t. X, p. 208.

<sup>31</sup> López Ferreiro, Ob. cit., t. X, p. 214-7.

<sup>32</sup> P. XI del *Discurso que en la apertura de la Sociedad Económica de Amigos del País del Reyno de Galicia establecida en la Ciudad de Santiago pronunció en el día 15 de febrero de 1784 el Señor* ..... Publícase por D. Ignacio Aguayo Aldemunde.



para favorecer a los hombres de buen talento <sup>33</sup>.» Murió el 8 de enero de 1786, cuando estaba preconizado obispo de Lugo.

Estuve a punto de dar por demostrado que Páramo había sido el protector de Castro, porque la semejanza del estilo de sus poesías con el del *Idilio: Apoteosis de Carlos III*—composición larga que, anónima, se publicó en «Galicia Diplomática» en agosto de 1882—decidía a atribuírsela, y en ella se leen estos versos equivalentes a declaración irrefragable:

¡Oh Páramo glorioso, patrón mío,  
De la Patria ornamento, luz y guía! <sup>34</sup>

pero olvidaba entre mis papeles el número XXXV de «Memorial Literario», correspondiente a noviembre de 1786, donde se imprimió el «*Idilio en elogio del Rey Ntro. Sr.*, que en la Real Sociedad Económica de Galicia ha leído en este presente año D. Manuel Freire, Vicesecretario de ella». Como es más que probable que quien leyó el *Elogio* lo hubiese escrito, queda sin asidero la hipótesis de la protección de Páramo al cura de Fruime <sup>35</sup>.

<sup>33</sup> R. Segade: *Ilmo. Sr. D. Antonio Páramo y Somoza* en «La Ilustración gallega y asturiana» del 30 de agosto de 1879: Es notable la *Oración fúnebre que en las exequias que celebró la Real Sociedad Económica de Santiago por el ilustrísimo Señor Don Antonio Páramo y Somoza... Socio y gran bienhechor suyo dixo el 26 de abril de este año en la metropolitana Iglesia de Santiago el socio D. Pedro Antonio Sánchez...* Madrid. Por D. Plácido Barco López, 1786.

<sup>34</sup> Consta de 480 endecasílabos y menudea en prosaismos y pasajes de ingenuidad candorosa

<sup>35</sup> Cuando se imprimió este *Idilio* en agosto de 1882, hizo-sele preceder de una explicación; el manuscrito estaba en Santiago, en propiedad particular, y entre sus preliminares tenía varias cartas que probaban ha-



Consta la relación entre Castro y D. Pedro Antonio Sánchez, aquel prebendado compañero de Páramo en la fundación de la Sociedad Económica y Catedrático de Teología en la Universidad, que formó magnífica biblioteca que hubo de legar al Consulado de la Coruña y varón impregnado de los ideales de su tiempo; pero tres años más joven que D. Antonio Francisco apenas alcanzaría a favorecerle <sup>36</sup>.

Que nuestro poeta encontró apoyo firmísimo, en eclesiástico, o noble, que durante los pontificados de los arzobispos Bocanegra y Malvar le mantuvo en un curato del que no curaba, es hecho inconcuso.

hía sido enviado a Madrid, con otras poesías de su autor, que no se nombraba; había intervenido en ello el Sr. D. Juan de Iriarte. Freire Castrillón es figura de rasgos extravagantes; hijo natural, fué bautizado en S. Andrés de Santiago el 9 de diciembre de 1751; cursó Teología y se casó. Fué Diputado de las Cortes de Cádiz, y en 1819 Secretario de la Inquisición; fundó la «Estafeta de Santiago». No conozco sus *Poesías* que, se dice, imprimió Aguayo en 1786 —¿serían las enviadas a Madrid? ¿estará entre ellas el *Idilio*?—; en la «Gaceta Macial» del 13 de julio de 1813 hay una feroz arremetida contra él, en que se alude a su cultivo de la poesía: «¡Oh gran Tacaño el de las cejas felpudas, que no contento con haber jugueteado en tus verdes años... y producido las picarescas odas, *idilios* y silvas académico-patrióticas, has desatado tu impía lengua, en tu edad media, contra los santuarios y prácticas religiosas e investivado al apostólico varón P. Cádiz...». Estas noticias sobre Freire las debo a Filgueira Valverde. Hasta donde puede inferir el desarrollo literario y político de Freire Castrillón fué paralelo del de Castro, aunque menos poeta; de ahí nacerá su parentesco en el estilo.

<sup>36</sup> Sobre D. Pedro Antonio Sánchez es muy noticiosa la «Reseña biográfica» que precede a la *Colección* de sus escritos editada por sus sobrinos (Madrid. Imprenta de Manuel Minuesa, 1858). También hay el artículo de Ramón Segade: *El canónigo D. Pedro Antonio Sánchez* en «La ilustración gallega y asturiana» del 10 y de 30 de junio de 1879, págs. 184 y 206. Nació en Santa Eulalia de Curtis (Coruña) el 10 de abril de 1749; murió el 4 de octubre de 1806.



III

Llegué a dudar que D. Antonio Francisco de Castro hubiese pisado su parroquia de Fruime. La inmensa mayoría de las partidas de bautizados y difuntos firmalas juntamente con él, el Teniente vicario, lo que inducía a pensar si le llevarían a Santiago los libros para que los formalizase; pero como firma él solo el 7 de setiembre de 1778, el 12 de mayo y 8 de julio de 1782, el 17 de agosto de 1783, el 22 de mayo de 1786 y el 24 de febrero de 1787, quedan probadas hasta cinco estancias en la feligresía.

En 1782, la muerte del señor Bocanegra quizá motivaría que los gobernadores de la Sede vacante le apremiasen para residir, porque al tiempo que el franciscano pontevedrés Fray Sebastián de Malvar y Pinto venía navegando desde la diócesis, pingüe y enorme, de Buenos Aires para posesionarse de la compostelana, dirígele Castro una *Oda* en los días de su Santo—20 de enero de 1784—que comienza:

Negra tristeza mía,  
Suspende tus rigores por un día...

y después de pedir al Santo mártir que:

Gobierne aquella nave  
Que nos lo restituye,  
Y tú, Mar, y tú, Viento,  
Tened a ese bajel acatamiento.

acaba prosaico:

Vé pobre canción mía,  
Y dile a mi Prelado,



Que en tan alegre día,  
Se acuerde de un cuitado  
Cuya triste dolencia  
Alivia en dos palabras su Excelencia.<sup>97</sup>

Cuáles fuesen las decisivas que esperase no podemos adivinarlo. Que buscó el congraciarse con el nuevo arzobispo, pruébanlo otras poesías dedicadas a él y a su sobrino favorito D. Pedro de Acuña y Malvar.

Afirmó el editor de 1841, y no sé dónde obtuvo la noticia, que D. Antonio Francisco había sido discípulo de tan famoso personaje. Estudiante en Pontevedra con los franciscanos y en Salamanca, familiar y comensal de su tío en Buenos Aires, nombróle en Santiago Provisor, Vicario general y Maestrescuela: mangoneador en Compostela, cuando no ausente en la Corte, el Cabildo no tardó en indisponerse con él y con el Arzobispo; mas, sus protestas caían en el vacío, porque gozaba de valimiento en Madrid, cerca de Godoy, según barrunto. En diciembre de 1789 Carlos IV le nombró Sumiller de Cortina y Oratorio supernumerario y le concedió la Gran Cruz de Carlos III; dos años después, y en un trimestre, pasa a Sumiller con ejercicio, le concede la prebenda de Prior de Sar y le nombra Camarista del Consejo de Castilla. En 1792 en premio, seguramente, de haber llevado a Aranda «el papelito» de Godoy días antes de la caída de Florida-blanca, sube a Ministro como Secretario de Estado y del

<sup>97</sup> El Arzobispo Malvar nació en Salcedo (en las afueras de Pontevedra) en 1754; ingresó en los franciscanos de Alba de Tormes. Consagrado obispo de Buenos Aires en Madrid en 1778, fué promovido a la silla compostelana en febrero de 1783. En 7 de julio de 1784 estaba en Madrid, pero no llegó a Santiago hasta el 25 de diciembre. Murió el 25 de setiembre de 1795. (López Ferreiro: Ob. cit., t. XI. La primera oda que le dedicó Castro en *Poesías*, págs. 80-3.)



Despacho Universal de Gracia y Justicia ; en 22 de enero de 1794 queda como Consejero de Estado ; todo esto, desde luego, sin perder los emolumentos compostelanos. Emigró con Carlos IV en 1808, volvió con Fernando VII y murió en 1814. Ejemplar del nepotismo—sin que se nieguen sus dotes—compensó al Cabildo, que tanto había contrariado, legándole la espléndida colección de más de cien tapices que conserva la Catedral <sup>38</sup>. Reconózcase que si fueron condiscípulos el poeta y el Ministro Acuña, que no lo creo, sólo sacaron de común la desgana de residir en donde estaban obligados, y la habilidad para satisfacerla.

Tres poesías dedicó Castro a su supuesto compañero de estudios. Una semidevota, que tituló *Himno al Santo Apóstol implorando su protección en favor del Excelentísimo Sr. Acuña* <sup>39</sup>, fechable cuando fué hecho Ministro y que, lo mismo que la oda solemne que enderezó al Arzobispo, declara sus fervores de «ilustrado» :

La paz es lo que pide  
Una Nación bizarra,  
Cansada ya de triunfos  
Y embotadas en sangre las espadas.  
La paz en que se muden  
Los sables en azadas

<sup>38</sup> Para la vida de D. Pedro de Acuña, consúltense: López Ferrero: Ob. cit., t. XI, págs. 56 y ss., y José Millán: *Notas históricas sobre varones ilustres de Pontevedra* (Pontevedra, 1920), t. I, único publicado. Refiere el episodio del recado el propio Conde de Aranda en su representación a Carlos IV cuando fué desterrado en 1794; párrafos copiados por A. Muriel: *Historia de Carlos IV*, t. I, pág. 225 (tomo XXIX del «Memorial Histórico Español»). Para su legado a la Catedral, S. Portela Pazos: *Colección de tapices y colgaduras antiguas de la Catedral de Santiago* (La Coruña, 1927).

<sup>39</sup> *Poesías*, págs. 69-72.



Y se hagan corvas rejas,  
Para romper la tierra, de las lanzas.

La segunda composición dedicósele en ocasión «que... le fué preciso venir a tomar los aires del país, para restablecer su salud <sup>40</sup>»; llegaba el señor Acuña con

Achaques que otro clima  
Más riguroso engendra  
Y agravan del gobierno  
Las pesadas tareas

y D. Antonio Francisco invoca las virtudes de la tierra para que le vigoricen :

Del mar que, como amante  
Celoso, te rodea  
Fomenten los vapores  
Sus desmayadas fuerzas  
.....  
Tus alimentos sanos,  
Tus puras aguas frescas  
La sangre más templada  
Renueven en sus venas ;  
Y, al modo de una madre  
Amante y opulenta  
Por la salud de un hijo  
Derrama sus riquezas,  
Tus deliciosos valles,  
Tus elevadas sierras,  
Tus río caudalosos,  
Tus fértiles riberas,  
.....  
Presenten en obsequio  
De un hijo que veneras  
Cuantas virtudes, franca,  
Les dió Naturaleza.

<sup>40</sup> *Poesías*, págs. 67-8.



La tercera vez que se dirigió el poeta a D. Pedro de Acuña fué en la *Canción de un afligido a un roble*, de fecha muy cercana a las dos precedentes, por cuanto el editor dice que la escribió en 1792 y después guardó silencio poético a lo largo de ocho años; se lee en ella:

A cuanto pasajero  
a tu sombra se acoja,  
si a Madrid se endereza,  
dirás el dolor fiero  
de mi eterna congoja:  
logrará mi tristeza,  
quizá por este medio,  
del Ministro de Carlos el remedio. <sup>41</sup>

Sobre el motivo, reiteradísimo en sus versos, de la tristeza, alúdese aquí a una petición. ¿Cuál sería? ¿La misma hecha al Arzobispo Malvar ocho años antes?... Nada cabe aventurar con probabilidad de acierto.

Ni un renglón de estas poesías deja traslucir amistad juvenil entre el escritor y el primate. Mas, trato antiguo, eficacia de las «sílabas contadas», o valedor persistente. la consecuencia fué que los Malvares no forzaron a Castro a residir en Fruime ni cuando una visita parroquial dió estado a la ausencia pertinaz.

#### IV

El 6 junio de 1792 el cura de Lousame <sup>42</sup>, como visitador, redacta este informe:

«Es cura de esta parroquia Dn. Antonio Francisco de Castro... de edad cuarenta y cuatro años y de cura, quin-

<sup>41</sup> *Poesías*, págs. 12-5.

<sup>42</sup> El mismo D. Manuel Seoane que firma la partida de defunción de D. Diego Cernadas. Los años de Castro eran ya 46.



ce ; estudió Filosofía y Teología, pero no tiene graduación alguna. Pasa de seis años que está ausente del Curato y que reside en la ciudad de Santiago.» Prosigue con los datos estadísticos al caso : El iglesario constituíanlo ciento once ferrados de sembradura, cerca de nueve hectareas ; que en mi tierra sería casi un latifundio, si el suelo no fuese tan pobre en Fruime que calculábase una renta de novecientos reales ; cifrábase el derecho de Oblata en doscientos y en siete mil, los Diezmos y Primicias. Los vecinos eran ochenta y uno y las almas cuatrocientas quince. La casa rectoral «de muy antigua y ordinaria construcción ; se halla muy mal reparada y así los pisos como las paredes amenazan ruinas por varias partes». Y como si el Visitador acumulase motivos para disculpar al ausente termina definiendo : «Sitio montañoso y desagradable.»<sup>43</sup>

En verdad, el lugar es inhóspito y de acceso difícil. Puede irse desde Santiago por Noya, o por Padrón con camino más suave y más largo, aunque en un mismo punto hay que dejar la carretera y, por senda de monte agrio y desolado, descender como dos kilómetros en la vertiente oriental de la divisoria de las rías de Arosa y de Noya. La situación de la casa rectoral es dominante y casi fronterá a una cañada estrecha, que pronto se abre hasta abarcar vista dilatada, bellísima en la lejanía, alcanzando la península de Abanqueiro, los Groves y la Toja. Mas, en aquellos tiempos ni a los poetas deleitaban los paisajes con términos distantes y las cinco horas a caballo para llegar a Santiago trocaban el curato en destierro.

Ni la virtud, la caridad y el buen humor constante del

<sup>43</sup> Arch. Ecles. Arzobispal: *Visitas*; Mazo 12-A. Posmarcos 1791-2, núm. gl. 1.273.



antecesor de Castro, D. Diego de Cernadas, que hizo de la parroquia de Fruime centro poético—digámoslo así—, lograron teñir con matices risueños aquel apartado rincón, que describía :

Fruime es una montaña  
que en el tacto y el aspecto  
es un monstruoso erizo  
que peina espinas por pelo.

Toda cuestas y peñascos :  
si uno ha de dar un paseo,  
ha de salir de la casa  
llevando en su boca el credo.

Si no es para administrar  
yo no piso sus senderos  
y, entonces, es porque voy  
con todos los Sacramentos

.....  
.....

De un lugar a otro lugar  
hay su media legua en medio,  
que aquí pueden las Batuecas  
aprender a ser desierto.<sup>44</sup>

En otros muchos pasajes el incansable versificador prodiga conceptos análogos; no obstante, encariñado con sus feligreses, a los que socorría y adoctrinaba sin desmayo, y devotísimo de una imagen de la Virgen de los Dolores—de gubia poco diestra—para cuyo culto pedía limosna a todos sus amigos esparcidos por media España, vió correr las décadas sin salir de aquel semi-ermo y, con sinceras palabras, rechazaba la idea de mejorar de puesto :

<sup>44</sup> D. A. Cernadas y Castro: *Obras en prosa y verso* (Madrid. Ibarra, 1778, t. VI, págs. 66-7).



Si la poesía me vale,  
ni en toda su vida sale  
de aquesta feligresía.<sup>45</sup>

El bondadoso y chispeante D. Diego hasta en su adhesión a Fruime se distinguió de su sucesor.

Es de notar, cómo en los versos de Castro consta sólo una vez, no el nombre, sí uno de los temas de Cernadas, cuyas obras salieron en siete divulgadísimos volúmenes entre 1778 y 1780 de las prensas primorosas de Ibarra. Constituye la excepción una décima *Epitafio al celebre Sacris y Quëstero Don Carlos de Andrade*<sup>46</sup>, que así se hacía llamar en algunos escritos don Diego Cernadas, por ejemplo, en su papel *Las mangas después de Pascuas*, titulándose «actual sacristan honorario de Fruime»<sup>47</sup>.

Porque el informe del Visitador resultase más bien exculpatorio, o porque el Arzobispo no quisiese molestar a D. Antonio Francisco, de la Visita no se dedujo, al parecer, sanción, aunque, desde luego, coincidió con algo que se declara al pie de una poesía: «Desde el año de 1792... hasta el de 1800... estuvo el Autor sin hacer versos *a causa de sus trabajos y melancolías*»<sup>48</sup>

Ignórase el origen y la índole de unos y otras, pero

<sup>45</sup> Cernadas: *Obras*, t. VI, pág. 6.

<sup>46</sup> *Poesías*, pág. 84.

<sup>47</sup> Cernadas: *Obras*, t. VI, pág. 301, núm. XVII y pág. 230.

<sup>48</sup> *Poesías*, pág. 6.: *Al primor con que toca el clave mi Señora Doña Mariquita Hermida y Marín*. «Desde el año 1792 en que compuso la canción al roble, hasta el de 1800 en que vino a Santiago el Sr. Hermida estuvo el Autor sin hacer un verso a causa de sus trabajos y melancolías». No he podido averiguar quién era el Sr. Hermida y qué influencia tuvo su llegada a Santiago para la vuelta a las Musas de D. Antonio Francisco.



han de estar encadenados con su posición eclesiástica falsa, que se resolvió en el verano de 1796. El 14 de junio firma todavía el Teniente cura de Fruime «por ausencia» del propietario y el 23 de agosto firma ya «en vacante». Ello ocurría cuando lo estaba la silla metropolitana, porque al arzobispo Malvar, fallecido en 25 de setiembre de 1795, sucedió D. Felipe Fernández Valles, a la sazón Presidente de Castilla, que no hizo la entrada en su sede hasta el 12 de julio de 1798 <sup>49</sup>.

Durante el corto pontificado del erudito descubridor del *Auto de los Reyes Magos* no encuentro referencia sobre D. Antonio Francisco de Castro. Residiría, ya legalmente, en Santiago haciendo el papel, tan recibido en el tiempo, de Abate; disfrutaba de una pensión de trescientos ducados sobre el curato y carecía de licencias para confesar y decir misa. Seguíanle, con todo, llamándole Cura de Fruime y, aun en 1815, firmaba, en ocasiones, con las siglas correspondientes.

Pasó casi dos decenios en estas circunstancias, inverosímiles hoy, admitidas entonces, no sin protestas; el P. Sarmiento escribía con su franqueza habitual: «El principio que dice: se debe alimentar del altar el que sirve al altar; tiene su conversa de equidad notoria; que el que come del altar, le debe servir en algún modo» <sup>50</sup>.

## V

La vida de Castro discurriría hasta 1808 en la quietud compostelana removida, cuando más, por las ren-

<sup>49</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI.

<sup>50</sup> Fray Martín Sarmiento: *Reflexiones literarias para una Biblioteca Real* (1743) impresas en el «Semanao Erudito», t. XXI, pág. 142



cillas universitarias, o catedralicias y por la llegada de libros raros, o nuevos, a las casas del Canónigo don Pedro Antonio Sánchez, o del catedrático D. Pedro Bazán de Mendoza, entre otros, aficionados a la Literatura.

Concibió aquel docto capitular un plan agrícola de Galicia que nuestro poeta celebró en versos cortos y entonados <sup>51</sup> y compuso, después, unos dísticos latinos antinapoleónicos de los que Castro hizo doble traducción <sup>52</sup>.

Su otro amigo, Bazán de Mendoza, es personaje singular y acerca del cual prepara un estudio el ilustre Censor de esta Academia. En dos oportunidades, al menos, se comprueba la relación entre Castro y Bazán. Había dedicado nuestro poeta una *Oda* al Duque de Aliaga, desarrollando el tema de que el reparto de esferas y cometidos entre los dioses se cumple también en el de dotes entre los humanos y, si bien por ello es injusto sumar las del nacimiento ilustre con las bélicas y con las poéticas, pide que se exceptúe al noble encomiado. Don Pedro Bazán dirigió a Castro un soneto sobre el mismo concepto y señaló el contraste:

Cuando Plutón te niega sus riquezas  
Y Apolo de laureles te corona. <sup>53</sup>

D. Antonio Francisco hubo de retribuir el cumplido de su amigo con una *Oda* ponderativa:

<sup>51</sup> *Poesías*, págs. 73-4. *Al Señor D. Pedro Antonio Sánchez de Baamonde en nombre de los labradores de Galicia / Oda por Isidro del Campo*. Por cierto, que los versos «Y de nuestro Sancio — Boadino ceñirla» acreditan la identificación, por alguien dudada, de Sánchez Boado con Sánchez Baamonde.

<sup>52</sup> *Poesías*, págs. 75-6.

<sup>53</sup> *Poesías*, pág. 21.



... veo en la alta cima  
los elevados genios  
cual eres tú... <sup>54</sup>

La segunda ocasión que de esta amistad dejó testimonio fué la de celebrar en dos canciones al Duque de Veragua; en ellas recomienda a Neptuno que proteja al Almirante «residente en los confines de su imperio y en la ciudad de la Coruña». D. Pedro Bazán en un soneto, que creo inédito, habla por boca de Cristóbal Colón, quien, al conocer los versos de Castro, considera

Más inmortal mi honor, mi nombre y gloria  
Desde el nieto me imita y él me canta.

Como era natural, D. Antonio Francisco correspondió con otro soneto, tampoco impreso, de rendida gratitud <sup>55</sup>.

Las vicisitudes políticas quebrantaron la amistad de los dos escritores. Bazán se afrancesó y hubo de emigrar. No sé si a él aludirá en una lamentación ante el proceder de un amigo <sup>56</sup>.

Estas relaciones literarias compostelanas de Castro no parece que se hayan ensanchado al círculo cortesano. Se ocurre si en 1782 conocería en Santiago a Jovellanos, que visitaba la ciudad <sup>57</sup>. El haber hecho cuatro versiones del célebre epigrama latino al reloj de don Juan de Iriarte, no denota relación directa; y de otros

<sup>54</sup> *Poetas*, págs. 22-3.

<sup>55</sup> Figuran en el manuscrito de que después se dará noticia.

<sup>56</sup> «De un amigo falso — un engaño inicuo» en la composición *A un conejito*, de 1809. (*Poetas*, págs. 132.)

<sup>57</sup> López Ferreiro: *Ob. cit.*, t. XI, pág. 40. El ilustre asturiano visitó la Ciudad en 2 de octubre de 1782.



escritores contemporáneos sólo menciona a Meléndez Valdés y a Alvarez Cienfuegos.

Si de eclesiásticos y literatos pasamos a la esfera social gallega se advierte que no subió del nivel medio de hidalgos, catedráticos y funcionarios, sin frisar el de la primera nobleza: Veamos algunas dedicatorias con marcado sello de la época:

*Al primor con que toca el clave mi señora Doña Mariquita Hermida y Marín; Oda, que fué escrita después de ocho años de abstinencia versificadora* <sup>58</sup>.

*A la virtud en medio del mundo y en la persona de la Excm. Sra. Doña María Eulate* <sup>59</sup>.

*A una Señorita ilustre de mucha moderación y sencillez en los vestidos y una singular afabilidad y dulzura en el trato con los pobres aldeanos* <sup>60</sup>.

*A Doña Mariquita Valderrama* <sup>61</sup>, quizá de la familia del Rector de la Universidad de Santiago en 1809, D. José María Valderrama y Barrio.

*En el cumpleaños de mi señora Doña Mariquita Varela y Sarmiento* <sup>62</sup>.

Súmense a estos nombres el de D. Juan Felipe Osorio que, pronto veremos, era Coronel en la Guerra de la Independencia y las intrigantes iniciales de una dama *M. G. y A.*, que luego comentaré y tendremos completo el círculo dentro del cual se movía el poeta.

<sup>58</sup> *Poesías*, pág. 16. Véase la nota 48.

<sup>59</sup> *Poesías*, págs. 30.

<sup>60</sup> *Poesías*, págs. 186-94.

<sup>61</sup> *Poesías*, pág. 228.

<sup>62</sup> *Poesías*, págs. 254-6.



## VI

Por muerte del Sr. Fernández Vallejo, en 8 de diciembre de 1800, fué a regir la diócesis, desde el 27 de octubre de 1803, el noble navarro D. Rafael de Múzquiz y Aldunate que había sido confesor de María Luisa y esforzado antijansenista, tendencia que en Compostela había conseguido adeptos. Don Antonio Francisco de Castro quizá tuvo entrada con el Arzobispo cuando, en nombre de las religiosas de la Enseñanza, le dedicó un encomio en el que halló acentos graves para ponderar su

Luminosa y profunda Teología  
Ante quien espantada el error huye  
Y de celo inflamada,  
Enemiga mortal de la herejía,  
E implacable de aquella que destruye  
La esperanza y la fe, a un tiempo mismo  
Que cerrojos de bronce pone al cielo,  
.....  
....., que encarcelado  
Pone el mar insondable  
De las gracias divinas  
En cauce miserable  
De sentencias mezquinas...

El desconsolador pietismo de Port-Royal es pintado con esos trazos enérgicos, y añade felices augurios para el Prelado :

Pedidle al Santo Cielo  
Los años de Nestor ; una inmutable  
Salud ; pedid también que en el Senado  
Más augusto del suelo



El ancha espalda firme y respetable  
Se cubra con el manto purpurado ;  
Las insignias de Pedro... la Tiara...

Mas, se da cuenta que el pedir para el Sr. Múzquiz el capelo y el solio fuera ofender su modestia y robar

Al ancho arzobispado su alegría. <sup>63</sup>

No reservaba Dios al férreo navarro mayores exaltaciones, sí trances difíciles donde probase su temple. En el período turbulento iniciado en 1808 la conducta del Arzobispo fué patriótica, decididamente fernandina y contraria a la Constitución de Cádiz. Deriváronsele de ella penalidades sin cuento y que Toreno y Lafuente <sup>64</sup> le hayan juzgado con acritud. En circunstancias procelosas se enjuicia, a menudo, sin noticia suficiente; cuando no se interponen los cristales polarizadores de la envidia, la conveniencia o el partidismo y se confunde lo fundamental, el cumplimiento del deber, con lo mudable y secundario.

En los sucesos de aquellos años D. Antonio Francisco de Castro estuvo identificado con su Arzobispo; fué tan patriota y tan absolutista como él.

El Sr. Múzquiz desde el motín de Aranjuez no cesó de prevenir y de precaverse contra la ingerencia francesa. Sábese que el 14 de abril del año crítico reunió

<sup>63</sup> *Poesías*, págs. 33-9. D. Rafael de Múzquiz había nacido en Viana el 14 de octubre de 1747; fué obispo de Avila.

<sup>64</sup> M. Lafuente: *Historia de España* (Madrid, 1869), t. XXIII, página 363, con notoria injusticia escribe: «a pesar de las intrigas que por ver de paralizarlas, o entorpecerlas emplearon el ex ministro de Gracia y Justicia don Pedro Acuña y el Arzobispo de Santiago don Rafael de Múzquiz, enemigos ambos de aquella patriótica empresa».



en Palacio una junta secreta y envió emisarios para explorar el ánimo del Capitán General y cartas para obtener el auxilio inglés. Por tanto, los acontecimientos no le sorprendieron <sup>65</sup>.

El 30 de mayo se alzaba la Coruña y en la noche constituía en Santiago el Arzobispo una junta de armamento y defensa, con veinte miembros, el cuarto de los cuales era nuestro poeta, que en la Lista de donativos pone a seguida de su nombre: «Cura que fué de Frume; en medio de la estrechez en que vive, trescientos reales» <sup>66</sup>.

El 3 de junio la Junta de la Coruña se declaró a sí misma suprema y gubernativa de toda Galicia, en tanto no se reuniesen los siete diputados del Reino, que el 6 asumieron la autoridad soberana, que en 1.º de julio nombraron jefe del ejército de Galicia al General Blake y el día 3 endilgaron al Arzobispo un oficio entre arrogante y sarcástico:

«Santiago —decía—, que es un pueblo de sabios, y del que V. E. es Jefe respetable debe exceder a todos en la unión y el patriotismo... Sabe el Reino, por informes y hechos exactos, que en la Junta permanente que V. E. ha formado hay algunos miembros que no piensan con el celo que corresponde, que se hacen conferencias secretas; que se profieren expresiones sediciosas y poco decentes; que se ataca la misma autoridad del Reino... V. E. mismo, explicándose con voces impersonales, no quiere dar al Reino el tratamiento que

<sup>65</sup> López Ferreiro: Ob. Cit., t. XI, p. 130.

<sup>66</sup> *Santiago en 1808* publicado en «Galicia diplomática», t. II, página 286 (7 de mayo de 1884). «Lista de los donativos que se han hecho en la muy noble e ilustre Ciudad de Santiago y su provincia según el orden en que se han ofrecido».



le corresponde en representación de la Soberanía que ejerce...»<sup>67</sup>.

Repárese cómo apuntan celeras y rencillas asentadas sobre rivalidades patrióticas. La réplica del Prelado, hábil y firme, no satisface a los varones que en la Coruña organizaban la resistencia y en 24 del mismo junio el Reino ordena al Sr. Múzquiz que reorganice bajo forma distinta la Junta compostelana. No hubo de allanarse y salió para la Coruña a sostener sus puntos de vista, pero ya allí, el 1.º de agosto recibió otra comunicación apremiante:

«Las actuales circunstancias exigen la presencia de V. E. en su Iglesia y Capital de Santiago, en cuya virtud, manda el Reino que V. E. dentro del término perentorio de veinte y cuatro horas se retire a ella; donde, de acuerdo con el Alcalde Mayor, procederá inmediatamente a la formación de la Junta... en los términos que le está indicado, sin admitir en ella miembro alguno de los que lo fueron en la que existe y ha dado motivo a unas discordias las más perjudiciales, *destinando al Convento de San Francisco de Herbón, por los términos de dos meses, al Cura de Fruime Don Antonio Francisco de Castro*»<sup>68</sup>.

La áspera resolución y el castigo —único, pues entre los demás miembros no se pasó de amonestar al Penitenciario— revelan el papel jugado por el poeta en la

<sup>67</sup> Arch. Ecles. Arzobispal: *Guerra de la Independencia*. Mazo 1, núm. gl. 491. Firman la orden de castigo a Castro José de Quiroga y Quevedo, Manuel María Avalle y Manuel Acha, secretario.

<sup>68</sup> En el mismo oficio se pide al Arzobispo haga «entender al Penitenciario y Doctoral de la Catedral y Cura de San Benito del Campo. D. Manuel Chantre —[después famoso]— que se dedique a cuidar sólo de las obligaciones de sus ministerios».



oposición a las facultades que se atribuía la Junta coruñesa.

De la misma fecha es la respuesta del Arzobispo :

«... paso a noticia de V. A. S. que en esta misma... tarde voy a cumplir la orden... saliendo de esta ciudad... a pesar de mis indisposiciones habituales, que... me obligan a acudir a los baños, aguas minerales y otros medicamentos fuera de la ciudad de Santiago y, por lo mismo, no puedo acudir a la formación de la Junta y su asistencia, pareciéndome que no podré proporcionarla ninguna ventaja...»<sup>69</sup>.

Insiste el 4 la Junta y el Arzobispo, vencido, reúne la de Santiago, en la que el vocal Ferro Caaveiro formula todavía un voto particular proclamando que la Junta es «el depósito de la confianza, no sólo del pueblo de esta Ciudad, Comunidades eclesiásticas... y de la Nobleza, sino también de la numerosa provincia de Santiago». Expone, luego, cuánto había logrado en la recluta, en dinero y en bastimentos<sup>70</sup>. La discordia duró hasta que la Junta Suprema Central impuso su autoridad.

¿Inauguró nuestro poeta como prisión política el convento de Herbón, que después alojó a Muñoz Torrero, a Acuña y Malvar, arcediano de Salnés, hermano de D. Pedro, y a otros clérigos constitucionales? No he podido puntualizarlo. En Herbón no quedan papeles del tiempo.

La visita al convento disuelve la lástima que provoca el castigo; no será hacedero encontrar sitio más apacible y frondoso; el edificio, oculto entre robles, castaños, nogales, naranjos y limoneros entre los que des-

<sup>69</sup> Consérvase en dicho mazo la minuta de la contestación del señor Múzquiz con tachaduras.

<sup>70</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI, p. 141.



cuellan la altísima palmera y el cedro descortezado traídos hace medio milenio de Tierra Santa por el escritor Juan Rodríguez de la Cámara —según la tradición—; la huerta conventual, extensa y ubérrima, está, en parte, rodeada por el río Ulla, ancho y acrecido hasta allí por la marea. Salvo que el confinamiento duele siempre ni Castro ni los doceañistas acertarían con retiro más deleitoso si por sí mismos hubiesen de escogerlo y sería empeño arduo dramatizarlo.

## VII

Con el año 1809 alcanza a Galicia la invasión. El 7 de enero, por la tarde, reúne el Consistorio de los Señores Justicia y Regimiento de la Ciudad de Santiago con su Junta permanente, y D. Antonio Francisco de Castro figura en el último lugar entre los asistentes. Acuérdate el alistamiento de los licenciados del ejército «no excediendo de los sesenta años» y de los mozos «de dieciséis a cuarenta y cinco», ante la llegada inminente de los franceses. No todo era resistencia heroica en el ambiente compostelano de las vísperas. En la reunión del 13 hubo quienes opinaron que se nombrase una comisión «que salga a recibir al General... le manifieste que este pueblo quiere recibirle en paz». Otros, por concretar responsabilidades, aprovechaban «El Diario de Santiago» para señalar al Arzobispo como cabeza de la revolución de Galicia. Lo mismo había reprochado en Bayona, meses antes, Napoleón a su hermano el Conde de Torre-Múzquiz, quien lo notificó al Prelado: todo le aconsejaba poner tierra por medio y, en efecto, huyó <sup>71</sup>.

<sup>71</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI, p. 157.



El 17 entraron los franceses en Santiago en son pacífico.

El riesgo concentrado sobre D. Antonio Francisco de Castro por sus actividades patrióticas y, acaso, la malquerencia suscitada

De un amigo falso  
un engaño inicuo <sup>72</sup>

que desconocemos, explican que, imitando al Arzobispo, se alejase de Compostela, aunque no mucho. Sábase de sus andanzas por varias poesías y por un párrafo en prosa que publicó en «El Sensato», periódico absolutista de Santiago, en febrero de 1815:

«Saqueada su casa, confiscados sus bienes, proscripta su persona, fugitivo del pueblo de su residencia, donde había trabajado cuanto pudo para sublevar los vecinos contra los franceses, enfermo, pobre y errante en el rigor del invierno, en medio de tantas calamidades, capaces de reconcentrar toda la atención y los afectos de su corazón en el cuidado de sí mismo, nunca pudo borrarse del suyo la memoria de su desgraciado Fernando...» <sup>73</sup>

Los largos e ingenuos títulos de dos composiciones, el texto de ellas y alguna nota suministran más datos:

*A un conejito que tenía su cueva junto al palomar de la casa donde estaba refugiado un buen español fugitivo de la furia francesa. Con este inocente animalito se*

<sup>72</sup> Véase la nota 56.

<sup>73</sup> Es tirada aparte que se guarda en un tomo de «Varios» de la Biblioteca del Museo de Pontevedra. No es seguro, pero pudiera haber intervenido Castro en la redacción de los Manifiestos de la Junta de Santiago en 1808; se publicaron en «Galicia diplomática», t. III, número 17.



solía entretener muchas veces el autor de estos versos para desahogar su corazón angustiado...<sup>74</sup>.

A un ruiseñor que estuvo cantando toda una mañana en medio de la gritería y confusión de las aldeas del contorno que los franceses saqueaban, talaban y quemaban con la mayor crueldad. Sucedió esto el 29 de abril de 1809 en un bosque situado a las inmediaciones de la villa de Pontevedra a cuya espesura se había retirado el autor de estos versos<sup>75</sup>. Precisa, al pie, que el refugio estaba en las faldas del Acibal.

El dolor y el temor calientan la inspiración del poeta :

Mira al anciano Lerez cuán turbado,  
entre sus verdes fresnos escondiendo  
la nevada cabeza,  
turbio y ensangrentado,  
hacia el mar presuroso va corriendo ...

.....  
.....

No se canta en Galicia,  
se llora solamente en el destrozo  
de sus valientes hijos, o se brama  
de rabia e indignación en la injusticia.

hasta la naturaleza entristecida refrena a la Primavera :

... el abril. Cual niño tierno,  
del rumor de la guerra estremecido,

<sup>74</sup> *Poesías*, págs. 127-36.

<sup>75</sup> *Poesías*, págs. 137-150. Que el bosque era el del Acibal se sabe porque en el Ms. se añaden así en el encabezamiento la indicación «situado a las inmediaciones de la villa de Pontevedra», como porque se anota el verso «Del rústico Acibal las nifas bellas». «Acibal es un monte alto y escabroso situado al Noroeste de Pontevedra en cuya falda por la parte que mira al río Lerez compuso estos versos su Autor».



dejó nuestro país del crudo invierno  
entregado al furor. Mandó a las flores  
encerradas estarse en sus cogollos...

y así habrán de permanecer hasta que con la liberación:

Naturaleza, entonces, los tesoros  
pródiga ostentará de sus riquezas  
que escondió cautelosa  
de la mano rapaz...

Cómo nació esta poesía la refiere el autor en párrafo que sigue al transcrito:

«Halló, en su huída, un monte de una indecible aspereza y fragosidad [el del Acibal], a donde se persuadió que nunca penetrarían los franceses. Mas éstos, que se complacían en subir a las cumbres más inaccesibles para dejar en ellas los míseros trofeos de su avaricia y crueldad, llegaron, por fin, a rodear por todas partes la montaña... En tal conflicto, se retiró a los más escondido de una selva: allí el silencio, la soledad, el patético contraste entre la tranquilidad de un ruiseñor que estuvo cantando una gran parte de la mañana y la inquietud de su pecho, que estaba temiendo a cada momento verse descubierto y despedazado por el furor enemigo, le inspiraron el pensamiento de quejarse al cielo de la acervidad de su fortuna con los lamentos de una elegía»<sup>76</sup>.

Confírmense los hechos y se verifica la exactitud de la fecha en el relato de la *Sublevación de la jurisdicción de Caldevergazo* recogido, ya entonces, por don Manuel Pardo de Andrade:

<sup>76</sup> Esta página hace deplorar que conozcamos tan pocas de la prosa de Castro.



«El día 26 del mismo mes [de abril] subió todo el cordón con la artillería a las alturas del monte del Seijo, por parte que ha recibido de los comandantes de Cotobad y de Montes, *que gran partida de franceses venía matando y quemando*, a fin de impedirles el que pasasen más adelante; pero se halló más conveniente apostarse en el monte de Santo Domingo para impedirles que se retirasen a Pontevedra»<sup>77</sup>.

Al ver de situar el refugio del poeta durante el medio año azaroso, valiéndome de los datos de ser propiedad señorial por el palomar, próximo al río Lerez y no lejano de las faldas del Acibal, encuentro como muy probable fuese la casa de la rama pontevedresa de los Ozores en la parroquia de San Andrés de Geve, paraje aislado, escondido y umbrío<sup>78</sup>.

Abundantes y explícitas las noticias sobre el comportamiento de D. Antonio Francisco resultan, sin embargo, escasas para resolver extrañezas cuales el castigo fulminado contra él y que se escondiese en un bosque en vez de sumarse a quienes en los alrededores de Pontevedra guerrilleaban épicamente, y entre los que se contaban no pocos sacerdotes. ¿Motivarían el confinamiento en Herbón recelos despertados por sus concomitancias y amistades con los hombres «de la ilustración», en particular con D. Pedro Bazán, que concitaba todos los odios?<sup>79</sup> El pacifismo, tan reiterado en sus versos, en

<sup>77</sup> M. Pardo de Andrade: *Los Guerrilleros gallegos de 1809* («Biblioteca Gallega». La Coruña, 1892), t. I, págs. 182-3.

<sup>78</sup> Me dice el activo y estudioso Oficial de Secretaría del Museo de Pontevedra D. Alfredo García Alen que la familia Ozores conserva la tradición de que en aquella casa hubo personajes escondidos cuando las revueltas políticas.

<sup>79</sup> Cuenta el Conde de Toreno: «Hubo en Santiago un director de policía llamado D. Pedro Bazán de Mendoza, Doctor en Teología, el



conflicto con sus sentimientos actuales, ¿anularía su voluntad para actuar?

Vedada, por hoy, la respuesta a estos interrogantes entristece comprobar el fracaso vital del poeta; mientras nobles, clérigos y labradores luchaban con armas improvisadas contra el invasor, D. Antonio Francisco de Castro dialogaba con un conejito y con un ruiñón; papel desairado que la musa de la indecisión adjudica con frecuencia al intelectual. Y gracias a que, siquiera, nuestro poeta se inspiraba en la lucha, y la cantaba.

La ocupación de Galicia no fué duradera, el 8 de julio de aquel año de 1809 la derrota de Puente Sampayo decide a Ney y a Soult al abandono de empresa tan incómoda. La Junta Suprema desde el Alcázar de Sevilla proclamaba exultante, borrando prejuicios no merecidos: «¿Quién pudo presumir que fuera Galicia la que diese a la Patria el primer albor de la alegría?»<sup>80</sup>

El Arzobispo, que en enero había llegado a Ayamonte a través de Portugal, por análogo camino retorna a su diócesis en diciembre. Apenas llegado intervino en la formación de la Junta de Santiago, que preside y luego en la Nacional de la Coruña. En marzo de 1810 se constituye el Supremo Consejo de Regencia que pone al frente al Obispo de Orense, Quevedo y Quintano, y toma las riendas en la gobernación y en la lucha.

cual y otros tantos de la misma lechigada, cometieron muchas tropelías y defraudaron plata y caudales; denominaban los paisanos semejante reunión *el conciliábulo de Compostela*. (*Historia del levantamiento, guerra y revolución de España*, Lib. VIII, 1809, pág. 196 en la ed. de la Biblioteca de Autores Españoles, t. LXIV.

<sup>80</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t, XI, p. 166,



## VIII

Se ignora si D. Antonio Francisco de Castro regresó enseguida a Compostela recuperada, pues en varios años no se documenta su presencia.

Es seguro que en la discordia que luego estalló sobre la Constitución de Cádiz, se manifestó realista encarnizado; como el Arzobispo, quien ya, al jurar la obediencia exigida por las Cortes, había hecho la reserva de que «aquel juramento sea y se entienda siempre que no se oponga al que tiene reconocido por único Soberano de las Españas al Sr. D. Fernando VII»<sup>81</sup>. Con esta solemne salvedad inicial mídase cuál no sería la reacción del Arzobispo y de la mayoría del Cabildo, y aun de casi toda Compostela a las heridas que infligían las discusiones y los acuerdos de los diputados en los intereses y en el sentir tradicional: adviértase que uno de ellos fué la supresión de señoríos jurisdiccionales, que removía radicalmente el gobierno de la comarca, puesto que el Arzobispo era el señor de Santiago y su tierra.

Por este y por otros motivos, previéndose que surgirían dificultades en Galicia al promulgarse la Constitución, envió la Regencia al General Castaños, quien recibió el juramento del Cabildo y del Arzobispo el 5 de julio de 1812; pero, una semana después el Sr. Múzquiz busca seguro en Portugal.<sup>82</sup>

No tardaron en seguir decretos lesivos para las convicciones y los medios de vida de la generalidad de los santiagueses: el de 14 de octubre, que abolía el voto de

<sup>81</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI, pág. 236.

<sup>82</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI, págs. 247 y 253.



Santiago; el de 23 de febrero de 1813, que suprimía la Inquisición. Si a estos ingredientes—que no es ocasión de discutirlos, sí de subrayar cuán peligroso era su manejo—se mezcla la actitud del Arcediano de Salnés don Manuel de Acuña y Malvar, enemigo acérrimo del señor Múzquiz y constitucional hasta el tuétano, la efervescencia de la quieta Compostela se comprenderá sin esfuerzo.

La prensa de cada bando pinta al contrario con las tintas más siniestras. El Arcediano andante, si por casualidad estaba en Galicia, disparaba su artillería desde «El patriota compostelano» y periódicos congéneres y, enfrente, «La Estafeta de Santiago» procuraba no quedarse corta y «El Sensato» atizaba también cuanto podía el fuego realista.<sup>83</sup>

Sospecho que D. Antonio Francisco escribía en «La Estafeta» y, desde luego, colaboró en «El Sensato». Aunque en los números que he podido revisar del primero no conste su nombre, me parece reconocer su estilo en dos artículos:

En el titulado *Fábula*, que salió el 4 de mayo de 1814 y comienza: «El Aguila triste, solitaria y feroz saliera de los hórridos pantanos de Córcega a devastar la tierra<sup>84</sup>». La enemiga del poeta a Napoleón, su gusto por

<sup>83</sup> Son muy raras las colecciones de la prensa compostelana de estos años; he podido manejar la rica, aunque incompleta, que posee la Biblioteca del Museo de Pontevedra.

<sup>84</sup> «Desvastar» dice el periódico. El 31 de mayo de 1814 publicó «La Estafeta» la composición de Quintana: «Ay del alcázar que el error fundaron — la estúpida ignominia y tiranía» seguida de *El Anti-Ay del Alcázar* y comienza: «Ay del alcázar que a Luzbel levanta — La estúpida y brutal filosofía» que, a trechos, suena como si fuese de Castro; mas consta al pie que está tomada del núm. 50 de «Atalaya», que ignoro dónde salía.



traer a plaza los dioses de la gentilidad y hasta el empleo de voces como «triste», «solitario», «pantanos hórridos» etcétera, que le eran caras, inclinan a atribuírselo.

El titulado simplemente *Artículo comunicado* se repartió en los números de los días 11, 15 y 20 de marzo de 1814 lo firma *El Solitario* según, a veces, se llamaba en sus versos. Las ideas expuestas y la posición ante las circunstancias convienen con las suyas:

«Retirado en esta soledad, a donde me arrojó... la tempestad francesa... Hace más de tres años que no veo grandes poblaciones...»

«Cuál sería mi sorpresa cuando me anunciaron que, aun vencidos los franceses, nos tendríamos que vencer unos a otros?...»

«... Yo detesto una ilustración [la francesa] que ha regado con sangre humana la faz del Universo....»

Al leer estos conceptos y sus diatribas contra Voltaire y demás escritores tachados de vitandos, al comprobar su decepción ante los frutos de «los ilustradores» evocamos, como él evocaría, los tiempos de su amistad con Bazán de Mendoza, que, Jefe de policía en Santiago bajo la ocupación, emigrado en Francia, traducía y publicaba *La Henriada*, precedida de extenso prólogo donde, a vueltas de discusiones literarias, introduce argumentos para persuadir a la convivencia y para hacerse notar de Fernando VII «restituído por medio de los más prodigiosos y no esperados acontecimientos». <sup>85</sup>

La rectificación —fuera excesivo llamarla retracta-

<sup>85</sup> D. Pedro Bazán de Mendoza «antiguo señor de Torrecoros y Bigo, etc.»: *La Henriada. Poema épico francés traducido en verso español por el refugiado* ..... Impreso en Alais. En la Imprenta de Martín, año 1816. El texto copiado consta en las págs. LV-LVI.



ción— de juveniles ideales hubo de formularla Castro en versos no muy poéticos ni armoniosos, pero sí expresivos de una actitud que los de nuestra generación comprendemos:

... a esa gloria  
renuncia el español...  
Ten allá tu execrada economía  
Que escasea al Altar hasta el incienso,  
Tu Política y tu Filosofía  
Que el mundo trastornó. Deja al Ibero,  
Puesto que así la llamas, su rudeza,  
Su espíritu grosero,  
Su vivir espartano y su pobreza ;  
Sus costumbres, su Dios y, si te agrada,  
También su fanatismo  
Y su superstición, que tanto enñada  
Al sabio y filosófico ateísmo ;  
Goza tú de ilustrada el alto nombre,  
Mas, deja al español saber ser hombre. <sup>86</sup>

¡Qué cambio de tono desde la *Oda al Arzobispo Malvar*! Por esta vez, ni la primera ni la última, trocábase el intento europeizador en violencia insoportable para la dignidad nacional y el poeta se hace intérprete del sentimiento que fundía el ánimo de los más ; su verso humilde es en tal ocasión portavoz de opiniones y sentires que pueden no compartirse, pero que eran comunes a innumerables españoles ; y si toca al vate adelantarse y sobreponerse, también es propio del poeta cantar lo que siente su pueblo.

La entrada de Fernando VII en Madrid el 13 de mayo de 1814 trajo bonanza momentánea. En Santiago el

<sup>86</sup> *Poesías*, pág. 236, en la composición *Galicia libre del yugo francés*.



15 de mayo amaneció borrada «la piedra de la Constitución» frente al Obradoiro, que «La Estafeta» calificaba nada más que de «ignominia que deshonraba la plaza de esta leal ciudad». El 12 de junio regresaba triunfalmente el Arzobispo, viajero incansable, pues en el otoño marcha a la Corte a gestionar el restablecimiento del «Voto». Esta nueva ausencia duró un año largo, en él se fraguó y fracasó el movimiento constitucionalista coruñés que capitaneó el General Porlier.

Por un quinquenio los realistas compostelanos vieron resucitadas sus tradiciones y nuestro poeta premiados sus fervores fernandinos. En febrero de 1815 publicó en «El Sensato» la traducción del salmo XX de David, aplicándolo a las circunstancias del Rey que, acaso, fué la determinante para que *el Deseado* le pensionase, por órdenes del 12 de marzo y del 7 de abril, con 500 ducados anuales. <sup>86 bis</sup>

## IX

El poeta se había ido haciendo viejo sin que suceso alguno suyo haya dejado huella entre 1815 y 1821. Tan sólo una noticia, que debo a la generosidad de D. Armando Cotarelo, interrumpe el lapso: en la sesión de Cortes del 16 de agosto de 1820 se dió cuenta de que «El Secretario del Despacho de Hacienda remitió las listas que se mandaron pasar a la Comisión ordinaria de Hacienda»; y en la de «Pensiones a título gracioso» figura con el número 16:

«A D. Antonio de Castro, ex-abad de Fruime, en consideración a su pobreza y para remunerar sus distin-

<sup>86 bis</sup> «Diario de las Sesiones de Cortes», 1820, p. 539. Véase el párrafo siguiente.



guidos méritos y servicios le concedió S. M. una pensión de 500 ducados...».

Dos escritores famosos asistían a la sesión y en ella hablaron: Martínez de la Rosa y D. José de Vargas Ponce; desde luego, que no escucharían cuando se leyó la lista en que figuraba el humilde y lejano colega y hoy advertimos cierto contraste que hace, por lo menos, sonreír. La pensión al encarnizado enemigo del constitucionalismo era tramitada en las Cortes el mismo día en que el docto marino Vargas Ponce defendía el proyecto de que, por la estereotipia, se difundiese la Constitución «ya que se frustran —decía— los deseos de que se explique en los templos»; y añade ufano, como Académico de la Española, que esta Ilustre Corporación había abierto un concurso de premios para cantar el apasionante texto legal gaditano; y con entusiasmo, que vemos coloreado de candidez, prosigue: «Ha propuesto, además, otro premio y es, a mi juicio, el que más importa, al que presente cuatro, o cinco romances capaces de ser cantados a la vihuela y que los escuche una novia de boca de su galán, en que ambos aprendan verdades tan recientes como provechosas y pongan en estado a cualquier español de decir con todo conocimiento y toda el alma: ¡Viva la Constitución!».

Que cada cual se imagine el gesto con que el Arzobispo de Santiago y nuestro ex-abad de Fruime recibirían la lectura del número del «Diario de las Sesiones» del día de San Roque.

Deploro no poder fijar cuándo escribió la *Oda* a su amigo D. Juan Felipe Osorio; el saberlo aclararía algo del misterio que encierra. Toca en ella D. Antonio Francisco los límites de la desesperación; hasta un ramalazo de insania preséntale el suicidio como solución



para su infortunio. Encerrado «en hondo abismo», abrumale el rigor de «la tristeza negra». Retórica, o no, su desdicha puede ser aliviada por un Ministro del Rey con quien tiene «deudo estrecho» D. Juan Felipe :

Habla en mi auxilio tú, la voz esfuerza  
En favor de un amigo infortunado,  
Digno de mejor suerte solamente  
Por ser amigo tuyo.  
Dile, dile al Ministro la infelice  
Situación en que estoy; dile que vivo  
Por un resto que puse de esperanza  
En su beneficencia.<sup>87</sup>

Como a Malvar, como a Acuña, apremia a Osorio sin dejar traslucir la índole de su petición. Y no acierto a adivinarla, pues no sé de qué Ministro fernandino era pariente el Coronel Osorio; persona de relieve, cúpole el papel ingrato de ser comisionado por la Junta de Santiago para que el 25 de marzo de 1810 pidiese los pasaportes e intentase registrar los papeles a Jovellanos y al Marqués de Campo Sagrado que embarcados en Cádiz, rumbo a Asturias, habían entrado de arribada forzosa en Muros; en el incidente, referido y documentado por Jovellanos en su famosa *Memoria en defensa de la Junta Central*, quedó a salvo «la mucha moderación y cortesía»<sup>88</sup> del Coronel. Se hace costoso atribuir a agobios económicos del poeta tan empeñadas peticiones y tan dramáticas llamadas a la amistad.

<sup>87</sup> *Poesías*, pág. 106.

<sup>88</sup> *Obras* de Jovellanos (t. XLVI de la Bib. de Autores Españoles, págs. 264 y ss. y 610. También lo menciona el Marqués de Campo Sagrado en su *Representación... al Supremo Tribunal de Justicia* (Santiago. Oficina de D. Manuel María de Vila, año de 1813, pág. 9).



Los tiempos del gobierno absoluto del Rey tocaban a su fin. El levantamiento de Riego, en enero de 1820, fué seguido de cerca por acontecimientos y medidas que consternaban a los realistas santiagueses. En febrero salen de Herbón el inquieto Arcediano de Salnés, Acuña y Malvar y el doceañista Muñoz Torrero y se abre la puerta de la cárcel del Santo Oficio al Conde del Montijo<sup>89</sup>; el 8 de marzo jura Fernando VII la Constitución y en el mismo mes sufre un atentado; el 25 se restablece el rótulo de la Plaza; el 24 de abril se ordena a los Párrocos que expliquen en la Misa el texto gaditano y que en Universidades y Seminarios se establezcan Cátedras de Constitución<sup>90</sup>; suprímense la Inquisición y la Compañía de Jesús y, el 25 de octubre, todos los monasterios y conventos.

El panorama de Europa no tenía para Castro, y los que como él sentían, más que un signo optimista; el saber a Napoleón prisionero en Santa Elena. En *La despedida del pedante* escribe sarcástico:

Frescamente en nuestros días  
Se vieron Reyes y Papas  
Perseguidos como ciervos  
Saltando de mata en mata  
Y el bicho infame que altivo

<sup>89</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI

<sup>90</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI. El P. Lorenzo Ramo de San Blas en la *Oración fúnebre de D. F. Veremundo Arias Teijeiro, Arzobispo de Valencia* (Valencia), po. D. Francisco Brusola, año 1831; en nota, pág. 69, dice que el famoso benedictino «en el 31 de julio de 1815 prescribe a los Párrocos con mucha sutileza y sabiduría el modo de explicar la Constitución, ciñéndose precisamente a los artículos que tienen inmediata conexión con el Evangelio».



Sobre sus tronos se hinchaba  
Hoy, atado a la cadena,  
Muerde cual perro, de rabia.<sup>91</sup>

A Compostela, encrespada por la prensa y las Sociedades secretas, regresa el andariego Arzobispo Sr. Múzquiz, caduco y enfermo, en el mes de mayo. Para broche funesto del primero de «los mal llamados años», el 16 de diciembre llega a Galicia, nombrado Jefe político de la provincia formada por toda la región, D. José María Puente, hombre inhábil, atrabiliario y de cortos escrúpulos.

La aparente futesa de que un servidor de la Catedral vendiese en su claustro ejemplares de la tirada santiaguesa de la *Representación hecha a las Cortes* por el Arzobispo de Valencia, el gallego Fray Veremundo Arias Teijeiro, protestando contra la Ley de la Novísima, por la que los Prelados, al prohibir edictos o estampas, tenían que, previamente, ponerlo en conocimiento del Rey, mediante el Ministro de Gracia y Justicia<sup>92</sup>, fué la mecha que encendió la iracundia del flamante Gobernador, que en el día 21 dirigió al Arzobispo un oficio:

«... en esa ciudad—dice—se reimprimió la sediciosa *Representación*... y, lo que es más aún, que este papel incendiario se vendió en una oficina de la Catedral... Tal vez V. E. lo habrá ignorado; tal vez le cogerá de nuevo esta noticia...; quiero, más bien, suponer que V. E. ignora lo que pasa en la Catedral, que suponer que autoriza tan manifiesta contradicción a las leyes.»<sup>93</sup>

<sup>91</sup> *Poesías*, pág. 268.

<sup>92</sup> El folleto aducido en la nota 90 da curiosa explicación de la *Representación* del Arzobispo.

<sup>93</sup> Arch. Ecles. Arzobispal: *Ramo de Imprenta*. Mazo 2, ap. 473  
El Oficio comienza: «¡Cuán sensible me es empezar mi corresponden-



Contestó el Prelado que nada sabía y que el impresor no dependía del Cabildo. La Corporación también se exculpó y alegaba que el folleto había pasado por la censura gubernativa y que el impresor sería el responsable. Conviene dejar la palabra al propio Puente para saber lo que siguió: <sup>94</sup>

«El 27 de enero de este año expuse al Ministerio de la Gobernación... la ocurrencia con el Ilustrísimo Cabildo... que sin embargo de no resultar que su Ilustrísima fuese delinvente... resultaban indicios que dejaban su opinión mancillada en Galicia y que nada era más fácil... que desvanecer cualquier siniestra impresión, dando una satisfacción pública...; el Cabildo se había negado por tres veces; ... exigí la satisfacción anunciada y habiendo sido desobedecido... mandé que bajo la multa de diez mil ducados, sin perjuicio de ulteriores providencias, diesen la satisfacción... Ya se hallaba depositada aquella [suma] cuando recibí una orden para suspender todo procedimiento y únicamente obrar contra los autores y sus cómplices, de la reimpresión y venta.»

Extiéndese el poncio acerca de los inconvenientes de la juiciosa resolución ministerial. Molesto, al verse desautorizado, creyó sorprender los hilos de una temerosa conspiración realista, movida por el alto clero gallego; obtuvo del faccioso que llamaban Barón de Santijoani, capitán de una partida que actuaba en tierra de Orense,

cia con V. E. con el motivo de un acontecimiento desagradable en el cual tengo razones para creer que han tomado parte algunos individuos del Cabildo!».

<sup>94</sup> José María Puente: *Manifiesto que hace a la Nación... con motivo de su exoneración del mando por las prisiones que decretó en 30 mayo [sic] de este año de varias personas indicadas de conspiración.* Madrid. Imprenta del Imparcial, pág. 27, enero 1821, nota 5.



declaraciones vagas contra el Arzobispo y el Cabildo de Santiago y contra los prelados y cabildos de Mondoñedo y de Orense; informáronle de «reuniones misteriosas en la sacristía de San Jorge de la Coruña... Todos eran datos de destrucción—escribe—y por el orden legal no me era posible evitarla». «Expedí órdenes, con todas las precauciones imaginables, para que vinieran a mi poder las cartas sospechosas»; y así llegó a descubrir la conjuración, o a urdir su existencia, pues los documentos que inserta al final suscitan dudas. Vino en conocimiento «que tenían nombrado un militar de graduación... que contaban con mucho dinero y aunque esperaban neciamente, en la venida de rusos y cosacos, no les faltaban, efectivamente, bastante número de hombres...».

Consumiría tiempo y paciencia seguir la exculpación de las ilegalidades cometidas por el arbitrario jefe político y copiar la documentación sobre la que intenta basarse; pero, hay en ella dos cartas por las que desfila como «conspirador temible» nuestro poeta: la primera, de 6 de febrero de 1821, habla de un escondrijo de fusiles designados con la transparente clave de «cañas huecas»: «Ya se acordará usted—dice un comunicante seudónimo—nos dijeron había 5.000 en una casa, en la que permanecerán, si no los han sacado; quien ha de saber de esto es Fruime». La segunda, de 8 de marzo, con clave no menos inocente, insiste en lo mismo, si bien con reducción en la cuantía del armamento:

«Hoy recibí carta de Vizcaya, en la que me dicen que los pajaritos en abril criarán cañones, que en mayo tendrán la pluma y que en junio volarán; ¡buen consuelo para quien quisiera verlos repartidos en España! Con respecto a lo que me dice de las cañas, no puedo decir otra cosa que lo que dijo el cura de Fruime a un curita



joven, que es del Ferrol, en la inteligencia que los 200 de Villagarcía no son de los 500 que están en esa almacenados.»

No sé si al «deer» estas noticias alarmantes fué cuando el Sr. Puente vió «por momentos estallar la fatal trama» y discurrió, para evitarlo, prender en la noche del 30 de abril a quienes supuso conjurados; y, de paso, decidió vengarse de los Canónigos que habían conseguido fuese desautorizada su multa. Veintiocho eclesiásticos—entre ellos, claro está, D. Antonio Francisco de Castro—y catorce civiles fueron conducidos a La Coruña para deportarlos a Canarias. Sabedor Puente, o barruntándolo, que el Gobierno volvería a desautorizar la medida gubernativa—como así fué—los hizo embarcar con el pretexto, dado después, de salvaguardarlos de las iras populares—*nihil novum...*—. Cuando, a las dos de la tarde, llegaba el emisario de Madrid para impedir el desafuero el bergantín *Hermosa Rita* había zarpado.

A los dos días moría el asendereado Arzobispo D. Rafael de Múzquiz, que, con varia fortuna y siempre con ánimos, había capeado tantos temporales. Sus muchos años y su mala salud no resistieron el golpe de ver marchar castigados sacerdotes y caballeros con quienes había luchado contra los enemigos de España y de la Iglesia.

El 15 de mayo el arribo del bergantín a Canarias promovió una petición que, el 28, se elevó al Rey y a las Cortes. Don Agustín Argüelles Ministro de la Gobernación, que no había tomado en serio la conspiración gallega, no sólo decretó la libertad inmediata de los deportados, sino que exoneró a Puente y dispuso se le formase causa. Su manifiesto explicativo queda extractado en cuanto al caso interesa. El 11 de setiembre embarcaron



para España los «conspiradores», menos uno, que alla quedó sepultado.<sup>95</sup>

Sin que parezca actitud impropia de un poeta la de conspirar y conocida la fidelidad entusiasta a Fernando VII, rey absoluto, de D. Antonio Francisco de Castro, se hace duro admitir que a los setenta y cinco años anduviese en los arriesgados menesteres de comprar y esconder armas. La lectura de las cartas que mencionan al cura de Fruime, inclina a considerarlas amañadas, con intención proterva, o por mezquino estipendio, patente su ineptia. Ya en aquel tiempo se sospechó fuesen apócrifas: D. Francisco Vázquez, individuo de la Diputación provincial de Santiago, y que no era absolutista, publicó en 1822 un folleto titulado *Nota al manifiesto que hace a la Nación D. José María Puente*: no titubea al referirse «a aquellas escenas ruidosas y chocantes por la tramoya con que se representaron» y añade: «Infeliz Patria y desgraciados tiempos en que fueron perseguidos ciudadanos cruelmente porque sus nombres se hallasen escritos en unos anónimos sacados del correo, en donde podrían ser echados por los malignos que quisieran perderlos.»<sup>96</sup>

No hay referencia en los escritos de Castro del forzado viaje a Canarias; quizá por eso dijo Murguía: «No consta que acompañase en su éxodo a los demás deportados»; contradice esta aseveración la del escrupuloso historiador D. Antonio López Ferreiro, al inscribir los

<sup>95</sup> López Ferreiro: Ob. cit., t. XI, p. 328.

<sup>96</sup> Francisco Vázquez: *Nota al Manifiesto que hace a la Nación D. José María Puente, Jefe político que fué de Galicia puesta por D. .... Individuo de la Diputación provincial. Santiago*. En la Imprenta de D. José Fermín Campaña y Aguayo, año de 1822. Firma su escrito en Bastabales el 28 de diciembre de 1821.



nombres de los tres presos que no llegaron a embarcar.

Se estimara oportuno definir aquí el natural de nuestro biografiado, pero una carta, u otro testimonio fehaciente pueden arrumbar cualquier exploración psicológica intentable. Sobre los datos manifiestos y sobre los semiocultos cada cual, con criterio propio, interpretará las reacciones del temperamento del poeta.

Súbdito perfecto del «despotismo ilustrado» cuanto mermase la autoridad absoluta del Monarca merecía su repulsa; ya fuese intervención extranjera, ya Cortes de nuevo estilo, ya Constitución. En su ancianidad escribía con humor acre:

Los Reyes también se mueren  
Y, si Dios no lo atajara,  
Solamente se vería  
Su figura en las barajas.<sup>97</sup>

Advertía con desconsuelo cómo se arruinaba su mundo y cómo sobrevivía a su época. Era un arcaizante en política; veremos que no lo fué en Literatura.

Para juzgarlo en sus actuaciones debe prescindirse de la deformación corriente en nuestros historiadores dicimonónicos, atentos, casi exclusivamente, a rodear de simpática aureola total a las Cortes de Cádiz, a su Constitución y a cuantos trabajaron por restablecer su vigencia. No he de celebrar las glorias del absolutismo fernandino; sí abogar por que no se adensen sobre sus defensores leales las sombras y la odiosidad, sistemáticamente. Con la serenidad que el tiempo transcurrido proporciona, reconózcase que los realistas compostelanos luchaban contra leyes que juzgaban mortales para sus creencias y para los intereses de su tierra. No les incul-

<sup>97</sup> *Poesías*, pág. 268.



pemos ni les disculpemos, pongámonos en disposición propicia para explicarnos su proceder.

X

Tras la deportación a Canarias borrábase la huella de Castro, en términos, que Murguía, que en 1879 fechaba su muerte hacia 1836, la adelantaba en 1912 a 1821. Las investigaciones de archivo me consienten precisarla.

Logré fijar, primero, la parroquia en que habitaba, al encontrarle en la *Razón de las personas que contiene el Padrón del Precepto Pascal de San Miguel dos Agros*; vivía con dos mujeres, sin que se sepa si eran de su familia, o sirvientas. Conocida la feligresía fué tarea sencilla hallar en la *Estadística del giro de la Ciudad* su referencia; el 28 de junio de 1825 se consigna: «Don Antonio Francisco de Castro, cura que fué de San Martín de Fruime, y admitida su renuncia dejándole trescientos ducados; anciano y enfermo; no tiene licencias». Es documento conciso y noticioso como pocos y ya queda aprovechado <sup>98</sup>.

Tocábase ya su postrimería y en el libro parroquial de *Difuntos* pude copiar:

«En la Parroquia de San Miguel dos Agros de la Ciudad de Santiago, a veinte y dos días del mes de agosto de mil ochocientos veinte y cinco, murió Dn. Antonio de Castro, Cura propio que había sido de la de San Martín de Fruime. Al siguiente día se dió sepultura a

<sup>98</sup> La *Razón* está fechada el 8 de noviembre de 1824. (Arch. Municipal de Santiago. *Padrones vecinales*. Est. I). La *Estadística general del Clero del giro de la Ciudad (1806-25)* (Arch. Ecles. Arzobispal. Mazo 1.186).



su cadaver en el Presbiterio de la Yglesia Parroquial, asistiendo a su entierro la Cofradia de la Prima y las Comunidades de Sto. Domingo, San Agustin y San Francisco. Recibió los Santos Sacramentos de Penitencia, Comunion y Extrema Unción». <sup>99</sup>

La partida, al referir la concurrencia de todo el clero regular y secular de Compostela —pues la Cofradía de la Prima comprendía a los sacerdotes de la ciudad—, deshace la nube que acerca de su conducta pudiera haber condensado el saber que durante diecinueve años careció de licencias para confesar y decir Misa. El concurso de todo el clero al entierro de un sacerdote sin realce jerárquico prueba, más que respeto, tributo a merecimientos singulares. Las tribulaciones patrióticas y políticas que había padecido fueron, sin duda, parte para ello; mas, si el Cura de Fruime en su religiosidad, o en su comportamiento hubiese tenido tacha, fuera inverosímil que tan caracterizado cortejo acompañase sus restos mortales.

En los setenta y nueve años de su carrera vital quedan puntos brumosos; aclarará algunos el examen de sus poesías. El editor de ellas en 1841 ya se dolía por «no haber tenido proporción de adquirir» noticias de sus comienzos y parece que las que suministra de su carácter hubo de deducirlas de los escritos: se limita a decirnos:

«Siendo su constitución en sumo grado melancólica, no pudo resistir la soledad de Fruime... y se retiró a Santiago, en donde, sin embargo, pasaba una vida soli-

<sup>99</sup> Arch. parroquial de San Miguel dos Agros. *Libro 6.º de Difuntos*, folio 148. Firma la partida el Rector Félix de Acuña. El presbiterio de la Iglesia está entarimado y no se verifica si D. Antonio Francisco de Castro tiene lápida sepulcral.



taria; en medio de la Sociedad empleaba en ella poco tiempo, y en los casos precisos; pasaba así la vida estudiantina en el retiro. Sus paseos diarios eran por sitios escusados a la concurrencia, buscando las arboledas, orillas de los ríos, praderas, sitios pintorescos... Esto, no obstante, su producción amena, dulce y festiva, en las pocas veces que se dejaba ver, le hacía amable para con los sujetos con quienes trataba y los que tenían ocasión de hablarle... Don Antonio Francisco de Castro ha sido un eclesiástico ejemplar».

Todo parece confirmarlo.

Un biógrafo implacable ansioso por encontrar explicación a su tristeza incesante y a su ordenación sacerdotal tardía y, al mismo tiempo, precipitada y hasta a sus peticiones angustiosas creería sorprender un indicio delator en ciertas Endechas que *un pajarillo... dirige a su dueño*, quién sabe si brotadas de una ilusión juvenil que se frustró:

¡Por una semana!  
¡Por un solo día!  
¡Déjame que vuele  
Por esta campiña!

.....  
.....

Allí mora aquella  
que el Cielo tenía  
destinada un tiempo  
para mis delicias.

Hoy fuera mi esposa  
y en su compañía...  
mas, estos recuerdos  
doblan mis desdichas.<sup>100</sup>

<sup>100</sup> *Un pajarillo enjaulado que desde una ventana estaba viendo la campiña en donde se había criado dirige a su dueño las siguientes endechas, en Poetas, pág. 227.*



El biógrafo supuesto podría acrecer el interés novelesco si subrayase que esta composición fué remitida por el autor a *Doña M. G. y A.* iniciales intrigantes, porque son las únicas entre las numerosas dedicatorias del poeta, todas con nombres completos. Las siglas misteriosas dejan de serlo en un manuscrito fragmentario de las poesías, que después se menciona, y por él sabemos corresponden a Doña Mariquita García y Aldao, por su segundo apellido, de linaje rancio pontevedrés. La novela a medio forjar parece que se esfuma mediante la lectura de la décima con el envío de las Endechas, nada alusiva y sobrado candorosa. Añádase que los conceptos amorosos, aun puestos en labios ajenos, se resienten de frialdad en los versos de Castro.

Aun que ignoramos la causa determinante de su tristeza insaciable, sabemos que no tenía remedio.

A su amigo íntimo confesaba :

Esta es, Bazán, mi estrella :  
Padecer y gemir ; no la Fortuna  
Acuso ; una excesiva  
Sensibilidad funda mi querella  
Que en mi bien y en mi mal siempre importuna  
Del propio bien me priva,  
Mis gustos acibara,  
Y en el seno del bien mi mal prepara. <sup>101</sup>

¿No nos dan estos versos un análisis del que había de llamarse el «mal del siglo»?

¿No está patente el pesimismo? En esta disección de su melancolía Castro llega a no ver otro remedio que la muerte; expresándose en frases hasta entonces no estiladas en nuestra lírica :

<sup>101</sup> *Poesías*, pág. 23.



De una vida tan dura  
Cansado el triste pecho ¿terná alientos  
A desear más vida?  
*¡Mis huesos fríos la negra sepultura*  
*Esconda eternamente; y los acentos*  
De una lengua afligida  
En mis versos encubra  
*La tosca piedra que mi cuerpo cubra.*<sup>102</sup>

Años y penas aumentan y el poeta en el extremo de su congoja, presa de «la tristeza negra» —concepto obsesionante en sus versos— cae en desvarío suicida:

Un recurso le resta todavía  
Al ánimo doliente.  
Pienso con él los rudos y apretados  
Cordeles que arrastrando me conducen  
Del negro y espantoso carro tuyo  
Romper...<sup>103</sup>

Por dicha, apenas nacido, borra de su espíritu el plan siniestro la gracia bautismal y exclama: «¡Soy cristiano!». La marcha de su desesperación sigue el camino romántico, aunque se detenga a tiempo.

Si no curó de melancolía —monstruo que se devora a sí mismo— es de creer que la resignación templó sus años postreros y emociona aquel leve autorretrato que dibujó con estos cuatro renglones:

Triste su semblante  
pardo su vestido,  
en la diestra un palo,  
en la izquierda un libro.<sup>104</sup>

<sup>102</sup> *Poesías*, pág. 23.

<sup>103</sup> *Poesías*, págs. 104-5.

<sup>104</sup> *Poesías*, pág. 136: el designio de autorretratarse es explícito; dice así al *Conejito*: «Porque no te asuste — verlo de improviso — ves aquí las señas — de tu nuevo amigo.»



## LOS ESCRITOS

### I

Cuanto de los escritos de D. Antonio Francisco de Castro he conseguido allegar es lo siguiente:

Un manuscrito incompleto de los primeros años del siglo XIX, mas no autógrafo, que guarda en su pazo de La Ramallosa, de los Arias Teijeiros, doña Ramona Diéguez Cervela, parienta mía, donde lo encontré e que lo es de ambos D. Antonio Losada Espinosa. Consta de 72 folios, varios sin foliar y, en cambio, la numeración llega al 93. Pese a ser copia no muy cuidada, mejora en bastantes ocasiones la lectura del volumen impreso y añade tres composiciones, inéditas al parecer.<sup>105</sup>

Otra copia vieja manuscrita, posee el erudito magistrado gallego D. Fermín Bouza Brey, sin principio ni cabo. Su texto no suministra variantes, fuera de algunas levisimas en los títulos, o en las notas; pero, según queda dicho, da el nombre de la dama a quien se dedican las *Endechas del pajarillo enjaulado*.

Impresas en vida del autor lo fueron, por lo menos dos: la dedicada *Al Ruiseñor*, según declaración propia, aunque no he llegado a ver ejemplar, y la versión del *Salmo XX* de David aplicada a Fernando VII, que salió en «El Sensato» seguida de unos párrafos en prosa.

Impresos posteriores: el volumen, origen de este trabajo, que imprimió D. Juan María Pazos en Orense

<sup>105</sup> El Ms., en 4.º, tiene la primera hoja casi destruída y en los ocho folios siguientes el ángulo superior izquierdo comido por la humedad o, por lo menos, corroida la tinta.



en 1841 y el folleto en que el mismo editó *Las glorias de Galicia en la guerra de la Independencia cantadas por el Cura de Fruime...*, también en Orense, y en el propio año, que reproduce la poesía en que celebra la liberación de Galicia «por el valor de sus naturales estimulado y dirigido por el Excmo. Sr. Marqués de la Romana», inserta ya en el tomito precedente.<sup>106</sup>

Y eso es todo; porque para nada importa enumerar las seis que reprodujo del volumen de 1841 «Galicia, Revista universal de este Reino» en 1862.<sup>107</sup>

El tomo orensano contiene sesenta y dos poesías que suman ocho mil ciento cincuenta versos; si se añaden los setenta y cinco del *Salmo* y los ciento cincuenta y seis de las tres no impresas ni se alcanza a ocho mil cuatrocientos versos; el tercio de los que Meléndez Valdés, nada prolífico, hubo de escribir.

La prosa firmada no pasa de dos páginas ni la atribuible, de veinte.

Con seguridad, puede decirse, que sólo parcialmente conocemos la producción de Castro; aunque en cantidad suficiente para medir su mérito.

Todos sus versos son castellanos<sup>107 bis</sup> y ni una pa-

<sup>106</sup> Según el editor, Castro titulaba su Colección *Las Musas en Galicia*. El volumen queda descrito en la nota núm. 8. El folleto tiene la portada: *Las glorias de Galicia / en la guerra de la Independencia / Cantadas / por el Cura de Fruime D. Antonio Francisco de Castro / Grabado con las Armas de Galicia / Orense / Oficina de D. Juan M. de Pazos. 1841. En 8.º, 23 páginas. Debo la ficha a D. Jesús Carro sacada del ejemplar que posee D. Emilio Baladrón. No he conseguido ver este folleto.*

<sup>107</sup> *Galicia libre del yugo francés...* (pág. 195); *A una señorita ilustre de mucha moderación...* (pág. 218); *A un conejito...* (pág. 228); *A un ruiseñor* (pág. 278); *El cordero de Amarilis* (pág. 292); *La pastora escarmentada en cabeza ajena* (pág. 308).

<sup>107 bis</sup> Otero Pedrayo escribe: «Aparte de la muy citada cantiga



labra introdujo en ellos del habla de su tierra, fuera de la toponimia. No obstante, se advierten varios modismos regionales y es frecuente la fea supresión de la partícula *a* cuando construye el verbo *ir* con infinitivo; por ejemplo, «voy buscar», «vino traer», etc.

## II

Las poesías fechadas y las datables con aproximación son de madurez y senectud; fáltanos, por esta circunstancia, conocimiento de las que pudieran desvelarnos cómo se formó el escritor. En el almiar exiguo de sus composiciones no se aprecian capas definidas, cuando si lo formase la cosecha de un campo labrado desigual y adventiciamente.

Acaso deban referirse a los años escolares las versiones e imitaciones horacianas.

Tradujo, con aspiración a ser puntual, las odas *Sic te Diva potens Cypri* —en silva— y *Beatus ille* en estancias de seis versos, endecasílabos A D F y heptasílabos los otros tres, y que aconsonantan pareados. Al verter al castellano la oda *Integer vita* desnaturalizó su sentido por escrúpulos morales y la tituló *La inocencia está segura en el mundo*. Libres son, asimismo, las traducciones de *Parcus deorum cultor* y la segunda que hizo del *Beatus ille*. En la *Oda contra el lujo y el amor*

de *Noiteboa* los poemas de Castro son poco conocidos» (art. cit.). La indicación parece rectificar el aserto; no lo creo así: por distracción atribuye a nuestro poeta la cantiga de su casi homónimo D. Antonio de Castro y Neira, mindoniense, párroco de Argomoso; la publica La Iglesia: *El idioma gallego* (La Coruña, 1886), t. I, pág. 171; comienza: «Brinquen todos de alegría...».



*desordenado de las riquezas* declara que, en parte, es traducción y, en parte, imitación del *Intactis opulentior*.

La desigualdad perturba esta labor humanista de nuestro poeta. En casos, la expresión, rápida y gallarda, evoca la gracia antigua, por más que en el ritmo se perciban semejanzas con el motejado «endecasílabo de gaita gallega»:

El varón justo, de crimen exento  
No necesita del arco morisco  
Ni de la aljaba cargada de flechas  
    Envenenadas,  
Ibame yo por la selva sabina  
Solo y sin armas cantando loores  
De alma virtud y un lobo soberbio  
    Huye a mi vista... <sup>108</sup>

El cambio de la hermosa Lalage por la Virtud, adecuado en un sacerdote, si hace perder al aire gracil de la poesía, no destruye el deleite de su lectura.

Dígase otro tanto de la primera versión del *Beatus ille*:

No como del soldado el sueño inquieta  
La horrisona trompeta.

<sup>108</sup> Al traducir el *Integer vita* coincide en muchas palabras con don Nicolás Fernández de Moratín:

El de la vida, Fusco, religiosa  
Ni dardos usa ni *moriscos arcos*  
*Ni de la aljaba* llena de saetas  
    *Envenenadas*  
Mientras *inermes la sabina selva*  
Cruzo *cantando* a Lalage distante  
..... de *mi vista* un lobo  
    Fiero se aparta

La versión de Moratín no se imprimió en vida suya. (Bib. de Autores Españoles, t. II, pág. 35.)



Ni su pecho estremecen  
Las olas de la mar que se enfurecen.  
Huye el pleito enojoso  
Y no pisa el umbral del poderoso.<sup>109</sup>

Pasajes hay en que el ajuste, casi literal, no menosca-  
ba la sencillez antigua:

¡Qué gusto estar cenando y estar viendo  
Las ovejas corriendo  
A casa bien pacidas!  
Y los bueyes cansados y rendidos  
Las cervices, tirar con poco aliento  
Del arado al revés, a paso lento!

Perdónanse las caídas prosaicas en gracia a la precisión  
descriptiva.

La traducción libre del mismo *Epodo* hízola en ro-  
mance, amplificando el texto y véase con qué agilidad  
interpreta los versos referentes a la «pudica mulier»:

... una casta esposa,  
cual suele hallarse al extremo  
occidental de la Hespería  
do mora el fuerte gallego;  
Endurecida al rigor  
de escarchas, nieves y vientos  
morena del sol que sufre  
y blanca por don del cielo;  
Su brazo empuña la azada  
mientras que la alumbra Febo,  
y cuando Diana alumbra  
mueven el huso sus dedos.<sup>110</sup>

Castro, al refundir al poeta latino, maneja sin esfuerzo  
la forma familiar y huye todo rebuscamiento.

<sup>109</sup> *Poesías*, pág. 40-4.

<sup>110</sup> *Poesías*, págs. 45-50.



### III

La destreza alcanzada con la gimnasia de las versiones latinas le habilitó para poesías propias de corte y métrica clasicistas.

La principal entre ellas es la oda que dirigió al Arzobispo Malvar, con motivo de que Carlos III le había otorgado la gran cruz de su Orden, premio por haber costeado el camino de Santiago a Pontevedra <sup>111</sup>. Es composición notable por las ideas y por la forma. Aquéllas son, según ya sabemos, las de «la ilustración», profesadas con valentía. Contrapone las obras grandiosas e inútiles, a las modestas y provechosas. No calla el efecto que le causa el contraste entre el edificio ingente y el hogar pobre; ni cela su dolor ante la muerte de un obrero en accidente de la construcción, o por que se expropie la casa humilde para mejorar las vistas de un palacio...; rasgos que escasean en la poesía del tiempo, y extraña que se acumulen en la oda de un párroco a su Arzobispo. Los versos se troquelan con vigor desusado:

Deja, excelso Malvar, al hombre insano  
Que no acierta el camino de la gloria,  
Que edifique y consagre a un necio orgullo  
Torres altivas.

Ingrato rompa de la madre Tierra  
El seno y desquicie sus entrañas  
Para arrancar el mármol que destina  
A altas columnas.

Al monte de sus bellos ornamentos

<sup>111</sup> *Poesías*, págs. 7-11. El Museo de Pontevedra posee un curiosísimo gráfico coloreado del Real Plantío discurrido por el Arzobispo para las márgenes del camino con la explicación del proyecto. Malvar, aunque franciscano, gustaba de opulencias: encargó a Weegwood una hermosa vajilla; dicho Museo tiene una fuente grande de ella.



Despoje, de sus cedros elevados,  
Cuya sombra en estío consolaba

Al caminante.

Sude y reviente el buey, el compañero  
Dulce del hombre en la labor del campo,  
Arrastrando del monte y de la selva

Piedras y troncos.

Suba el alto edificio hasta las nubes  
Y, lóbraga mansión de las tinieblas,  
A su sombra se quede la vecina

Casa del pobre.

Del infeliz obrero mal seguro  
En la altiva cornisa el pie resbale,  
Y en sus brazos la muerte le reciba

Para el sepulcro.

Llore la fiel consorte desolada,  
Que preparando estaba parca cena  
Para su tierno esposo, cuando escucha

La triste nueva...

El fragmento es sobrado para cerciorarse de la osadía en los conceptos y de la claridad en la expresión; no era un escritor adocenado quien sostenía actitud en mucho parigual a la de Goya, que en aquellos mismos años introducía en un salón del palacio de El Pardo su *Albañil herido*.

La oda a Fray Sebastián Malvar prosigue con atrevimientos en doctrina y en técnica, pues ya apunta en ella el frasear romántico:

La tierra, aquí oprimida, allá rasgada,  
Al furor de violentas convulsiones  
Se venga sacudiendo los cimientos  
Del peso ingrato.

Los altos chapiteles se desploman,  
Y en confuso montón un mausoleo  
Preparan a su dueño, a quien oprimen  
Techos dorados.



Aquí se albergan pájaros nocturnos,  
Que al pasajero asustan cuando cantan,  
O, más bien, cuando lloran sobre tristes  
Restos del lujo.

Mas tu, entretanto, amigo de los hombres,  
.....  
Abre el ancho camino que a la gloria,  
Sin ofensa de nadie te conduce  
Y a tu Patria procure, a un tiempo mismo,  
Honra y provecho <sup>111 bis</sup>.

Magnífica era y es —porque todavía sirve— la carretera obra del Arzobispo; quien, con esplendidez y previsión, además de señalar las leguas con esbeltas pirámides de granito, a la vez relojes de sol, discurrió a los costados, paseos con filas de robles y álamos blancos a los que se enroscaban viñas; sólo en cortos trechos quedan hoy los robles.

Supera la oda al Arzobispo a las otras composiciones de aire clásico de Castro, incluso a las dos solemnes que dedicó *A Neptuno*, para recomendarle «la persona del Excmo. Sr. Duque de Veraguas, residente en los confines de su reino y en la Ciudad de La Coruña»: el mismo Almirante D. Mariano Colón es el *Anfriso* al que dirigió Jovellanos su epístola desde la cartuja de Jesús Nazareno en Valldemosa, preso en la primavera de 1801 <sup>112</sup>. La silva de D. Antonio Francisco se desarro-

<sup>111 bis</sup> Compárense con los endecasílabos endebles leídos por D. Vicente García de la Huerta, en la Academia de San Fernando el 25 de junio de 1778, también sobre caminos que hacen «tratables ya los altos montes».

<sup>112</sup> Las poesías de Castro dirigidas al Duque de Veraguas habrán de ser posteriores al largo pleito, que terminó titulándose, en 1793, don Mariano Colón y Larreátegui.



lla en ocho estancias de catorce versos ; cuatro heptasílabos y de once los restantes, pareados los dos últimos ; combinación de amplitud fatigosa y rara vez usada ; Meléndez y Cienfuegos emplearon la de trece versos ; y el primero, en 1787, ante la Real Academia de San Fernando, la de diecisiete, que al lector más recio deja sin resuello. Menudean en la composición de Castro las referencias mitológicas, cuanto escasean los trazos originales.

De mayor erudición hace gala en su *Oda al Duque de Aliaga*, que ignoro cómo y dónde le conoció ; está escrita en estrofas de cinco endecasílabos, libres los tres primeros y pareados el cuarto con el quinto. Muestra en ella que el desigual reparto de dotes entre los hombres es justo, pues se cumple también entre los dioses :

No des, pues, a los Grandes, que Fortuna  
Puso sobre la rueda, la divina  
Inspiración... <sup>113</sup>

Mas, al cabo, pide licencia para coronar como poeta al noble que celebra.

Para empresas menos ambiciosas se conformaba mejor su ingenio.

<sup>113</sup> *Poesías*, págs. 18-20. No me explico por qué en el Ms. se dedica esta Oda al Duque de Arcos ; no cabe confusión de personas ni de familia. Si en el segundo verso de la penúltima estancia se sustituye a Aliaga por Arcos el endecasílabo no consta :

La pongas de Arcos; él la merece



IV

Que D. Antonio Francisco de Castro se afilió a la escuela poética llamada salmantina él mismo lo declaró llanamente :

(En prueba de su amor a sus queridos :  
Al dulce Anacreonte, al alto Homero,  
Al sonoro Virgilio, al cuerdo Horacio,  
Al Petrarca y al Tasso,  
A Villegas, *Meléndez* y *Cienfuegos*  
Y al malogrado y tierno Garcilaso. <sup>114</sup>

Descuéntense las citas tópicas y restará una profesión de fe literaria.

Sin embargo, Castro no se resignó a ser un secuaz, y algo muy personal aflora en sus versos pastoriles. Por ejemplo, localiza siempre su Arcadia en los alrededores de Compostela :

Del sol doraban los rayos  
la cima del alto Viso,  
y el valle del Sar yacía  
entre nieblas sumergido... <sup>115</sup>

¡Esto cantaba Dalmiro  
en la orilla del Sarela... <sup>116</sup>

Sobre el ceñudo Pedroso  
se amontonaba la nieve... <sup>117</sup>

En la vertiente del Viso  
y a orillas del Sar ameno... <sup>118</sup>

<sup>114</sup> *Poesías*, pág. 224 en la composición *En la entrada del Invierno...*

<sup>115</sup> *Poesías*, pág. 117. *El cordero de Amarilís*.

<sup>116</sup> *Poesías*, pág. 252. *El joven desengañado*.

<sup>117</sup> *Poesías*, pág. 259. *El Invierno*.

<sup>118</sup> *Poesías*, pág. 112. *La pastora escarmentada en cabeza*.



Por ellos en vivas llamas  
están del Amor ardiendo  
cuantos hay del Picosacro  
al Pedroso... <sup>119</sup>

De las Sierras del Cebrero  
vino por verla a Santiago  
el rico pastor Fileno... <sup>120</sup>

Yo ví al pérfido Belardo  
junto al robledal del Gesto  
mano a mano con Lisarda... <sup>121</sup>

Contrasta tal afición por la topografía concreta con la parquedad e imprecisión de las referencias de lugar en otros poetas del tiempo; el mismo Meléndez Valdés no menciona más que al Tormes, el valle de Zurguén, Guadarrama, Fuenfría... Es de notar que Castro obedece aquí a llamadas de su tierra como los poetas de los *Cancioneiros* del siglo XIII, prestos siempre a fijar la romería y el santuario, o la playa; o como los del siglo XIX, Pondal, Rosalía, Añón, o como Valle-Inclán que obtiene de la geografía y de la toponimia, más o menos fidedignas, efectos poéticos extraordinarios.

Otra peculiaridad en las composiciones pastoriles de D. Antonio Francisco es el quiebro burlesco con que termina *Los trabajos del Amor*, *Rara aventura de un pastor la mañana de San Juan* y *La violencia por celos*. Cual era de esperar de un melancólico, sus gracias son poco sazonadas: así el final gélido de *Una tempestad furiosa*, romance inédito que describe con viveza una tormenta y acaba:

<sup>119</sup> Véase la nota anterior.

<sup>120</sup> Véase la nota 118.

<sup>121</sup> Véase la nota 118.



Mas, ¡ay dolor! una teja  
se rompió sobre su cama  
y derecha una gotera  
viene a estrellarse en su calva. <sup>122</sup>

versos dignos de su predecesor el «coplista» Cernadas.

Pulsa con más destreza la cuerda satírica: *El Amor dormido*, despertado por el poeta al verle, por inerme, en riesgo de que le venzan, le replica así:

Eres un buen hombre  
del siglo pasado.  
Las hembras —me dijo—  
no son como antaño.  
Eran en tu tiempo  
un fuerte encargado  
al Pudor y hacía  
de muro el Recato.

.....  
.....

Mas, ya de ser firmes,  
por fin, se cansaron  
y ríndense ahora  
al primer amago.  
El seno desnudo,  
me van señalando  
do quieren que aseste  
el dardo acerado. <sup>123</sup>

¡Lástima que la descripción del lance se disuelva lánguida a lo largo de ciento ocho hexasílabos!

Sin disputa, nuestro escritor estaba más dotado para esta modalidad del género pastoril que para la anacreónica, chocante con sus hábitos, por eso habrán de pre-

<sup>122</sup> En el Ms. citado, fol. 47 v.º.

<sup>123</sup> *Poesías*, págs. 65-66, *El Amor dormido*.



ferirse sus poesías inspiradas en la paz de la vida campestre. Describe en *El Invierno* el monte Pedroso cuando :

... pardas nubes entoldan  
toda la esfera celeste.  
Brama el Aquilón furioso  
entre pinos y cipreses,  
las aves de canto triste  
solas a chillar se atreven,  
grazna el cuervo, llora el buho,  
y las selvas se entristecen... <sup>124</sup>

y, después de añadir pormenores de la cruda estación, termina :

Y entretanto en su cabaña  
Antón, Pascual y Silvestre,  
asan castañas, las comen  
y cantan los buenos Reyes.

Este tono «intimista» y esta forma directa, sobria, desnuda de la falsa metafisiquería amorosa, trivial a la sazón, cuadraba al temperamento del cura de Fruime y perfila uno de los costados de su personalidad.

## V

Espero que los ecos de su más peculiar acento hayan comenzado a percibirse.

Se habrá advertido en los últimos versos cómo el autor juega con pinos y cipreses, buhos y cuervos, «aves de canto triste», y, si se completase la lectura de la composición, repararíase en el «sol pálido y sin fuerza», una Naturaleza «encogida con el frío de la muerte»; esto

<sup>124</sup> *Poesías*, pág. 259, *El Invierno*.



es, que nos asomamos a un panorama que anuncia los del romanticismo. Dentro de esta senda reconoceremos en *El desengaño* octosílabos que suenan como los de 1840:

Se bajan las negras sombras  
al hondo valle...

.....  
Se ven de una luz que expira  
los reflejos desmayados.

.....  
La triste noche saliendo

.....  
despliega el fúnebre manto

.....  
Como fúnebres antorchas  
las estrellas alumbrando  
al túmulo están del orbe,  
entre sombras sepultado.  
Todo callado y medroso

.....  
se siente de cuando en cuando  
el sordo rumor del viento  
en los pinos...

Allí de un ave nocturna  
se oye el pavorido canto,  
aquí de un perro perdido  
el aullido lastimado... <sup>125</sup>

¿Qué tenía que añadir a este fondo un poeta de un cuarto de siglo después? ¿Qué habrá de agregar un romántico de veras? Al escenario, casi nada; al drama humano, casi todo; nada menos que el asunto. Porque resulta incongruente en la poesía de Castro que, en esta naturaleza agorera y temerosa, el pastor Mauricio salga de «su albergue» se encamine a «los umbrales de Filis»

<sup>125</sup> *Poesías*, pág. 57, *El desengaño*.



y escuche de Anselmo, «arrimado a un verde mirto», noticias que desvanecen su ilusión de amante correspondido.

Debilita a la composición este desequilibrio radical, castigo de tantas anticipaciones osadas y, pese a todo, las pinceladas pre-románticas, decididas, definen un temperamento poético al que faltaron modelos y labor de lima.

Porque no fué inspiración casual en un par de poesías: en muchas de géneros diversos interpretó la naturaleza con emoción y con maestría; si bien, se prevenirá que de los motivos románticos no adivinó el papel trascendental de la luna en la tramoya literaria de la nueva época ni demuestra afición por las ruinas; acaso porque los monumentos de la antigüedad seguían en uso en Galicia—puentes, murallas y baños lucenses, etcétera—y de los medievales, los religiosos se mantenían y sus restos escultóricos y decorativos se incrustaban en conjuntos barrocos, o neoclásicos; y los castillos—salvo las torres huecas y desmochadas—habitábanlas administradores, mayordomos y caseros; en unos y otros anulaba la utilidad cualquier prestigio poético.

Una sola mención medieval se registra en las poesías de Castro, y ésta es también otra falla romántica. En el final de *La entrada del Invierno* esboza una escena sugestiva e inesperada bajo Carlos IV:

En su cabaña el rústico encerrado,  
sus hijos y su fiel esposa en torno  
del encendido hogar, cuenta la historia  
de Oliveros, Roldán y Carlo Magno  
y cómo fué el francés en Roncesvalles  
por Bernardo del Carpio malferido. <sup>126</sup>

<sup>126</sup> *Poesías*, pág. 170.



Explica el recuerdo el que no escasearían a las puertas de la Catedral compostelana ciegos que, acompañados por la «zanfona», recitasen a diario las hazañas carolingias, allí mismo organizadas en historia seis siglos atrás en el *Turpin* del Códice Calixtino.

Los pretextos alegados y su «carlotercerismo» juvenil no bastan, sin embargo, para justificar la desafición de Castro por la Edad Media, gusto del que no carecieron escritores y artistas neoclásicos. Un estudio de René Lanson<sup>127</sup> lo ha demostrado dentro del arte francés; y entre nosotros lo hacen patente los trabajos del P. Sarmiento, del P. Flórez, de D. Tomás Antonio Sánchez, del arzobispo de Santiago D. Felipe Fernández Vallejo y de tantos otros en el ramo erudito. También los poetas vuelven sus ojos a los tiempos medios: Cadalso en su *Sancho García*, Huerta con su *Raquel*, Meléndez con los *romances de Doña Elvira*.

Asimismo, se recorta el horizonte poético de D. Antonio Francisco porque prescinde, casi por completo, de los temas religiosos—son de ocasión, o de encargo, las excepciones—; y eso que, como hemos visto, no cabe suponer tibieza en su *Fé*<sup>128</sup>

Tales limitaciones temáticas se compensan por la presencia constante de la naturaleza, por la consideración

<sup>127</sup> René Lanson: *Le goût du Moyen Age en France au XVIIIe siècle* (Paris et Bruxelles, G. Vanoest editeur. 1926).

<sup>128</sup> *Canción al Sr. Múzquiz por su protección a las Religiosas de la Enseñanza* (Poesías, pág. 33); *Himno al Santo Apostol implorando su protección en favor del Sr. Acuña* (pág. 69); *Himno a Santa Escolástica el día de su festividad, presentado a la Abadesa de San Payo por sus Junioras* (pág. 121); y, ya no devota, pero con emoción religiosa, puede mencionarse la más notable entre ellas, *El brazo de Dios extendido para proteger al pobre inocente y castigar al injusto opresor* (pág. 195).



de las penas íntimas y por el entusiasmo patriótico y realista, manantiales de su poesía más auténtica.

## VI

El aporte más valioso de D. Antonio Francisco de Castro está, a mi ver, en el grupo de poesías que no sería despropósito titular «Meditaciones sobre la Naturaleza», si altísimos ejemplos no lo desproporcionasen.

Entran en este conjunto siete publicadas y una inédita : su número y sus encabezamientos dicen ya mucho :

*La mañana en el campo.*

*La Primavera.*

*La entrada en el Invierno.*

*En la entrada del Invierno a una selva muy querida y frecuentada del autor.*

*El melancólico a su amada selva restablecida de los rigores del Invierno y floreciente en los principios de mayo.*

*El sol en el ocaso. Canción de un solitario y melancólico.*

*Una tempestad furiosa.*

*La tempestad acaecida en la ciudad de Santiago y sus contornos el día 16 de julio de 1805.*

Sería esfuerzo vano buscar en Fray Diego González, en Jovellanos, en Meléndez, o en Cienfuegos una serie comparable y sorprende que el Marqués de Valmar no la justipreciase.

No se eche en olvido que en 1785 el abate D. Juan Andrés en el tomo tercero del *Origen, progresos y estado actual de la Literatura* analiza el poema *Las Estaciones* de Thomson, comenta las descripciones de la mañana



y de la lluvia de Swift, las de la mañana y el mediodía de Parini y las noches de Young «tenidas por algunos como el mayor esfuerzo de la imaginación poética... y la más excelente producción de la poesía». <sup>129</sup>

Por consiguiente, aunque Castro no hubiese leído esas obras, que lo dudo, conocería por el texto difundido del P. Andrés la boga del género descriptivo de la naturaleza y de sus mudanzas.

En la descripción de *La mañana* el poeta es sobrado disertado; no suscitara la atención del lector actual a no ser por varios toques de pre-romanticismo:

El velo opaco de las sombras tristes  
que envolvía el aire adormecido...

el tétrico Occidente el rostro anubla  
y en su negro capuz la cara envuelve.

Las formas vacilantes, que en los seres  
la noche bosquejó, se desvanecen  
y recobran los cuerpos su figura...

... ya del valle  
sumergidos se ven entre las sombras  
el soto y el arroyo, circundado  
de la niebla sutil que el viento lleva. <sup>130</sup>

éstos y otros trazos de finura extraña no bastan para aligerar el paso cansado de los convencionalismos prolijos.

Diferente es el carácter de las demás poesías del grupo.

Tres tienen por escenario la selva preferida para retiro del poeta. Cuál fuera ésta hubo de intrigarme. Como

<sup>129</sup> P. Juan Andrés: Ob. cit., t. III, p. 401-5.

<sup>130</sup> *Poesías*, pág. 173, *La mañana en el campo*. No tiene parecido alguno con *Il mattino* de Parini.



dice, en nota, «que pasaba en ella la mayor parte de las tardes» y habrá de situarse en las cercanías de Santiago, creo haya de referirse a la llamada «Selva negra», en la vertiente Sur del Pedroso, lugar del Bar y feligresía de S. Fructuoso, finca grande con pazo y capilla de la Virgen del Carmen; en el siglo XVIII pertenecía a una familia apellidada Xesto, o Gesto —que dió nombre a una parte, también cantada por Castro—; el llamarle la «Selva negra» debe de ser uso viejo, pues ya aparece en documentos de 1860; y hay una novela de Ramón Segade Campoamor, poco más reciente, que tiene en ella su escenario <sup>131</sup>. Serán, pues, meras evocaciones líricas así la referencia al Pico Sacro, que desde ella no se alcanza a divisar, como la de que el sol

reclinaba  
ya en el mar de Occidente la cabeza

distante y separado por montañas.

*En la entrada del Invierno a una selva...* <sup>132</sup>, sin que abunden conceptos nuevos, revela el poeta, a trechos, sensibilidad aguda en el enfoque y en la observación. Al inquirir las causas de que haya perdido la selva sus galas, insinúa:

Quizá porque en el Mayo  
Altiva con tus ramas, pretendiste  
Hasta el cielo llegar

y describe la caída de las hojas:

... vacilantes,  
De tus amantes brazos desprendidas,

<sup>131</sup> *Poesías*, pág. 161. Noticias recibidas de D. Felipe Cordero Carrete. Véase sobre esta posesión lo que escribió D. Jesús Carro: *Un nuevo relieve románico compostelano* («Cuadernos de Estudios Gallegos», 1, 1944), p. 89 y ss.

<sup>132</sup> *Poesías*, págs. 213-24.



Giran mustias y errantes  
Al redor de su tronco y, condolidas  
Del triste desamparo en que te dejan,  
No aciertan a alejarse  
De la desnuda rama en que nacieron  
Y los céfiros blandos las mecieron

hasta el descuido de las rimas internas colabora al efecto de estos ritmos ondulantes, lentos.

Con abundancia verbosa, prosigue la pintura adornada por fragmentos muy bellos :

Así fúnebre gira  
Alrededor de ti, cual Pasajero  
Que vió ciudad altiva y floreciente  
En sus días mejores y la mira,  
Con pecho lastimero,  
Oscurecida ahora y decadente...

Avergonzado cubre el arroyuelo  
Su cara, por no verte, de una niebla ;  
Y se escapa ligero  
Por no ver el retrato en sus cristales  
De tu negro infortunio...

... mas tú, entretanto,  
No pierdas la esperanza ; en sus rigores  
No son de Jove eternos los furoros ;  
Él se deja aplacar...

Tras la descripción, viene el poblar la selva con los recuerdos y las tristezas del poeta :

... contados  
Llevo todos tus troncos, pues de todos  
Favores recibí...

Aquí lloré del mundo los engaños,  
Allí de Nise ingrata las dobleces,  
Acá el error de mis primeros años,  
De mi fortuna allá las esquiveces.



Al pie de aquel aliso...  
... el blando sueño  
Cerró mis ojos de llorar cansados.  
Bajo aquel alto pino,  
Con dulce y melancólico murmullo,  
Adormeció las ansias de mi pecho  
Un céfiro benino,

.....  
Aquella verde gruta, cuya entrada  
Defiende un roble antiguo a los ardores  
Del Julio abrasador, en la sombría  
Mansión de su retiro, sosegada,  
De alma Filosofía  
Me introdujo al sagrado misterioso.

.....  
.....  
A la margen del prado,  
Entre mirtos, rosales y laureles  
Alguna vez también he cortejado  
Las Musas deliciosas...

Echase menos la poda inteligente que hubiese convertido la difusa silva en ceñida meditación. Alternan, asimismo, en ella, con los elementos neoclásicos, notorios augurios renovadores por el estilo de los ya registrados en otras; por eso no piden que se subrayen de nuevo y más por que, dada la índole del tema, aventaja en este respecto a casi todas la que pinta la tempestad del 16 de julio de 1805 en Santiago. <sup>133</sup>

Como diestro escenógrafo ilumina el poeta el panorama con

... una tétrica luz y macilenta  
Que los seres confunde y desfigura,

<sup>133</sup> *Poesías*, pág. 200-12.



Y deja en cuanto alumbra un tinte oscuro,  
Cual tea funeral de espanto y muerte.

Cuando el trueno retumba :

... parece  
Que perdido el nivel, el firmamento  
De sus basas eternas se desploma,  
Y rodando, en el aire, se deshacen  
Unas contra las otras sus columnas.

Fraguada la tormenta en el monte Pedroso, con la sabida afición topográfica del autor, fíjanse las etapas sucesivas sobre la ciudad y sus contornos. Personificaciones de las fuerzas naturales acreditan el poder plástico de su forma :

Cubierto de una ropa talar negra  
De franjas rubicundas guarnecida,  
El terrífico espectro de la Muerte  
Corre de nube en nube disparando  
Lanzas de fuego y dardos encendidos.

.....  
.....  
Se dirigen al Cielo mil suspiros  
Mil votos fervorosos que irritadas  
Las nubes interceptan, o en su furia  
Los vientos los disipan...

.....  
Las nubes y los vientos se conjuran  
En combatir sañudos la campiña.  
Empiezan la batalla enormes gotas  
Del grueso de la bala...

... el agostado  
y polvoroso suelo las recibe  
y en sus ávidas fauces las devora.



Al final aflora el sentimiento devoto con la visión de Dios airado, al que pide el autor misericordia, pues, por ser la fiesta de la Virgen del Carmen,

No es día de morir ni de venganza.

Al componer la canción *Al sol en el ocaso*<sup>134</sup> sube nuestro poeta al lugar más alto que le fué dable alcanzar. Observador constante de la naturaleza, y frecuentador de la selva preferida, descubrió la belleza—antes quizá no percibida por nadie—de un bosque iluminado por los rayos del sol cuando corren horizontales. Consciente de su hallazgo poético-pictórico hubo de subrayarlo en una nota<sup>134 bis</sup>.

Inicia la canción increpando al Sol porque se esconde cuando:

... las llamas  
De tu radiante cara se mitigan,  
Ya templado su ardor, y no fatigan  
Mis ojos lagrimosos.  
Detén, detén, te ruego, un solo instante  
Tus caballos ligeros y fogosos;  
Pueda tu triste amante  
Contemplar de hito en hito tu hermosura,  
Que endulza de mis penas la amargura.

Precisada la localización de rigor, en las cercanías de Santiago, describe como el Sol

<sup>134</sup> *Poesías*, págs. 160-8.

<sup>134 bis</sup>. «... su autor... puede observar que es una vista muy agradable y encantadora cuando, al ponerse el sol, se introducen sus rayos en lo interior de los bosques, corriendo por entre los troncos de los árboles y llenando lo más oculto y sombrío de la selva de una luz mansa y serena.»



Al través de la selva enmarañada  
Hace correr los rayos ; la maleza  
Más sombría se ve de tus fulgores  
Penetrada, y las hebras encendidas  
De tus áureos cabellos desceñidos  
Acá y allá se tienden.

... y de su llama  
recamada se ve la verde grama.  
La selva, que a tus luces se escondía  
Bajo el denso follaje de tus ramas,  
Que espesas rechazaban los ardientes  
Dardos del abrasado mediodía,  
Cuando el ardor se temple de tus llamas  
En las aguas del mar, te hace patentes  
Los senos más ocultos...

.....  
¡Qué templo tan hermoso la Natura  
Te consagra en el bosque silencioso  
Donde son las columnas troncos gruesos  
De sencilla y grandiosa arquitectura,  
Y lo hacen más sublime y majestuoso  
Las sombras de los árboles espesos.  
¡Cuán augustas en él brillan tus llamas  
Bajo el techo soberbio de sus ramas!

La forma adquiere mayor fluidez ; abandona el poeta  
la erudición mitológica y vitaliza su léxico con los nombres  
de cuanto le rodea en la selva, que tan bien conocía ;

El espinillo cerril ; la débil rama  
Del anonis humilde y la retama,  
El tojo despreciado  
La yedra arrimadiza, que al robusto  
Tronco de un roble antiguo se ha enlazado...

el vegetal más humilde, la cabaña más pobre reciben al  
ocaso el beso del Sol, tributo a su hermosura inadvertida :

Todo brilla y se alegra de tu cara  
Al plácido esplendor.



y con alarde de paisajista avezado apunta este delicioso pormenor :

Atraviesan tus rayos encendidos  
Del humo de la aldea  
La columna flotante y errabunda,  
Y, al flamante esplendor que la rodea  
De tu luz rubicunda,  
Su color ceniciento y enlutado  
Se convierte en celeste y nacarado.

Esta agudeza para percibir matices bastaría, aunque de otras dotes careciese, y no le faltan, para sacar a Castro del olvido injusto.

Por lo ya conocido, se colegirá que la técnica habitual del poeta nos reserva el arribo de la noche, con los recursos emocionantes acostumbrados. En efecto :

Ya de entre los sepulcros y ruinas  
Las aves de la noche se levantan  
¡Qué gritos penetrantes, qué lamentos  
Entristecen los valles y colinas!

Presas del terror que las sombras le provocan, la imaginación despliega escenas tan trágicas como inexistentes en los bosques compostelanos :

Oigo ya de los lobos y los osos  
Los tristes aullidos...  
Allí, bajo la sombra de aquel pino,  
El puñal del ladrón y el asesino  
Oigo estar afilando ;  
Aquí veo al adúltero homicida  
Por la puerta secreta penetrando...

El mismo confiesa que todo es ficción hija del miedo :

Ya me cercan las sombras que produce  
La necia fantasía amedrentada,



Que, al reino de los muertos descendiendo,  
En el Tártaro mismo se introduce...

Al acumular factores truculentos su espíritu sensible y enfermizo muéstrasenos juguete de las emociones que en aquellos años agitaban a Europa y que al difundirse por las gacetas iban formando lo que ahora llaman «clima». Por desgracia para España se avecinaba el huracán napoleónico.

## VII

Las poesías motivadas por la guerra de la Independencia forman un grupo de entidad cuantiosa dentro de la producción de D. Antonio Francisco de Castro. Fuera de varias breves y endebles, media docena de composiciones extensas revelan su actitud patriótica, ya reseñada. Por ello, y porque no se acreditan cambios en el estilo, será suficiente un examen rápido.

En abril de 1809 escribe escondido en los alrededores de Pontevedra sus cantos al lepórido y al ruiñón, extractados antes. En el verano del mismo año compone la silva larguísima *Galicia libre del yugo francés...*, vibrante a trechos, y variada de tono al intercalar conceptos satíricos y sarcásticos.<sup>135</sup>

Ya de 1812 es la *Canción patriótica a la invicta Nación inglesa por mano del Sr. Barón de Douglas*<sup>136</sup>, pieza de circunstancias, sin adarme de contenido poético; que tampoco se encuentra en las dos canciones a Fer-

<sup>135</sup> *Poesías*, págs. 129-47. Véase la nota núm. 106.

<sup>136</sup> *Poesías*, pág. 248. Supongo se refiere a Kenneth Douglas, general inglés (1754-1833) que estuvo en las campañas de los Países Bajos, Egipto y España.



nando VII, la primera dedicada en el día de su Santo —probablemente del mismo año—inédita hasta hoy y curiosa sólo por estar escrita en octavillas con el cuarto y el octavo versos agudos, fórmula tan usada después :

Las hoces serán sables,  
La pica un chuzo bronco,  
Y de un cavado tronco  
Haremos un cañón.  
Un trono erigiremos  
Al Rey, de destrozados  
Franceses apiñados  
En fúnebre montón. <sup>137</sup>

Todavía menos inspirada es la compuesta en la *Exaltación del Rey Nuestro Señor al trono de sus abuelos*, con un estribillo de vulgaridad insufrible :

Reinar con despotismo  
No es gusto de Fernando  
Que sólo quiere el mando  
de nuestro corazón. <sup>138</sup>

Sobre estas canciones fernandinas se eleva muchos codos la adaptación del Salmo XX de David a las circunstancias, en 1815, del Rey Deseado ; sostiene aquí a

<sup>137</sup> En el Ms. El título está comido por la humedad ; no se lee más que *Señor* ; el estribillo dice :

De un Rey que España adora  
en tan solemne día  
rebose en alegría  
leal el corazón.  
Su nombre, que en la Historia  
Será Fernando *el bueno*,  
De gozo llene el seno  
De toda la Nación.

<sup>138</sup> *Poesías*, pág. 257.



nuestro escritor el aliento del Profeta y entona con nobles giros :

En Ti confía el Rey entre las olas  
Que combaten su nave:  
No será confundida su esperanza,  
Pues la puso en quien sabe  
Sacar de las tormentas la bonanza. <sup>139</sup>

Nos prueba que los años no habían apagado el brío de Castro una poesía que no puede ser anterior al 5 de mayo de 1821, fecha de la muerte de Napoleón, y, acaso escrita en Canarias, o en el viaje de retorno. Titúlase: *El brazo de Dios extendido para proteger al pobre inocente y castigar al injusto opresor*; sus endecasílabos libres aventajan en robustez a cuantos había compuesto Castro anteriormente :

Ya los mismos que pálidos temblaban  
Delante de su faz pisan la losa  
Que encubre la hediondez de su cadáver  
Do los gusanos fétidos se ceban.  
¿Dónde están sus riquezas, do su pompa,  
Dónde el adulador, dónde los siervos  
Ministros viles de su necio orgullo?  
Solo, y postrado allí, las negras sombras

<sup>139</sup> «El Sensato», núm. 172. Conozco la tirada aparte del Museo de Pontevedra y deduzco que su fecha será la de febrero de 1815. Se encabeza con el párrafo siguiente: «El Salmo XX traducido libremente con alusión a la especial providencia, con que el Todopoderoso arrancó a nuestro FERNANDO de las manos de sus enemigos extranjeros y domésticos». Al final declara que «estos versos son la conclusión de una elegía que... compuso el Autor cuando andaba fugitivo de los franceses y se han [sic] publicado después»; aludirá a la dedicada al Rui-señor.



Le acompañan en lúgubre silencio ;  
La tierra lo sorbió y en sus cavernas  
Comprime su altivez que no cabía  
En la anchura del orbe. <sup>140</sup>

Si la composición languidece al dilatarse en conceptos reiterados y si pierde perfección al incidir en asonancias y rimas interiores—desaliños frecuentes en el autor—no cabe regateo al apreciar su elocuencia severa y la textura dramática de su desarrollo ; y no es necesario subrayar cómo el escenario pre-romántico se enriquece, digámoslo así, con elementos macabros.

## VIII

No para impugnar la sabida sentencia de Lope :

Galicia nunca fértil en poetas,

justa por cuanto se le alcanzaba, inane ante la cosecha pingüe en los *Cancioneiros* del siglo XIII, el florecimiento deslumbrador en el XIX y la riqueza fabulosa de su poesía popular, sino para ejemplo de cuanto queda todavía por reconocer, he procurado presentar la figura casi ignorada del segundo Cura de Fruime.

En la serie poética gallega, efecto, sin duda, de influjo del ambiente, D. Antonio Francisco de Castro presenta analogías con Rosalía al preferir robles y pinos, fieras aulladoras, aves nocturnas, niebla, arroyos «que retratan», humo grisiento, negra sombra y los rumores del bosque, agoreros ; en algún caso parece sorprendernos la imitación literal :

<sup>140</sup> *Poesías*, pág. 196.



Sólo el viento al pasar trae el eco  
Del cuervo que grazna  
Del lobo que aulla... <sup>141</sup>

Los pájaros huídos y espantados  
Al ver deshecha su morada ; el viento  
Gimiendo desabrido como gime  
En las desiertas lomas donde sólo  
Aridos riscos a su paso encuentra. <sup>142</sup>

¿Leyó Rosalía los versos de quien llevaba su apellido?  
¿Son explicables las coincidencias por la inmersión en  
el mismo medio? Preguntas, por hoy, sin respuesta;  
mas, no creo que quepa aducir precedente más directo  
de muchos recursos emocionantes manejados por la can-  
tora sin par, fuera, claro está, de lo intransferible de  
una personalidad a otra y de sus medidas, que no cabe  
aproximar.

Sin otro valor que el de la mera curiosidad, anotaré  
que un amigo mío tiene registrados no menos que diez  
poetas gallegos Castro de apellido, cual si una veta lírica  
corriese por el tronco familiar, caso de que todos fuesen  
ramas de un árbol; abre la lista Doña Isabel de Castro  
y Andrade, hija del cuarto Conde de Lemos, que en 1555  
casó con el Conde de Altamira y la cierra Rosalía. <sup>143</sup> Ca-  
sualidad, o misterios de la herencia.

<sup>141</sup> Rosalía Castro: *En las orillas del Sar*. (Madrid, Ricardo Fe, 1884.)  
*Los robles*, pág. 37.

<sup>142</sup> Rosalía Castro: Ob. cit. Sin título; composición inspirada por  
la tala de un bosque, pág. 46.

<sup>143</sup> Son los ocho intermedios: Fray Jerónimo Bermúdez de Castro,  
el autor de las *Nises*; D. Pedro Fernández de Castro, V Conde de Le-  
mos; Francisco de Castro, elogiado por Argensola; D. Benito Francisc-  
o de Castro y Barbeito; D. Diego Antonio Cernadas de Castro, el Cura  
de Fruime por antonomasia; nuestro biografiado; D. José de Castro  
y Monteagudo, abogado pontevedrés que construyó la casa del Museo



Si del cercado de la tierra nativa e inspiradora pasamos a la amplitud nacional, espero que los ejemplos aducidos habrán persuadido acerca del mérito real de don Antonio Francisco de Castro. Sin desorbitar su trayectoria, se dirá que merece asiento en el Parnaso neoclásico y puesto realzado entre los que iniciaron la renovación romántica porque sabía escuchar las voces de la naturaleza, y buceaba en la melancolía, y se asomaba al abismo de la desesperación.<sup>144</sup>

El amor de biógrafo no me ciega hasta intentar comparaciones desmedidas. Castro no fué un gran poeta, y Quintana sí; pero, la fuerza del cantor de la Imprenta le acorazaba contra las emociones sencillas y contra los ataques melancólicos; su actitud de vate cívico, proclive a la oratoria, cerraba con tableros recios las ventanas de su sensibilidad; por eso fué un neoclásico ejemplar. Otro tanto—con rebaja en la categoría—se comprueba en D. Juan Nicasio Gallego, del que decía el Marqués de Valmar: «su sensibilidad se esconde demasiado detrás del magnífico aparato de las formas artísticas<sup>145</sup>».

A diferencia de escritores tan altos nuestro poeta humilde, desaliñado, sin dominio cabal de un idioma que no habló en su niñez ni nunca en su casa, que no se cuidó de

y de quien el Cura de Fruime publicó un soneto de muy escaso mérito, y D. Antonio María de Castro y Neira.

<sup>144</sup> Algunos proclaman hoy que el neoclasicismo fué «a phase of the larger movement of romanticism» (Fiske Kimball: *Romantic classicism in Architecture* «Gazette des Beaux Arts», Nueva York, febrero de 1944). Díaz Plaja, en su notable estudio *El romanticismo en España*, cita dos trabajos correlativos: E. Deschanel: *Le romanticisme des classiques* y P. Moreau: *Le classicisme des romantiques* (Paris. Plon. 1932).

<sup>145</sup> En el ya citado estudio preliminar a los tomos de *Poetas líricos del siglo XVIII* de la Biblioteca de Autores Españoles, t. LXI, página CCXXVI.



publicar sus versos, porque se entregó a cuanto conmovía su espíritu sin más trabas que las impuestas por su estado; porque cantó «en clásico» a «la ilustración» y sus hombres, con tersura y nobleza de tono; y «en bucólico» según recetas de Meléndez y de Cienfuegos, sin dejarse ganar por su frivolidad; y «en patriota» al presenciar y sufrir los horrores de la ocupación extranjera; porque celaba en su alma el recinto de la melancolía, infranqueable por las influencias literarias; y, además, porque se expresaba con una forma directa y clara, aparécenos hoy, llegado de lo incógnito, con caracteres y merecimientos propios. Si Castro hubiese leído a Lamartine y a Coleridge habría andado un camino que sólo entrevió.

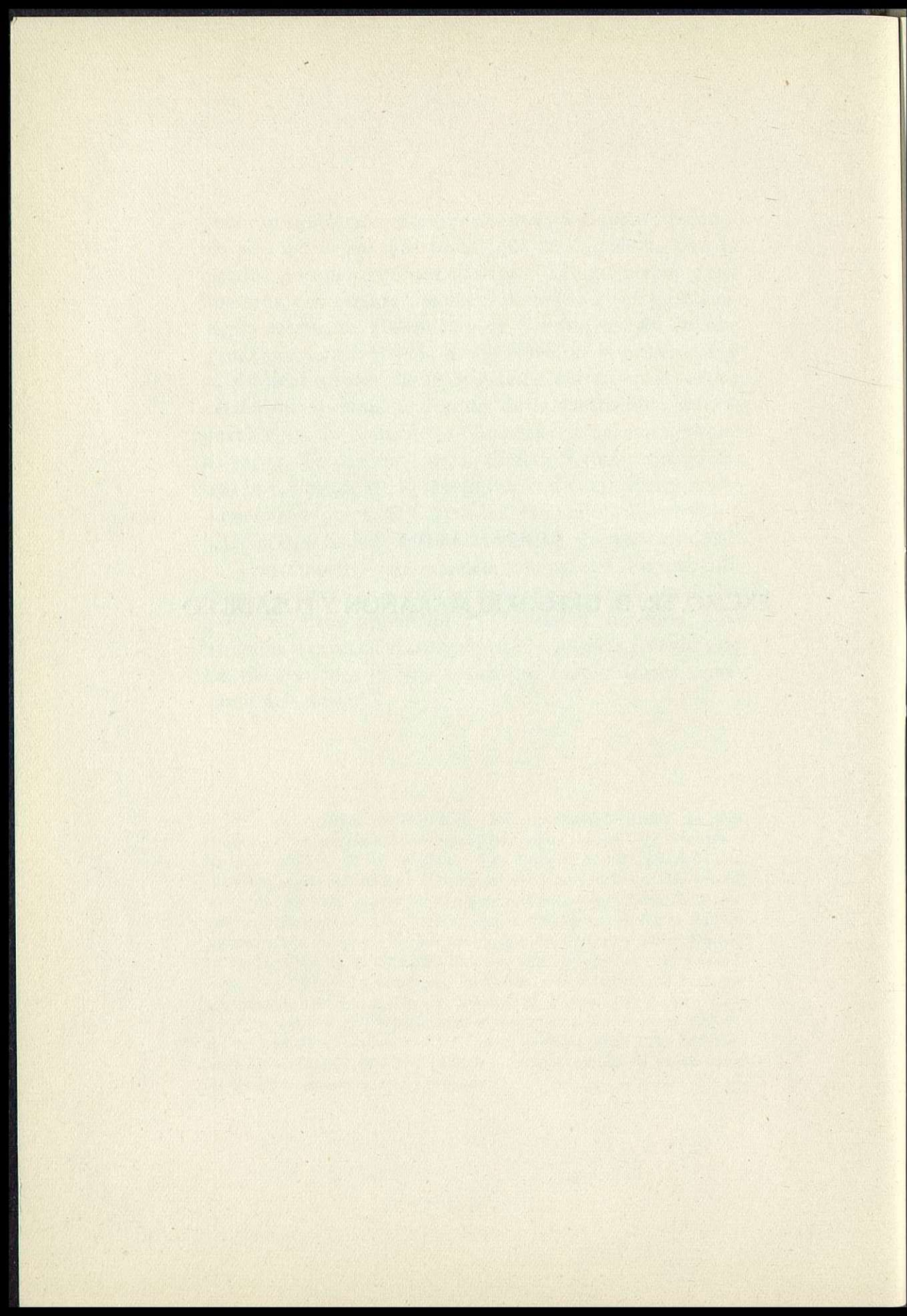
Aceptémosle y admirémosle tal cual fué. Figura, única en su tierra en aquel tiempo, y con resalte entre los pre-románticos españoles<sup>146</sup>, hácese a nuestros ojos atractiva y cercana al contemplarla y juguete y víctima de las convulsiones de una época por tantos azares semejante a la actual.

<sup>146</sup> Son notorias sus diferencias con el mismo Meléndez, «el más grande de los pre-románticos españoles», según Azorín (*De Granada a Castelar*. Madrid. Obras completas. Caro Raggio, p. 168). No sé si últimamente se ha puntualizado la fecha de nacimiento del concepto *romántico*: G. Roth: *A propos de l'épithète romantique* en «Revue de littérature comparée» (I, p. 433), registra que en 1765 el viajero inglés Borwell describió «the romantic aspect» de la isla de Córcega; Fiske Kimball (artículo citado en la nota 144) dice que Addison «pioneer... in romanticism... used the word *romantic*... in the sense of redolent with romance, appealing to the imagination and feeling». En España: H. Becher: *Nota histórica sobre el origen de la palabra romántico* («Boletín de la Biblioteca de Menéndez Pelayo», t. XIII; en la polémica entre Böhl de Faber y D. José Joaquín de Mora (1814-8) a los que cultivan el nuevo estilo se les llama *romancescos* y *románticos*).



CONTESTACION  
DEL  
EXCMO. SR. D. GREGORIO MARAÑON Y POSADILLO







SEÑORES ACADÉMICOS :

La lectura, en serie, de las oraciones pronunciadas en solemnidades como la de hoy, sugiere entre otras enseñanzas y comentarios, lo que ahora voy a decir.

En los discursos de recepción hay una cierta y curiosa uniformidad. Parece que esa cosa, quizá vetusta y limitada, pero quíerese o no respetada y respetable, que es el espíritu académico, pone su norma en las palabras del neófito, atenuando la diversidad impuesta por el genio individual y por el genio de la moda. Todo académico ha tenido, antes de serlo, una fase de consciente o subconsciente anticipación de la hora solemne de su ingreso; y durante ella, su estro se ha ido adaptando a la pauta académica, que es medida y contención.

Pero, esa uniformidad no se advierte en los discursos llamados de contestación. Pasado el egregio momento, la personalidad del académico recobra su vuelo, y el estilo su ímpetu y sus acentos peculiares; y es más, en ocasiones, se adivina, en esas páginas, como un recrudecimiento de la propia personalidad, expresión, tal vez, de la nostalgia que el académico acaba por sentir de los tiempos preacadémicos. Recordad, porque es un ejemplo muy demostrativo, el discurso de entrada de D. Emilio Castelar, en esta Corporación, en 1880, lleno, dentro de su frondosidad, de contención retórica; y comparadlo con la fulgurante, con la archicastelarina contestación a D. Víctor Balaguer, poco más tarde, en 1883. Persona





que la oyó me refería que el público que llenaba la sala se estremeció y a muchos ojos asomaron las lágrimas cuando la voz de D. Emilio lanzó uno de sus famosos trinos, aquel de: «¿Quién adivinará lo que dicen las flores a las mariposas, las mariposas a las aves, las aves a las nubes, las nubes a las estrellas y las estrellas a la etérea inmensidad?».

A este tono de libertad y de revancha del estilo, uníase, en las contestaciones de entonces, el afán de glosar el tema tratado por el académico entrante con tal copia de reflexiones y de datos, que se convertía en un nuevo discurso doctrinal lo que debiera ser fórmula cortés, ligera, breve, sobre todo breve, porque sin brevedad la cortesía no se puede concebir.

Por fortuna, esta inflamación de la respuesta académica ha ido calmándose; y en los últimos años lo corriente es oír saluciones enjutas y casi impersonales; y es justo que sea así, porque en ellas el orador apenas tiene nada que decir; quien habla es la Academia.

Sobre estas razones generales que justificarían mi concisión, existe, en el presente caso, la notoria de mi falta de autoridad en los temas que con tanta justicia han abierto las puertas de esta asamblea a D. Francisco Javier Sánchez Cantón, profesor y tres veces académico, revestido ya de la máxima autoridad como historiador y crítico de arte, como maestro y como organizador eficazísimo de empresas e instalaciones artísticas. Sólo puedo alegar para levantarme aquí, el hecho de ser su lector asiduo y entusiasta y el de considerarle, desde mi observatorio vigilante de la cultura española, como ejemplo y prototipo de lo que un maestro y un intelectual deben ser.

No quisiera, sin embargo, entrar en la sucinta expo-



sición de lo que voy a decir de él y de su obra, sin añadir unas palabras de admiración y de respeto a las que ha dedicado a su antecesor, inolvidable amigo de todos, el gran poeta Manuel Machado. Esta Academia oyó una hermosa oración fúnebre que le dedicó D. José María Pemán; y ahora las frases justísimas de Sánchez Cantón. Yo sólo puedo agregar un recuerdo; el de aquellos años en que se formaba el espíritu de mi generación, y en que nuestra adolescencia se estremecía de entusiasmo por la lectura y por el trato directo de los grandes maestros que harán inmortal a su época. Nos separaban de ellos pocos años, pero un mundo de admiración. No voy a nombrar a todos los insignes españoles que dieron lustre de oro a la vida española entre la guerra de Cuba y la primera guerra europea. Los que vinimos detrás, los que hemos madurado entre la primera guerra europea y la segunda, tuvimos la suerte de poder llamar maestros a quienes por la edad eran, más que padres, hermanos mayores. Los dos Machado eran capitanes de la magnífica legión. Los versos de Manuel y de Antonio, o si queréis los de Antonio y los de Manuel, los aprendimos casi cuando aprendimos a hablar; y no ya el verbo sino el sentir y el pensamiento nuestros, quedaron para siempre tocados de esa huella indeleble que sobre la cera del alma juvenil dejan los grandes poetas.

Y este recuerdo se hace más entrañable por la angustia que el final de la vida de los dos hermanos produjo en nosotros. Porque lo mejor que aprendimos de ellos fué su ilusión de una España en paz; y he aquí que ellos mismos, que tanto se amaban, fueron como el doloroso símbolo de la guerra fraternal. Y no por que pensaran de modo distinto, sino por el sino atroz que lleva consigo la contienda civil de que, al producirse la fisura abismal



que rompe en dos el territorio patrio, unos quedan a un lado y otros en el de enfrente, sin saber a punto fijo por qué. Antonio, electo en esta Academia, murió del lado de allá, sin ocupar su puesto. Manuel pudo ocuparlo durante unos años, años de noble declinar, en los que nos dió el ejemplo de una transformación espiritual tan desinteresada, si me lo permitís tan graciosa como podría esperarse del garbo de sus rebeldías juveniles; y nos dió además, otro ejemplo, el de una patética y silenciosa adhesión al hermano, ausente y sin quererlo disidente. En el Manuel, ya no juvenil y jaranero sino un poco cansado y filosófico que se sentaba en el sillón que hoy va a ocupar nuestro nuevo compañero, se proyectaba la sombra de Antonio, el que vivió y murió absorto en su propia melancolía. A los dos recordamos y lloramos hoy.

Y a los dos sustituye en realidad D. Francisco Javier Sánchez Cantón, del cual quisiera decir algunas cosas que no sean el elogio obligado a aquel a quien todos los elogios se han dicho ya, y todos merecidos.

Tres aspectos tiene la personalidad de Sánchez Cantón. El de investigador, historiador y crítico del Arte; el de organizador y rector experto de las producciones del arte plástico, y el de maestro.

Sobre la obra científica, estética y literaria del nuevo académico, yo sólo puedo hacer una enumeración y sumarme al unánime elogio de los doctos. En España el tesoro, excelso y copiosísimo, del arte ha tenido, por fortuna, la adecuada legión de historiadores y críticos que, como expertos diamantistas, han conseguido hacer resaltar, pulir y clasificar los méritos y el sentido de las creaciones de nuestros maestros. De vieja tradición en nuestra literatura, estos estudios no alcanzaron, sin embargo, su plenitud hasta los decenios que subsiguieron



al 98, fecha políticamente dolorosa, pero en la que España demostró la profundidad de su ímpetu vital, reaccionando con un movimiento de crítica, creadora como, a la larga o a la corta, son todas las críticas colectivas. A la sombra de ese movimiento, nació no sólo una literatura que el tiempo pondrá a la par de la de nuestro Siglo de Oro, sino también la iniciación de actividades científicas inexistentes en España, como las biológicas; y la maduración de otras que tenían tan sólo cultivadores esporádicos, como las naturales, las fisicomatemáticas, las históricas puras y las relativas a la historia y a la filosofía de las bellas artes.

En este último aspecto conviven con nosotros, para alegría nuestra, en plena actividad y en el seno académico, dos grandes y gloriosos maestros, D. Manuel Gómez Moreno y D. Elías Tormo. Directo discípulo de éste fué Sánchez Cantón y su colaborador en el Centro de Estudios Históricos y en la ejemplar y vastísima obra pedagógica —universitaria y extra-universitaria— del maestro. Sánchez Cantón y los que hoy en plena juventud o en el umbral de la madurez cultivan estas mismas disciplinas son ejemplos de lo que tantas veces se ha dicho: que la semilla de la inteligencia no se pierde jamás, porque se siembra para todos y es, por ello, necesariamente desinteresada hasta cuando no es buena; y cuanto se siembra con desinterés, pronto o tarde, da su cosecha eficaz. En España, donde prácticamente no existe colaboración científica, que es, en otros países, como una estufa de cultivo permanente de donde metódicamente brota el investigador, la aparición de éste es un suceso eventual, obra de impulsos heroicos y, a veces, geniales. Es incalculable el número de cosas vivas y fecundas que hay en nuestro país gracias a esos hombres esforzados



que viven quizá con gloria, pero siempre con pena y cuya real trascendencia no se les reconoce más que después de muertos. Yo no pierdo la ocasión de agitar ante ellos mi modesto incensario.

Al final de estas notas se hallará una relación de las obras del nuevo académico. Esas obras, como en todo gran trabajador, son su verdadera biografía. Desde sus *Pintores de Cámara de los Reyes de España*, publicados hace treinta y tres años hasta sus recientes volúmenes *Nacimiento e infancia de Cristo* (1948) y *Retratos de los Reyes de España* (1949), puede seguirse a través de una fronda espesa de libros, monografías, artículos y conferencias, el desarrollo de una obra que con rigurosa exactitud puede calificarse de ejemplar. Y empleo a conciencia de su responsabilidad este adjetivo, ejemplar, porque lo que caracteriza a la obra de Sánchez Cantón no es sólo el copioso número de hechos nuevos que ha aportado al conocimiento del arte español, sino el profundo rigor de cuanto dice, sin una ligereza, sin dejar de extremar las salvedades en las necesarias hipótesis y con una conexión permanente en todos sus escritos; como que todos obedecen a un plan común y se enlazan a este esquema inicial como ramas diversas de un mismo árbol. Ahora bien, lo que da a una obra humana, grande o pequeña, la categoría ejemplar, son precisamente esas dos condiciones: el que cada paso tenga su fundamento exacto, y el que un sentido interior ordene y dé unidad a lo que parece variedad de la obra.

Quiero hacer una mención aparte de otros dos de sus libros: los *Retratos del Museo del Prado*, porque todos los que hemos andado por el campo de la Historia hubimos de manejar con fruto sus páginas, y porque en ellas colaboró un malgrado experto de nuestra iconografía,



D. Juan Allende-Salazar, al que es justo dedicar hoy un recuerdo. Y, sobre todo, las *Fuentes literarias para la Historia del Arte Español*, cuyos cinco volúmenes, aparecidos en el curso de dieciocho años, son y serán insustituible instrumento de trabajo para el conocimiento del arte y de la literatura españolas, amén de obra maestra de instrucción y recreo para todo aquel que tenga un minimum de afición a las cosas de España. La interpretación de la Historia de las obras de arte por los testimonios literarios que la pueden aclarar, es método de trabajo de inesperada fecundidad, y ha sido llevado a los límites de su eficacia por Sánchez Cantón. Hechos importantes en la génesis de muchas obras de arte, en la personalidad de sus autores, en la afinación de atribuciones falsas o difíciles y muchas cosas más, quedan precisados en esta obra que da la medida de la cultura general y del temple literario del autor.

Bastaría lo dicho para que la Academia de la Lengua, que tantas veces ha de tocar problemas que rozan o entran de lleno en la historia del arte, acogiera a Sánchez Cantón con el sincero júbilo con que hoy lo hace y con la certeza de una colaboración inapreciable en el porvenir. Pero, además, una parte de su producción se refiere a temas literarios puros o de historia bibliográfica, y en ellos campea idéntica maestría que en los referentes a las artes plásticas. Citaré sus aportaciones: *Siete versos inéditos del Arcipreste de Hita* (1917), *El Arte de trovar de Don Enrique de Villena* (1919), *Los trabajos de los Reyes de Jorge de Montemayor* (1925), el arte en *San Juan de la Cruz* (1942), las *Librerías de Velázquez* (1925), de *Herrera* (1941) y del *Marqués del Cenete* (1942) y otras muchas, sin olvidar los prólogos y apostillas al *Conde Lucanor de Don Juan Manuel* (1920) y a otros



volúmenes y el reciente *Floreto*, lleno de noticias curiosísimas que nos dejó un fraile del siglo xvii, ebrio, de espíritu chismoso para fortuna nuestra, porque el chisme es también material para la Historia. Por fin, pronto aparecerá otro libro, que estoy seguro será enseguida autoridad en las tareas de nuestra Corporación: *El léxico español de las bellas artes*, que prepara con la colaboración de D. José María Azcárate.

Aún hay que comentar dos cualidades que el nuevo académico posee en medida no común y sin las cuales se hubiera embotado, como en tantos otros ha ocurrido, la eficacia de su saber. Me refiero a su vasta cultura general y, me refiero muy especialmente a la limpia dicción con que sus escritos están redactados. Digo limpia y con esto basta; porque es el adjetivo excelso para encarecer el rango de una obra literaria. Pasa Sánchez Cantón con entera justicia por ser uno de los excelentes escritores castellanos de la hora actual, y yo quiero insistir en que esa excelencia no es lo que se llama «un estilo», palabra con la que suele designarse un esfuerzo del que escribe en cuyo fondo late siempre un amaneramiento; un esfuerzo para escribir de distinto modo que los demás, o para imitar a la moda de su tiempo y, por lo tanto, una deformación o una ortopedia de lo que da perennidad a la palabra, que es la naturalidad. A despecho de las modas, sólo perdura el estilo de los que aparentemente escribieron sin estilo, con llana fluencia, próxima a la vena popular. Modelos de esta tersa y difícil simplicidad son los libros de Sánchez Cantón. El origen de esta santa simplicidad, no rara en los hombres de su generación, ha de buscarse, por una parte, en lo que el castellano actual tiene de deseo expreso de no parecerse al castellano, muchas veces hermoso, pero diritámico y retorcido de



los años románticos y post-románticos; y por otra parte, y muy principalmente, en el injerto de la dicción científica en la dicción puramente literaria. Sánchez Cantón es un hombre de ciencia y como sabe que en la ciencia la expresión debe tender a un esquema sin otra concesión a lo que se llama la retórica que un deseo, apenas explícito, casi vergonzoso, de cadencia persuasiva y de gracia; como sabe esto, por eso escribe tan bien.

Universalmente conocidos son los méritos de la segunda faceta de la personalidad de nuestro autor. En los largos años que viene ejerciendo la subdirección del Museo del Prado ha contribuído, en medida extraordinaria, a su esplendor actual. En los tiempos modernos, la gran pinacoteca nacional ha tenido y tiene directores llenos de prestigio y de autoridad. De todos ellos ha sido colaborador primordial Sánchez Cantón. Para encomiar la importancia de esta tarea, piénsese que nuestras grandes colecciones de arte son una de las fachadas solemnes que, cara al mundo, exhibe nuestro prestigio nacional; quién sabe si la más considerable. La autoridad lograda por Sánchez Cantón en este ejercicio, le ha llevado a dirigir varias de las muchas instituciones artísticas que dan lustre a nuestra Patria. Conocí yo personalmente a Sánchez Cantón al lado del Marqués de la Vega Inclán que fué, a pesar de la diferencia de edad, amicísimo mío, y uno de los grandes propulsores de la revalorización ante el gran público, de nuestros tesoros artísticos, desde el gran monumento o el cuadro magistral hasta las piedras y los muebles y utensilios olvidados por los caminos y por los hogares de la Península, a los que él, en su pintoresco y entusiasta lenguaje, llamaba *el cachivache*. Algún día se reconocerá todo lo que España debe a aquel inolvidable reconstructor de tantos monumentos, crea-



dor de tantas instituciones e inventor, quizá, de cosas que no existieron jamás, pero que de existir hubieran sido como él las imaginó, y entonces será la ocasión de decir toda la parte que en su obra tuvo aquel muchacho entusiasta, lleno ya de consejo, que hoy ingresa en nuestra Corporación. Después, apenas ha habido empresas de este orden de las que no pueda decirse que, en todo o en parte, no es obra suya. En Madrid, en Toledo, en Valladolid, en Valencia, en Pontevedra, cuando enseñamos a los extranjeros Museos y reconstrucciones de edificios o casas insignes, con el orgullo de que aquello «está tan bien, o está mejor que en parte alguna», es raro que no tengamos que nombrar a D. Francisco Javier Sánchez Cantón.

No exagero en decir que fuera de sus familiares íntimos, nada está más cerca de los afectos entrañables del nuevo académico, que las grandes obras de nuestro tesoro artístico. Es él su más fiel y riguroso guardador; a veces, para mi gusto y para deslizar alguna crítica entre tan justas alabanzas, demasiado riguroso; porque a mí me gustaría que, aquí como en otras partes, la gloria de nuestras colecciones, además de esperar en sus santuarios la visita de las gentes, volase, en ciertas ocasiones solemnes, por el mundo, para llevar esa gloria hasta las que no pueden o no quieren venir. Pero no; Sánchez Cantón monta la guardia de su autoridad para impedirlo, y acaso tenga razón. Yo quiero recordar ahora aquellas horas tristes de nuestra contienda civil, cuando las peripecias de la guerra pusieron en peligro la seguridad del Museo y se acordó su evacuación de Madrid. Era yo de los raros vocales del Patronato que quedaban en la ciudad sitiada y hube de compartir con Cantón, que entonces actuaba de Director, el doloroso trance de tenernos que



cruzar de brazos ante la emigración preñada de peligros de los huéspedes más insignes del palacio de Villanueva. Hay emociones que sin necesidad de palabras estrechan las inteligencias y la comunidad de los espíritus que las comparten, y estoy seguro que aquellos instantes vividos en un común silencio y un común sobresalto, han sido la principal razón de que yo acompañe hoy a Sánchez Cantón en este momento del reconocimiento solemne de su obra.

Unas palabras, en fin, para su actividad de maestro, y claro es que me refiero a esa enseñanza más vasta, más cordial, más generosa y duradera que la del Profesor; la del maestro que lo es, más que por lo que dice en sus horas de cátedra, por su actuación permanente de austeridad, de desinteresada vocación. No son excepcionales entre nosotros estos hombres, pero no son frecuentes; y cualquiera de ellos, y sobre todo si cumplen su misión con la plenitud de nuestro amigo, deben ser señalados como ejemplo. Toda su vida es enseñanza. Abundan en nuestra raza los espíritus brillantes o geniales; pero, acaso, dados a una facilidad excesiva para la dispersión, para la labor episódica, para preferir el alarde fulgurante y transitorio de los fuegos de artificio a la claridad eficaz y callada de la lámpara permanentemente encendida. Sánchez Cantón es hombre de lámpara y no de cohetes. Al final de su existencia podrá decir que ni uno solo de sus días dejó de trabajar con fruto y siempre pensando en España.

Aquí debiera terminar. Pero sería descortés el no aludir siquiera al admirable discurso que acabamos de oír. Es una muestra acabada del espíritu constructivo de su autor y de su excelencia en el campo de la literatura. Con su experta perspicacia para reconstruir vi-



das y obras pretéritas, ha rehecho la de un poeta romántico, prácticamente desconocido, apenas citado en los más escrupulosos Manuales, D. Antonio Francisco de Castro, cura de Fruime, donde sustituyó a D. Diego de Cernadas, también poeta, mucho más conocido que Castro, y para mí lleno de simpatía porque fué uno de los más entusiastas panegiristas del Padre Feijóo.

La figura de D. Antonio Francisco de Castro, que desde hoy queda incorporada a la historia literaria, está llena de atractivo para nuestro espíritu; y es así por varias razones. Una, desde luego, el mérito de sus poesías, mérito al que Sánchez Cantón pone tal vez excesiva sordina, temeroso, con su habitual probidad, de dejarse llevar por el arrebató apologético que en el biógrafo suele despertar la vida del biografiado.

Tiene razón, sin embargo, cuando apunta que la vida del poeta gallego es más atrayente que sus versos. Señal del talento verdadero es el que la vida no queda borrada por la excelsitud de la obra. Así en Miguel Angel, en Cervantes, en Leonardo de Vinci y en tantos más. Pero esto depende, en gran parte, de la coyuntura histórica del autor. Cuando el espíritu vital de una época permite este suceso, es decir, que una de las obras del grande hombre y a veces la mejor, sea su propia biografía, entonces, el genio brota por todas partes. Tal sucedió en el Renacimiento y también en los años inquietos del Romanticismo. Renacimiento y Romanticismo, a pesar de cuanto se ha dicho para diferenciarlos y aun enfrentarlos, tienen la misma anatomía vital. Y uno de sus rasgos comunes es ese de hacer hervir la vida del individuo a temperatura más alta que la de la propia obra. En las épocas en que esto no ocurre, falta el individuo poderoso, el genio, el héroe; y la obra creadora la hacen los



equipos. Tal sucede hoy. Entonces, la vida del autor se desvanece. Piénsese que del descubrimiento más trascendente de nuestros días, la energía atómica, nadie sabe no ya la biografía, sino el nombre del inventor.

Alcanza esta reflexión hasta los hombres que no pueden llamarse representativos, como nuestro discreto vate gallego. Sus poesías son simplemente buenas. Pero su vida, porque la vivió en una época de profundas individualidades, fué patética y se lee con apasionado interés. Es Castro ejemplo viviente de la azarosa existencia de aquellos españoles del comienzo del XIX que complicaron — ¡como no! — con una guerra civil la universal contienda social desatada por la Revolución Francesa; de suerte que lo que en todo el mundo fué una lucha entre absolutismo y democracia, en España fué eso, que no era poco; y además, un combate de sin igual encarnizamiento entre patriotas y afrancesados; y esos dos bandos no coincidían como hubiere sido lógico, con los de la batalla del mundo, sino que una gran parte de los patriotas — todos los de Cádiz y casi todos los que formaron las Juntas anti-francesas — fueron tan exaltados demócratas como los propios franceses; y, a su vez no pocos de los que por afrancesados fueron perseguidos y murieron en el destierro pertenecían a la más pura e ibérica grey tradicional, e incluso a las Ordenes Religiosas, a la aristocracia y al mismo Episcopado.

De aquí resultó, no la excisión de España en dos bandos, sino un mosaico de partidos y partidas, movidos por pasiones violentas y entrecortadas, que se transmitieron a todo el siglo y que han salpicado, con oleaje sangriento, a nuestra propia actualidad. Yo tengo por evidente que el episodio de la Guerra de la Independencia, que desde el punto de vista patriótico constituye una



página maravillosa, fué, sin embargo, la causa de que los ciento y pico de años que la siguen den al que lee nuestra Historia una impresión de frenesi con acentos de histerismo. Los mismos a quienes el gran patriota Juan Martín el Empecinado había conducido a la victoria, le ejecutan unos años después por sus ideas liberales; el defensor de Zaragoza, héroe máximo de la contienda, sufre, acusado de antiespañol, los rigores del exilio; muchos de los antiguos prisioneros de los franceses se alistaron a las órdenes de Napoleón para combatir a la coalición monárquica de Europa: y los mismos que juraron morir antes que dejar un solo francés en el suelo de España, les abrieron las fronteras quince años más tarde recibéndolos como salvadores, sin otra oposición que la de pequeños grupos de españoles, formados casi todos... por antiguos afrancesados. Todo esto da vértigo y, en parte, explica y disculpa la conducta del más representativo de nuestros compatriotas de entonces, de su Rey Don Fernando VII, que ha pasado a la posteridad motejado de felón y tal vez, en aquella grillera, no tuvo más remedio que serlo para poder reinar y aún para subsistir.

Por los rumbos que hoy toma el estudio de la Historia en el mundo, parece que ha llegado la hora de hacer una revisión de este episodio trascendente, como de todos los que constituyan la clave de nuestra vida colectiva. Ha habido siempre escrupulosos investigadores de los hechos pretéritos y cronistas excelsos del pasado. Pero los hechos, los hechos que forman la Historia, no tienen un valor absoluto, sino el que les da su situación y su engranaje en el medio en que acaecieron. Y esto, que todo el mundo sabe, se olvida, como se olvida siempre lo elemental. Y así, el juicio de la Historia oficial, en cada



país, se reduce a hacer sonar los hechos sobre un mármol que acusa lo que se supone que es el bien y lo que se supone que es el mal. Un bien y un mal, que no siempre coinciden con la pauta marcada por Dios, sino con artificios políticos que en cada época se tramán para hacer pasar como bueno lo condenable y para sentenciar como pésimo lo que aprobaría, quizá, el tribunal de Dios. Tal, la Razón de Estado, que aún gobierna el mundo y que no es otra cosa que un trampolín inventado por los hombres para saltar por encima del Catecismo.

Castro, el poeta melancólico, no se contaba entre los equívocos. Era antifrancés y absolutista, sin dudas, sin vacilación. Pero, no sin haber sido antes, «ilustrado», es decir, entusiasta de las ideas que precedieron a la demagogia revolucionaria y que sin entera justicia se ha dicho que la dieron nacimiento. Nuestro personaje tuvo que huir de los franceses, sufrió persecuciones de las Juntas liberales y le deportaron los amigos de Riego; y toda esta odisea que tantos otros españoles, de un bando o de otro, tuvieron que padecer, por motivos que entonces parecían trascendentes y que el viento se había de llevar, surge, en las páginas que hemos oído, acompañada de detalles de admirable sugestión que justifican el título de poeta pre-romántico que a Castro da su biógrafo.

Sea mi postrer comentario para el Romanticismo. A un ilustre escritor francés, que ha muerto hace muy poco, le oí decir que en tres ocasiones, con gran acopio de materiales, se había puesto a escribir un libro sobre el romanticismo y las tres veces había tenido que renunciar. Pocos temas hay, en efecto, que den sustento más fácil a la anécdota y a la generalización arbitraria; pero pocos, también, en los que sea tan difícil ajustar su ar-



gumento al esquema de una teoría y de una síntesis. Y esto es así, porque se ha querido manejar algo tan vago como un sentimiento —romanticismo es sólo sentimiento— como si fuera una excrescencia concreta que le salió a la vida humana en unos años determinados y que se puede extirpar y llevar a la mesa del investigador para cortarla en trozos y analizarla con la lente.

Algún día, ese estudio del sentimiento romántico, se intentará. Permitidme que insista ahora, sobre uno de sus elementos, que es el de su sentido enfermizo. La vida de Castro, anima a mi ardor profesional a tocar tema tan sugestivo y el menos estudiado.

Los mismos pontífices del Romanticismo le apellidaron «mal del siglo», es decir, le dieron nombre de enfermedad, como el mal del mar, o el mal de la ausencia. Y no otra cosa que enfermedad es el arrebató del sentimiento y el eclipse de la razón en que se gestó la obra de los románticos. Sánchez Cantón subraya certeramente los rasgos patológicos de su poeta Castro, achacoso y débil desde la adolescencia, enfermo de ese insomnio que hacía sufrir a casi todos sus congéneres y que en su época se llamaba con el poético nombre de *pervigilia*. En varias ocasiones el propio Castro alude a su «constitución melancólica» y a su «excesiva sensibilidad», con palabras que como Sánchez Cantón dice, son una verdadera definición del «mal del siglo».

Romántico de verdad, hasta sus últimas consecuencias, no lo puede ser nadie que esté equilibrado con rigor. Y no hay que olvidar, en este aspecto insano de la personalidad del romántico, su típica visión exaltada, turbia y, con frecuencia, decididamente anormal de la vida amorosa. El amor del romántico del siglo XIX, se parece al del romántico de la edad caballeresca en una cosa



típica, en la sublimación de los menores gestos de la amada, alrededor de cada uno de los cuales quisiera el amante hacer girar el universo; pero se diferencia en que la dama del caballero andante, era impoluta y la amante del romántico estaba siempre dispuesta a la traición, o al libertinaje. De aquí, el que la pasión amorosa del romántico del siglo XIX oscile sobre dos polos invariables, la desesperación y la orgía, palabras ambas que pululan en su obra. Y digo palabras, porque no eran otra cosa; porque casi siempre las orgías que los románticos nos cuentan, con febriles frases, así como las traiciones de sus novias, sólo existían en su imaginación. La reconstitución de la biografía de varios de los maestros del romanticismo nos han enseñado esto, que muchos estiman como desilusión, pero que en realidad, tiene su sentido y hasta su gracia. En el mismo cura de Fruime, sobre cuyas buenas costumbres no ha encontrado Sánchez Cantón nada sospechoso, hay alusiones a un ideal inaccesible y furtivo y dedicatorias con iniciales femeninas que intrigan al lector. La experiencia de otras vidas románticas nos inclina a suponer que el buen vate, se imaginaba una musa esquiva, porque para eso era romántico; pero la cosa no pasaba de ahí. Ahondar en las razones de esta invención nos llevaría a algo que parecería psicanálisis.

Permitidme, empero, que me detenga en esta palabra, pues al surgir, en relación con el amor romántico, me hace volver a una idea que no he visto citada y sobre la que siempre he pensado mucho; y es que puesto que la ciencia tiene también su romanticismo, la representación científica del Romanticismo la ha encarnado en los pasados decenios un hombre que acaso disuene aquí: Sigmund Freud. No creo que nadie haya dicho lo que



me parece evidente, que Freud, al que tanto se ha motejado, al que incluso se ha insultado como atroz materialista es, pura y simplemente, un gran romántico. Todo lo que tienen de atractivas y todo lo que tienen de desorbitadas sus teorías e, incluso, todo lo que tienen de materialistas, no es otra cosa que romanticismo; es decir, valoración absurda de la intimidad de la personalidad y de los conflictos amorosos, eternamente elementales, desde la traición y el desengaño, hasta la orgía, entre cuyos límites, tan gratos a los poetas, caben todos los excesos y todas las anomalías desmenuzados por el autor vienés. Los que hayan conocido personalmente a Freud, estoy seguro que convendrán conmigo en la sorpresa que producía el aire soñador que irradiaba. Hablaba del amor como pudiera hablar Heine. Y, en verdad, él no fué otra cosa que un poeta rezagado y frustrado, que contó, en lecciones, porque acaso no pudo en versos, las cosas que le suceden a las muchachas de algunos barrios de Viena; cosa nimias, que la pedantería científica ha querido convertir en pasiones universales. Las actuales reuniones de psicanalistas, tienen ya un claro sentido y hasta un pergeño románticos; y los enfermos que aceptan el psicanálisis; qué otra cosa son, sino románticos trasnochados, inadaptados a una época que quiere ser, por encima de todo, razonable?

Una observación y es la final. Nos refiere Sánchez Cantón las extrañas salidas de prosaismo que emergen de la habitual melancolía de su poeta; como por ejemplo cuando después de hablar, muy en el ritmo romántico, de su «negra tristeza», del viento, del mar y de los bajeles, lanza la inesperada afirmación de que su amarga dolencia le curaría «en dos palabras Su Excelencia»; Su Excelencia era el Arzobispo. Y otra vez resulta que su «do-



lor fiero» y su «eterna congoja» hallaran en «un ministro de Carlos el remedio». Carlos era el Rey.

Esta tendencia hacia la más prosaica burguesía, que en forma tan ejemplar por lo ingenua, nos denuncia don Antonio Francisco de Castro, era achaque común a casi todos los románticos. Ortega Gasset lo anota, al decir que «el Romanticismo pertenece a las proles numerosas que trajeron al mundo las revoluciones políticas e ideológicas del siglo XVIII», las cuales «vinieron a resumirse en el advenimiento de la burguesía». Añado yo que toda burguesía ha nacido de una revolución; y que si las revoluciones pudieran justificarse, esa justificación sería el parto obligado de una fuerza burguesa, que pone su antídoto y su *inri* al furor revolucionario. Como una de las características del romanticismo era el desinterés por lo material, hasta el punto de que el vulgo equipara ambas voces, desinterés y romanticismo, resultó completamente escandaloso el que los románticos que no se malograron, por enfermedad o por suicidio, acabaran, tantas veces, reposando su vejez en la gerencia de fructíferos negocios o en su sillón de los Senados. Un escritor ruso, revolucionario, de la época de los zares, Plejanov, dedicó invectivas violentas a los románticos porque a partir de los cincuenta años, en lugar de los chalecos cruzados sobre el talle de avispa, exhibían cadenas de oro en el rotundo abdomen. A casi todos los revolucionarios, románticos o no, les sucede, a la postre, lo mismo; y no debemos decirlo con ironía, sino como se dicen las cosas naturales. Se es revolucionario, muchas veces, porque es el único camino para dejar de serlo. El Romanticismo tuvo, para muchos, este sentido de etapa hacia la paz burguesa.

En el cura de Fruime hay que convenir que los sig-



nos de esta evolución fueron muy precoces y un tanto cínicos. Pero olvidemos estos defectos, inevitables en el humano barro, y quedémonos sólo con esas poesías, buenas poesías, algunas excelentes, llenas de sabor de época, que tan magistralmente ha comentado nuestro nuevo compañero.

Sólo me resta, señores, pedir os perdón si mi voz, como presumo, no ha sido la adecuada al sincero regocijo de la Academia en la solemnidad de hoy.



PUBLICACIONES DE D. FRANCISCO JAVIER  
SANCHEZ CANTON

Se prescinde de la colaboración en revistas y periódicos de la que no se haya hecho tirada aparte.

- Los Pintores de Cámara de los Reyes de España* (Madrid. 1916).  
Ordenación, notas, índices y publicación de los dos volúmenes *Documentos de la Catedral de Toledo coleccionados por D. M. Zarco del Valle*. Prólogo de D. E. Tormo (M. 1916).  
Dirección, selección y publicación de *Trabajos de investigación elaborados por los alumnos en la clase de Historia del Arte del Doctorado de Filosofía y Letras de la Universidad de Madrid en el curso 1917-1918* (M. 1918).  
*Doña Leonor de Mascareñas y Fray Juan de la Miseria* (M. 1918). Del «Boletín de la Sociedad española de Excursiones».  
*Retratos del Museo del Prado. Identificaciones y rectificaciones*. En colaboración con D. J. Allende-Salazar (M. 1919).  
*Catalogue des tapisseries de Goya... à l'Exposition du Petit Palais. Paris-Avril 1919* (M. 1919).  
*Los tapices de la Casa del Rey Nuestro Señor* (M. 1919). En colaboración con D. E. Tormo.  
«*El Arte de Trovar*» de Don Enrique de Villena (M. 1919). De «Revista de Filología Española».  
*Un pliego de romances desconocido de los primeros años del siglo XVI*. De «Revista de Filología Española» (M. 1920).  
*Diego de Sagredo y sus «Medidas del Romano»* (M. 1920). De «Arquitectura».  
*Don Juan Manuel: El Conde Lucanor*. Edición, prólogo y notas (M. 1920). Ed. Calleja.  
*Exhibition of Spanish Paintings at the Royal Academy of Arts; november 1920-january 1921* (London. 1920). De este Catálogo se hizo segunda edición.  
*Los Arfes, escultores de plata y oro (1501-1603)* (M. 1920). Ed. Calleja.  
«*De la Pintura Antigua*» por Francisco de Holanda (1548), versión castellana de Manuel Denis (1565) (M. 1921). Introducción, edición y notas. Prólogo de D. E. Tormo. Real Academia de Bellas Artes de S. Fernando.



- Nueva Sala del Museo del Greco. Catálogo. Madrid-Toledo. Octubre-noviembre* (M. 1921). «Antecedentes», por el Marqués de la Vega Inclán.
- Tres Salas del Museo Romántico* (M. 1921). En colaboración con D. A. Vegue y Goldoni.
- Catálogo de las pinturas del Instituto de Valencia de Don Juan* (M. 1923).
- Fuentes literarias para la historia del Arte español. Tomo I* (M. 1923).
- España: Itinerarios de Arte. Desde Madrid a Sevilla por Extremadura* (M. 1923). Se publicó anónimo.
- Arte de Trovar de Don Enrique de Villena. Edición, prólogo y notas. I. «Biblioteca de divulgación científica»* (M. 1923). Ed. V. Suárez.
- Tiepolo en Madrid* (M. 1924). De «Arte español».
- Guías del Museo del Prado. I. Salas de Pintura francesa* (M. 1925).
- España. Divulgación y propaganda* (M. 1925). En el mismo año se hicieron dos ediciones más, aumentadas. En 1927 ed. en francés; en 1926 en inglés, en alemán y en esperanto. En 1930 en español, francés e inglés; en 1933 en alemán, etc.
- La librería de Velázquez.* (M. 1925). De «Homenaje a Menéndez Pidal».
- «Los Trabajos de los Reyes» por Jorge de Montemayor.* (M. 1925). De «Revista de Filología Española».
- Maestre Nicolás francés, pintor.* (M. 1925). De «Archivo español de Arte y Arqueología».
- Contera al libro del Conde de las Navas: Fósiles. Seis cuentos viejos.* (M. 1925).
- Casas Reales de España: Retratos de niños. I. Felipe V y sus Hijos.* (M. 1926). Junta de Iconografía Nacional.
- San Francisco de Asís en la Escultura española. Discurso de recepción* en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Contestación de D. E. Tormo. (M. 1926).
- Los tiepolos de Aranjuez* (M. 1927). De «Archivo».
- Catálogo de las armas del Instituto de Valencia de Don Juan.* Comenzado por D. J. M. Florit (M. 1927).
- Mengs en España* (M. 1927).
- Sobre Fernando Gallego.* En colaboración con D. M. Gómez-Moreno. De «Archivo».
- La Calcografía española* en el Catálogo de la «Exposition internationale des Calcographies de Paris, Madrid et Rome. Office International des Musées. Société des Nations». 1927. Ediciones española, francesa e italiana.
- Rebusca de novedades en el Museo del Prado* (M. 1927). De «Residencia».
- Goya en la Academia.* Discurso leído en la sesión celebrada bajo la presidencia de S. M. el Rey en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Primer centenario de Goya (M. 1928).



- Los dibujos del viaje a Sanlúcar. (Centenario de Goya)* (M. 1928).  
*Goya. Compendio de los tres volúmenes de A. de Beruete* (M. 1928).  
*Guías del Museo del Prado. II. Sala de los dibujos de Goya* (M. 1928).  
Se publicó anónimo.  
*Museo del Prado. Goya. I. Cien dibujos inéditos* (M. 1928). En colaboración con D. F. Boix.  
*El dibujo de Juan Guas (Arquitecto español del siglo XV)* (M. 1928). De «Revista de Arquitectura».  
*Pedro le Mena, escultor en Homenaje en su tercer centenario. Estudios críticos* (Málaga. 1928).  
*El retablo de la Catedral vieja de Salamanca* (M. 1928). En colaboración con D. M. Gómez-Moreno. De «Archivo».  
*Antón Rafael Mengs (1728-79)* (M. 1928). Museo del Prado.  
*Bocetos y dibujos de Tiepola* (M. 1929). De «Archivo».  
*Tablas de Fernando Gallego en Zamora y Salamanca* (M. 1929). De «Archivo».  
Prólogo al libro *La iglesia de la Compañía en Quito* de J. G. Navarro (M. 1930).  
*Goya* (París, 1930). En la colección «Maitres d'autrefois». G. Crès.  
*Paseos por Madrid y excursiones a Toledo, Alcalá, El Escorial y Aranjuez* (M. 1930). II Congreso internacional de ferrocarriles. Se editó, además, en francés, inglés y alemán.  
*Dibujos españoles* (M. 1930). Cinco volúmenes.  
*El retablo de la Reina Católica* (M. 1930). De «Archivo».  
*Exposición de recuerdos de Checoslovaquia. Catálogo-guía* (M. marzo 1931).  
*Discurso de contestación al de recepción de D. Manuel Gómez Moreno en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* (M. 1931).  
*Monumentos españoles.* (Dirección y prólogo; además de redacción de parte de las fichas) (M. 1932). Centro de Estudios Históricos.  
*Laude, o cubierta de mármol del sepulcro de Alfonso, hijo del Conde Pedro Ansurez, procedente de Sahagún, entregada a España por el Fogg Art Museum...* (M. 1932).  
*Promenades à travers Madrid et excursions à ses environs* (M. 1932). En el mismo año salió la edición en inglés: *Strolls round Madrid and excursions.*  
*El Museo Nacional de Escultura. Valladolid* (M. 1933). Se publicó anónimo.  
*Museo del Prado. Catálogo* (M. 1933). Por orden topográfico y comprendiendo, además de los cuadros, las esculturas y el mueblaje artístico.  
*Fuentes literarias para la Historia del Arte español. Tomo II* (M. 1933). Centro de Estudios Históricos.  
*La Calcografía española* en el volumen *Exposición del libro español* (Bue-



- nos Aires): *Doce monografías sobre el libro español* (Buenos Aires. 1933). Por error se puso, además, a su nombre otro estudio que escribió D. J. Domínguez Bordona.
- El Libro de Arquitectura de Domingo de Andrade* (M. 1934), en «Asociación española para el progreso de las Ciencias». Congreso de Santiago.
- Mito y realidad de Rincón, pintor de los Reyes Católicos* (M. 1934). De «Las Ciencias».
- Fuentes literarias para la Historia del Arte español*. Tomo III (M. 1934). Centro de Estudios Históricos.
- Prólogo al libro *Veinticuatro horas en el Convento de Poyo* de V. Lis (Pontevedra. 1934).
- Conference internationale d'études sur l'Architecture et l'aménagement des Musées d'Art. Catalogue de l'Exposition* (M. 1934). «Office international des Musées. Société des Nations».
- Contestación al discurso de D. A. Ovejero en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (M. 1934).
- Don Diego Sarmiento de Acuña I Conde de Gondomar*. Discurso de recepción en la Real Academia de la Historia. Contestación del Marqués de Lema (M. 1935).
- Palacio Nacional de Madrid* (Barcelona. S. a.). De la serie «El Arte en España».
- La casa de Lope de Vega* (M. 1935). En colaboración con D. Pedro Murguza y el Marqués de Moret.
- Cartas epigráficas del Licenciado Franco (1569-71)*. De «Homenaje a Mérida» (M. 1935).
- Fuentes literarias para la historia del Arte español*. Tomo IV (M. 1936). Centro de Estudios Históricos.
- Museo del Prado: De Barnaba da Módena a Francisco Goya. Exposición de pinturas de los siglos XIV al XIX recuperadas por España* (M. 1939).
- Del homenaje a Enrique Campo (1890-1911)* (Pontevedra. 1940). De «Triunfal».
- «*La Crucifixión*» de Antonio Moro (M. 1940). De «Archivo».
- Sobre las tablas de Nuno Gonçalves* (M. 1940). De «Archivo».
- Portugal em Espanha (Obras de Arte e documentos). Contribuição espanhola as comemorações centenárias* (Lisboa. 1940).
- Fuentes literarias para la historia del Arte español*. Tomo V y último. Instituto Diego Velázquez (M. 1941).
- El retablo viejo de San Benito el Real de Valladolid en el Museo del Prado* (M. 1941). De «Archivo».
- Una tabla de Mathis Gerung fechada en 1538* (M. 1941). De «Archivo».
- Museo del Prado: Goya. II. Ochenta y cuatro dibujos inéditos y no coleccionados* (M. 1941).



- La librería de Juan de Herrera* (M. 1941). Instituto Diego Velázquez.
- Discurso de contestación al de recepción de D. J. Cavestany, Marqués de Moret, en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* (Madrid. 1941).
- La mujer en los cuadros del Greco* (M. 1942).
- Discurso de contestación al de recepción de D. M. de Huerta en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando* (M. 1942).
- Museo del Prado. Catálogo de los cuadros* (M. 1942). Por orden alfabético de pintores. Se reeditó, con correcciones y aumentos, en 1945 y en 1949.
- Discurso de contestación al de recepción de D. D. Angulo en la Real Academia de la Historia* (M. 1942).
- Cómo vivía Velázquez* (M. 1942). De «Archivo».
- El donativo Cambó al Museo del Prado* (M. 1942). De «Arte español».
- San Juan de la Cruz: Si cabe hablar de su arte*. Discurso en la Conmemoración del IV centenario... Instituto de España. Se reeditó por «Escorial» con adiciones y se hizo tirada aparte.
- La Biblioteca del Marqués del Cenete iniciada por el Cardenal Mendoza. Inventario con prólogo y notas* (M. 1942). Instituto Nicolás Antonio.
- Nacimiento para las Navidades de 1942. Sociedad española de Amigos del Arte* (M. 1942).
- El libro ilustrado bajo Carlos III y Carlos IV. (Notas para su estudio)* (M. 1943). De «Revista de la Universidad de Madrid». Se reeditó con correcciones al frente del *Catálogo de la Exposición del Libro español en Lisboa* (M. 1945).
- Velázquez: Las Meninas y sus personajes* (Barcelona. 1943). De la serie «Obras maestras del Arte español». II.
- Informe sobre la declaración de monumento histórico artístico de la ermita del Cristo de los Doctrinos en Alcalá de Henares* (M. 1943). Del «Boletín de la Real Academia de la Historia».
- Como se enteró el Conde de Gondomar de la ejecución de Sir Walter Raleigh* (M. 1943). Del «Boletín» citado.
- La primera colección española de cuadros y estatuas que tuvo catálogo impreso* (M. 1943). Del «Boletín» citado.
- Informe sobre la inclusión entre los monumentos histórico-artísticos de la iglesia de S. Bartolomé de Rebordans en Tuy (Pontevedra)* (M. 1943). Del «Boletín» citado.
- Restauración de la ex-catedral de Roda, Real monasterio de Sigüenza, Castillo de Alquezar, castillo de Loarre y retablo de Capella* (M. 1943). Del «Boletín» citado.
- El convento de San Francisco de Lima* (M. 1943). De «Revista de Indias».
- La espiritualidad de Velázquez* (Oviedo. 1943). De «Revista de la Universidad de Oviedo».



- Ocho dibujos a medio estudiar* (M. 1943). Del «Boletín de la Sociedad Española de Excursiones».
- Informe sobre el proyecto de derribo del coro de la catedral de Santiago de Compostela* (M. 1943). Del «Boletín de la Academia de la Historia».
- Exposição de pintura e escultura espanholas (1900-1943)* (Lisboa-Porto. 1943).
- El pintor Villaamil en Pontevedra* (Pontevedra. 1943). De «El Museo de Pontevedra».
- Nacimientos* (M. 1943). De «Arte español».
- Pedro Ruiz González pintor de la escuela de Madrid* (M. 1943). «De «Archivos»».
- La sensibilidad de Zurbarán* (Granada. 1944). Universidad de Granada.
- La medalla de honor concedida por la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando a la Diputación de Pontevedra*. Discurso leído en la Academia (Pontevedra. 1944).
- Pinturas y esculturas de colecciones malagueñas. Ensayo preliminar y notas* (Málaga. 1944). Publicaciones del Centro de Estudios andaluces.
- Las pinturas de Oriz y la guerra de Sajonia* (Pamplona. 1944). «Instituto Príncipe de Viana».
- Características de los fondos del Museo del Prado* (M. 1944). De «Conferencias en la Escuela Diplomática».
- Rasgos diferenciales de la pintura española* (M. 1944). De «Conferencias en la Escuela Diplomática».
- Notas sobre Quintín Massys en la Península* (M. 1944). De «Archivo».
- Prólogo a Cuadernos de Arte navarro: a) Pintura* de D. J. R. Castro (Pamplona. 1944).
- Jerónimo Corte-Real poeta, músico y pintor portugués. (Noticias para su biografía)* (M. 1944). De «Las Ciencias». Hay edición hecha en Portugal.
- Victorias de Carlos V: Seis cuadros de la Embajada de España en Londres* (M. 1944). Del «Boletín de la Real Academia de la Historia».
- La elaboración de un cuadro de Goya* (M. 1945). De «Archivo».
- Museo Romántico y Legado Vega Inclán: Guía* (M. 1945). Se publicó anónimo.
- Un miliario descubierto y estudiado por el P. Sarmiento* (Santiago. 1945). De «Cuadernos de Estudios gallegos».
- Don Martín Fernández de Navarrete en la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando*. Discurso en la sesión del Instituto de España (M. 1945).
- La loza de Sargadelos. Apuntes histórico-artísticos* (M. 1945). Publicaciones de la Escuela de Artes gráficas.
- Discurso inaugural de la Sección de Historia y Literatura del Congreso de la Asociación para el progreso de las Ciencias (San Sebastián).



- Los métodos científicos para el examen de las obras de Arte.* (M. 1945).
- El derribo de Iglesias en Pontevedra: El P. Sarmiento y el de S. Bartolomé el viejo* (Pontevedra. 1946). De «El Museo de Pontevedra».
- Sugerencias en torno a una Exposición en: La lineoleografía en Galicia* (Pontevedra. 1946).
- Los cuadros de Goya en la Real Academia de la Historia* (M. 1946). Del «Boletín de la Academia».
- Exposición de planchas de cobre grabadas por Goya y libros y folletos sobre su vida y obras.* Real Academia de Bellas Artes de San Fernando (M. 1946). Se publicó anónimo.
- Cómo vivía Goya* (M. 1946). De «Archivo».
- La Historia en los cuadros de Goya.* Discurso en la sesión del Instituto de España para conmemorar el segundo centenario... (M. 1946.)
- El Instituto Padre Sarmiento de Estudios Gallegos* (Santiago. 1947). Discurso en la inauguración de sus locales.
- Cinco cuadros del Sarto en el Colegio del Cardenal de Monforte de Lemos* (M. 1947). De «Archivo».
- Limiar*, en gallego, a *Pontevedra é boa vila.* (Dibujos de A. Portela Paz) (Pontevedra. 1947).
- Iconografía española. Cuaderno I* en colaboración con D. D. Angulo y con el Marqués del Saltillo.
- Pasajes del reinado de Felipe «el Hermoso» en pinturas coetáneas* (M. 1947). Del. «Boletín de la Academia de la Historia».
- El autor de los bocetos catalogados en el Prado como de Sebastián Muñoz* (M. 1947). De «Archivo».
- La ternura y la elegancia en las obras de Goya* (Oviedo. 1947). De «Revista de la Universidad de Oviedo».
- Guía de las colecciones artísticas de la Casa de Alba* (M. 1947). Publicada anónima.
- Sobre la vida y las obras de Pantoja de la Cruz* (M. 1947). De «Archivo».
- Cambó y el Museo del Prado* (M. 1947). De «Arbor».
- La casa de Cervantes en Valladolid.* Patronato de las fundaciones Vega Inclán (Valladolid. 1948). Publicado anónimo.
- Don José Lázaro y su legado a España* (M. 1948). De «Arbor».
- Los grandes temas del Arte Cristiano en España. Tomo I Nacimiento e Infancia de Cristo* (M. 1948). Biblioteca de Autores Cristianos.
- Floreto de anécdotas y noticias diversas que recopiló un fraile dominico... a mediados del siglo XVI. Publicalo con prólogo, notas e índices* (M. 1948). Tomo XLVIII del «Memorial Histórico Español».
- Los retratos de los Reyes de España.* Prólogo del Duque de Alba (Barcelona. 1948). Con la colaboración de D. J. Pita Andrade. Editorial Omega.



- El gran friso histórico de relieve en... Tarazona* (M. 1948). De «Las Ciencias».
- Un gran cuadro de van der Weyden resucitado en Miscellanea Leo van Puyvelde* (Bruselas. 1948).
- Los Caprichos de Goya y sus dibujos preparatorios* (Barcelona. 1949). Instituto Amatller de Arte hispánico
- El Museo del Prado. Cuadros, estatuas, dibujos y alhajas* (M. 1949). En el mismo año se editó en inglés. Ed. Peninsular.
- Bocetos y estudios para pinturas y esculturas (siglos XVI-XIX)*. Catálogo manual de la Exposición. Sociedad española de Amigos del Arte (M. 1949). Publicado anónimo.
- Conocimiento y estudios sobre el arte de España en Inglaterra (1739-1914)*. De «Arbor».
- Los niños en las obras de Goya en Goya: Cinco estudios* (Zaragoza. 1949). Instituto Fernando el Católico.

Revistas españolas en que ha colaborado, o colabora: «Boletín de la Sociedad española de Excursiones», «Archivo Español de Arte y Arqueología», «Revista de Filología Española», «Residencia», «Las Ciencias», «Revista de Occidente», «Archivo español de arte», «El Español», «La Estafeta literaria», «Boletín de la Comisión de Monumentos de Orense», «Arte español», «Revista de Educación», «Revista Bibliográfica», «Revista de Ideas Estéticas», «Arbor», «Escorial», «El Museo de Pontevedra», «Cuadernos de Estudios Gallegos», «Mundo hispánico», «Boletines» de las Reales Academias de la Historia y de Bellas Artes de S. Fernando, etc.

Revistas extranjeras: «The Burlington Magazine», «Zeitschrift für Bildende Kunst», «Mouseion», «The Art News», «Criterio», «Art and Archeology», «Parnasus».





